HITLER Y SUS FILOSOFOS

serie
El «otro» Hitler 3

HITLER Y SUS FILOSOFOS







- SCHOPENHAUER
- NIETZSCHE
- WAGNER
- GOBINEAU
- CHAMBERLAIN
- SPENGLER
- ROSENBERG



PROLOGO

En la era de la exaltación de la libertad, de la democracia, del respeto mútuo de la igualdad de oportunidades y de la equivalencia de derechos entre todos los hombres y entre todos los partidos, una sola ideología permanece proscrita y perseguida con una violencia y una intolerancia como jamás vieron igual los tiempos modernos: El Nacionalsocialismo permanece totalmente desconocido, tras los ataques demagógicos que todos los estratos demoliberales le propinan sin tregua.
Un día llegará, no obstante, en que la sinceridad objetiva se impondrá en la actitud de los historiadores, y se abordará el estudio de una época y un sistema con la absoluta falta de prejuicios que el caso requiere. En ese instante, apartado fundamental para conocer las actitudes y los hechos los constituirá el conocimiento de la ideología intrínseca, de la filosofía, de la profunda concepción del mundo del Nacionalsocialismo. Y para ello, el primer paso debe ser necesariamente el estudio de aquellos predecesores que hicieron posible que la mayor revolución del siglo XX -tanto por su esencia como por sus consecuencias- fuese realidad.
Tal ha sido la intención de los autores de este libro. Para aquél que verdaderamente desee penetrar y conocer la mística y la praxis del Nacionalsocialismo, se hace imprescindible el estudio de su filosofía. Como ideología, los postulados y doctrinas de Hitler no surgen por capricho o casualidad, sin conexión alguna con la realidad ni relación directa con la tradición y la historia. Aunque el nacionalsocialismo surge históricamente en los años 20, hallamos precedentes ya muy lejanos de él; en realidad, no se trata más que de la repetición y puesta en práctica de aquellas verdades que, años y siglos antes, tantos y tantos pensadores, poetas, filósofos y artistas han repetido y transmitido. Hemos considerado, no obstante, en esta breve obra, a aquellos filósofos que -de entre la legión de predecesores y contemporáneos- más directa e indiscutiblemente han condicionado el surgimiento del NSDAP como fenómeno moderno de masas. Nuestra rápida visión pasará por el filósofo de Dantzig, Schopenhauer, que tan directamente influiría en los pilares de las doctrinas hitlerianas: Wagner y Nietzsche. Casi como botón de muestra entre tantos pensadores afmes, recordaremos al francés Gobineau y al inglés -nacionalizado alemán- H. S. Chamberlain. Ya en pleno siglo XX, hemos escogido a Spengler como el filósofo genial -intencionalmente boicoteado por los sistemas capitalistas y marxistas- y a Rosenberg como al ideólogo cuyos escritos le costaron la vida ante los tribunales democráticos de postguerra.

Al nacionalsocialismo se le ha acusado, con falta absoluta de conocimiento real y de perspectiva histórica, con despreocupación descarada por el conocimiento de la verdad probada, de muchos errores y de muchos horrores. Pero su falta de fundamentación filosófica y su carencia total de principios ideológicos profusamente razonados y fundamentados, es una de las más flagrantes mentiras que sólo un boicot sistemático, mantenido durante años, a todo pensador. o artista pro-nacionalsocialista (1) que se atreve simplemente a opinar, ha podido crear.
Valga este pequeño libro, insuficiente a todas luces para la tarea que pretende emprender, como muestra de lo que un estudio más profundo, pero en la misma línea de objetividad histórica, podría llegar a mostrar.
El Editor

(1) Podríamos hablar, entre tantos miles y miles de casos, de las ejecuciones de Rosenberg y otros ideólogos nacionalsocialistas, de las muertes o represiones de tantos franceses, como Brasillach, Drieu la Rocheile, Céline, Montherlant, etc. del asesinato de Ulick Varange en USA o el ostracismo a que artistas como Brecker han sido condenados. Todos ellos, han sido víctimas de una represión feroz, llevada a cabo por las democracias liberales, cuya única acusación podía consistir en querer expresar "libremente" sus ideas, ideas que, por supuesto, no coincidían con las de los vencedores de 1945.
Mis SA y SS: Ciertamente en la imaginación, lo que nosotros queríamos también existió antes. No hay idea de la cual pueda decirse con justicia que haya nacido en un instante. Todo lo que se piensa, lo ha pensado alguien con anterioridad, todo lo que aparece en la imaginación humana, fue también por otros imaginado. Pero lo importante es que tal imaginación, pensamiento o idea, encuentre el camino de salir del débil terreno de lo irreal para llegar a realizarse, que tal idea encuentre los cuerpos y organización que le den forma, y que de esta idea y de su organización, se logre crear lentamente la fuerza que permita convertir en realidad lo imaginado.
Adolf Hitler, 2 de febrero de 1933

SCHOPENHAUER

Por José Tordesillas

"UN HOMBRE MODERADO NUNCA SERA UN GENIO"

Arthur Schopenhauer

Schopenhauer nacía en Dantzig en 1788, cinco años antes de que la "ciudad libre" pasara a ser prusiana. Filósofo acusado por muchos -que no lo han leído ni entendido- de pesimista y retraído, podemos considerarle como verdadero avanzado de las concepciones que germinarán en el siglo XX. Su filosofía -la primera que abandona las vastas regiones de la elucubración teórica para dirigirse al hombre real, al ciudadano moderno, la primera que olvida los términos especializados para reducirse al léxico vulgar, la primera que prescinde de los tópicos filosóficos en boga para estudiar tan solo la esencia del hombre, su felicidad, su existencia sobre la tierra y su visión del mundo- puede considerarse como auténtica premonición de los cánones auténticamente contemporáneos: el existencialismo, el cerebralismo, el idealismo posteriores, no serían concebibles en buena parte sin la existencia de Schopenhauer.

Aunque por lo temprano, en el tiempo, que su filosofía se desarrolla (a los treinta años publicaba ya su obra principal, "El mundo como voluntad y representación"), no puede hablarse de una vinculación directa de ésta con la ideología nacional-socialista, sí pueden establecerse significativos paralelismos según los que, en muchos casos, puede concebirse ésta como consecuencia lógica de los planteamientos previos del filósofo. Schopenhauer influirá decisivamente en dos autores, precedentes directos de las doctrinas nacional-socialistas: Wagner y Nietzsche. Esta sola relación da ya pie para analizar los puntos de concordancia entre el filósofo de Dantizg y aquel político nacido en Braunau que llegaría a ser Caudillo de Alemania: Hitler. Ese mismo Hitler que, durante la primera guerra mundial, en la que luchara como soldado, llevaba en su Macuto, para entretener sus breves ratos de ocio, un ejemplar de "El mundo como voluntad y representación" junto a los Evangelios. Las ideas de Schopenhauer, leídas a la temprana edad de los veinte años, debieron calar hondo en la personalidad del futuro político, quien en muchos casos (que no vamos a tratar en el presente trabajo) adecuaría su vida personal a las mismas.

Pero no son rasgos de vida personal, sino amplios cauces ideológicos, los que vamos a analizar en este breve estudio:

a) Antimaterialismo.- En líneas muy genéricas, el núcleo central de la doctrina schopenhaueriana puede resumirse básicamente en una concepción del mundo exterior, fenomenológico, como un producto del sujeto que percibe; según ello, el objeto (las cosas exteriores) no existen más que en el pensamiento del sujeto (el hombre), como su representación, como formas de sus propias ideas. Esta negación -o mejor, imposibilidad de demostración- de una existencia real del mundo exterior al hombre mismo lleva a una sobrevaloración del propio Yo, de ese sujeto que constantemente crea esa aparente realidad exterior. Consecuencia de todo ello es la radical postura que Schopenhauer mantiene en relación a las tendencias materialistas, opuestas de raiz a su teoría de la existencia de una materia real fuera del hombre. "El absurdo fundamental del materialismo consiste en tomar lo objetivo como punto de partida, como primer principio de explicación... Admite la existencia absoluta de la materia como cosa en sí, deduciendo de ello toda la naturaleza orgánica y el sujeto cognoscente y explicándolos en su totalidad, siendo así que todo lo objetivo está variamente condicionado en cuanto objeto por el sujeto y sus formas de conocimiento" (1). Por ello concluye que la materia exterior no es el poder eterno en el que se justifica la personalidad del hombre, que "en

la materia no debe buscarse la explicación definitiva y última de las cosas, sino solamente el origen temporal de las formas inorgánicas y de los seres organizados" (2). Esta postura -que para Schopenhauer es el punto de partida de toda su filosofía- se halla ya reñida de base con el materialismo dialéctico que postularía su contemporáneo Karl Marx, al igual que con los más inhumanos planteamientos del sistema capitalista, para los que la única realidad tangible es el mundo exterior y sus leyes, las leyes de la economía. En la posición antimaterialista de nuestro filósofo está implícita la necesidad de una concepción del mundo para la que el mundo percibido por los sentidos pierde importancia ante la concepción nacida de la propia interioridad. Por ser el mundo una representación del sujeto, "la verdadera filosofía es idealista".
b) Intuición y sentimiento.- Al establecer Schopenhauer la intuición, como sistema de conocimiento, es el medio más seguro de percibir la realidad absoluta, puesto que se dirige directamente a la Idea sin admitir posibilidad de error, niega la omnipotencia de la razón, por cuanto se relaciona precisamente con ese mundo cuya verdadera realidad ignoramos; ataca así a todas las teorías racionalistas de las que las democracias liberales son sus máximos exponentes. La exaltación de la intuición como via de conocimiento certero implica necesariamente una postura ante la vida en la que lo decisivo, entre las relaciones entre los hombres, no es ya el contraste de pareceres dirigido por la lógica, sino la genial concepción del mundo, la fidelidad a los propios principios y la constante superación en el conocimiento de la Idea.
Esta exaltación de la vía sensible sobre la meramente lógica entronca con esa concepción totalitaria del mundo por la que la mística de las grandes concentraciones y el sentir común del pueblo unido son más positivos que los infructuosos diálogos de un parlamento dividido en partidos. El sentido de pueblo como unidad emocional frente a la concepción del mismo como suma de votos, evidencia en buena parte un desprecio a los dictámenes de la lógica liberal que tiene ya su arranque en estos planteamientos de Schopenhauer.
c) Exaltación de la Voluntad. Quizá fue Schopenhauer el primer filósofo que reconociera a este concepto tan particular como es la Voluntad el poder y la importancia que para el hombre moderno posee. La Voluntad, esa fuerza que yace dentro de toda la Naturaleza, "la fuerza que palpita en las plantas y los vegetales y aun la que da cohesión al cristal, la que hace girar la aguja magnética hacia el Polo Norte, la que brota al contacto de materiales heterogéneos, la que se revela en las afinidades de los átomos como fuerza de atracción y repulsión..." (3), ese impulso que mantiene el instinto de supervivencia en los animales, que empuja al hombre a la constante superación... es el propio motor del universo, la realidad última e innegable.(4).
La voluntad de vivir, presente en todo ser dotado de vida, se manifiesta en una lucha constante, pues cada uno siente la necesidad inapelable de ser fiel a esta voluntad que constituye su propia esencia: De ahí la lucha por la vida, de ahí el poder del instinto, de ahí las necesidades -de las gastronómicas a las sexuales-, de ahí el horror a la muerte, de ahí la lucha desesperada de todo ser vivo por perpetuar su propia vida y la de su especie. "La vida del hombre es un perpétuo combate, no sólo contra males abstractos, la miseria o el hastio, sino contra los demás hombres. En todas partes se encuentra un adversario. La vida es una guerra sin tregua, y se muere con las armas en la mano" (5). La concepción de la existencia como una lucha constante, como esfuerzo permanente, entronca directamente en toda la mística y planteamiento nacional-socialista, y nace sin duda de la esencia de la misma Naturaleza, libre de prejuicios y tabús sociales. Lo vemos en los animales, y sale claramente a la luz en el hombre en situaciones críticas.

La vida como lucha, como superación constante, la exaltación del orgullo sano frente a la vanidad liberal (6), el reconocimiento de la voluntad de vivir como fuerza real, todo ello hermana al filósofo de Dantzig con el político de Braunau.
d) Libertad.- La existencia de esta misma voluntad, que integra la esencia de nuestro mundo, es lo que mueve a Schopenhauer a exponer su ya conocida teoría de la negatividad de la felicidad y del carácter positivo de todo sufrimiento, concluyendo que la felicidad sólo podrá hallarse en la anulación del deseo, en la superación del placer, en la supresión de la necesidad, y que la verdadera sabiduría consiste precisamente en ese renunciar a la constante carrera que es la vida humana buscando la felicidad, sin encontrarla nunca. La meta está, pues, en la negación de esa misma voluntad de vivir. Solo así el Hombre conquista su libertad, despreciando la existencia, anulando el deseo, "para saludar un dia la hora de la muerte como la de la libertad". En el autodominio, en la vida austera, en el control sobre sí mismo, en la disciplina, en la concepción de la vida -no como persecución de placeres sino como un deber a cumplir, debe hallarse el ideal del hombre. "La vida no se presenta en manera alguna como un regalo que debemos disfrutar, sino como un deber, una tarea que tenemos que cumplir a fuerza de trabajo". Y al repasar todos estos postulados, bien podríamos aplicarlos, punto por punto, a los que se enseñaba en Bad Tólz a los futuros miembros de la SS.
De todo lo enunciado concluye Schopenhauer que la verdadera libertad del hombre se halla en el ser, no en el operar, que la libertad se siente y se posee, no se hace. "La libertad, que por eso no puede encontrarse en el Operari (la acción), tiene que estar en el Esse (el ser). Es un error fundamental atribuir la necesidad al Ser y la libertad a la Acción, pues lo cierto es lo contrario. Sólo en el Esse reside la libertad. De él y de los motivos resulta necesariamente el Operan: y en lo que hacemos, reconocemos lo que somos. En esta verdad y no en una pretendida libertad de indiferencia es donde reposan la conciencia de la responsabilidad y la tendencia moral de la vida. Todo depende de lo que uno es; lo que haga, resultará como un corolario necesario, por sí mismo" (7). Hay hombres libres, que se superar a sí mismos; y hay hombres, por naturaleza, esclavos de su propia voluntad de vivir.
Las democracias liberales pregonan la libertad del hombre, y para ello establecen leyes y normas: Creen que la libertad está en lo exterior, en la acción, pero los hombres siguen siendo esclavos bajo moldes aparentemente liberales. Esos demócratas, "que halagan al pueblo para seducirlo" (8) hablan de libertad pero siguen siendo esclavos de su propia sociedad. Las doctrinas nacionalsocialistas, por el contrario, atribuyen la libertad al ser, y se preocupan ante todo en una formación total del individuo. Su concepción del mundo no depende de intereses, sino que es propia y exclusivamente nacida del hombre contemporáneo. "Lo que uno es, lo es ante todo y principalmente, por sí mismo, y si en sí tiene poco valor tampoco tendrá mucho considerado en general".
e) Salud.- La conveniencia de anular el deseo y apagar el dolor como medidas para acercarse al ideal humano, entroncan directamente en el pensamiento schopenhaueriano, con la importancia de cuidar la salud física como premisa ineludible para esquivar el dolor. "Más del 90 por ciento de nuestra felicidad depende exclusivamente de nuestra salud". Se detiene así a explicar la necesidad del ejercicio físico: "nada contribuye menos a la alegría que la riqueza y nada contribuye más a ella que la salud: en las clases inferiores, trabajadoras, y sobre todo entre los obreros del campo, se encuentran los rostros más alegres y satisfechos entre los ricos y los principales, se hallan, en abundancia, los más desazonados. En consecuencia, deberíamos esforzarnos ante todo, en alcanzar el alto grado de la salud completa, de la que la alegría es la floración. Los medios más indicados para esto es el evitar todo exceso y desarreglo, toda emoción

violenta y desagradable, así como todo esfuerzo intelectual excesivo o demasiado prolongado; también debemos realizar a diario y durante dos horas, ejercicios físicos al aire libre, tomar frecuentes baños de agua y fría y otras medidas dietéticas semejantes".
En este sentido, el nacionalsocialismo, con su decidida política de cuidado de la salud física y protección a la raza -como garantía de la felicidad y el progreso sociales- da a la vida natural toda la importancia que realmente posee y que las democracias liberales y los socialismos marxistas niegan. Así, estos últimos crean el germen de la decadencia del hombre; así aquél trabaja por la superación en las nuevas generaciones.
f) Jerarquía.- Dentro de la concepción de Schopenhauer, en la que la Voluntad obra por igual en todos los seres vivos, desde el más inferior al más superior, y se manifiesta en ese innegable deseo de existir y sobrevivir que domina a toda la Naturaleza, la diferencia y la jerarquía entre los hombres no puede venir dada por la voluntad, pero sí por la capacidad de autodominio y por la riqueza interior que le hace acercarse intuitivamente con más seguridad a la Idea: La intervención de la inteligencia crea, efectivamente, una escala de valores a todos niveles sociales, distribuyendo los individuos jerárquicamente, no según moldes ajenos al hombre, sino según la valía del ser humano mismo. La existencia de unos hombres superiores es una realidad innegable, y la inexistencia de igualdad sólo ha podido ser contradicha con los sofismas más descarados. "¡Ah, si la cantidad de la sociedad pudiese ser reemplazada por la calidad! Entonces merecería la pena vivir hasta en el gran mundo, pero, desgraciadamente, cien locos puestos en un montón no llegan a formar un hombre razonable".
En tales circunstancias, la constitución jerárquica de la misma formación social es, según Schopenhauer y según el nacionalsocialismo, no sólo necesaria, sino profundamente acorde con la misma naturaleza humana. Las aparentemente igualitarias sociedades democráticas no hacen sino basar sus cimientos sobre la hipocresía de unos postulados que se pregonan, pero que ni existen ni pueden existir realmente; en ellas, la tiranía de los hombres mejores queda sustituida por la de los más ricos y poderosos.
Dice Schopenhauer: "Si gustais de planes utópicos, os diré que la única solución del problema político y social seria el despotismo de los sabios y de los justos, de una aristocracia pura y verdadera, obtenida mediante la generación por la unión de los hombres de sentimientos más generosos con las mujeres más inteligentes y agudas".
En las sociedades actuales, el hombre superior necesariamente escogerá la soledad. En ella se encontrará a sí mismo y huirá de la vulgaridad, por eso concluye: "Los más sociables de todos los hombres suelen ser los negros, como también son los más atrasados intelectualmente".
Conocida es también la posición de Schopenhauer, como la de tantos otros pensadores, filósofos y artistas, con relación al pueblo judío.
De entre sus muchos comentarios al respecto, baste éste como muestra: "Los judíos son, según dicen ellos, el pueblo elegido de Dios. Es muy posible; pero se difieren los gustos, pues no son mi pueblo elegido. Los judíos son el pueblo elegido de su Dios y su Dios es como pintiparado para el pueblo. Váyase lo uno por lo otro".
Un sistema político que iguale a todos los ciudadanos con idéntica medida resulta absurdo. La democracia parlamentaria, basada en ideas marginadas de la realidad de la Naturaleza, resulta falsa en su propio planteamiento de votos y partidos. "Mein Kampf" y "El mundo como voluntad y representación" se hermanan al afirmar que "Mil necios no hacen un hombre razonable". Sólo prejuicios absurdos pueden impedir reconocer una tal verdad.
Con Schopenhauer podemos concluir: "Desearía que alguien intentara escribir alguna vez una historia literaria trágica, presentando en ella cómo les han tratado durante su

vida las naciones que cifran su orgullo más elevado en sus grandes escritores y artistas; presentándonos aquella lucha eterna que tiene que sufrir lo bueno y lo verdadero en todos los tiempos y en todos los países, contra lo malo que domina en toda época, el martirio de casi todos los verdaderos ilustradores de la humanidad, de casi todos los grandes maestros en todas las artes, cómo han vegetado, salvo algunas excepciones, sin aprobación, sin simpatía, sin discípulos, en pobreza y miseria, mientras que la gloria, los honores y la riqueza se prodigaron a los indignos".

NOTAS:

(1) El mundo como voluntad y representación, libro 1, par. 7.
(2) Idem, libro II, Cap. XXIV.
(3) El mundo como voluntad y representación, Libro 2, par. 21.
(4) "Cuando digo "voluntad de vivir" no se trata de ningún ente de razón, de ninguna hipostasis fabricada por mí, ni de palabra alguna de sentido incierto y vacilante, sino que a quien me preguntase qué es ello le remitiría a su propio interior, donde lo hallara completo, con colosal tamaño, como un verdadero ens realissimum. No he explicado, pues, el mundo por lo desconocido, sino más bien por lo más conocido que hay, y que nos es concedido de una manera muy otra que todo lo demás" (Schopenhauer, "Sobre la voluntad de la Naturaleza").
(5) Schopenhauer. Escritos recopilados bajo el título "El amor, las mujeres y la muerte y otros ensayos'.
(6) "La diferencia entre la vanidad y el orgullo está en que el orgullo es un convencimiento absoluto de nuestra superioridad en todas las cosas. Por el contrario, la vanidad es el deseo de despertar en los demas esta persuasión... No es orgulloso quien quiere; sólo el convencimiento firme, profundo, inquebrantable que se tiene de poseer cualidades superiores y excepcionales
es lo que hace realmente orgulloso... Muchas gentes vituperan y critican el orgullo; sin duda no tiene en si nada que pueda enorgullecerlas".
(7) Schopenhauer. "Los dos problemas fundamentales de la ética: sobre el libre albedrío ".
(8) Schopenhauer. "Aforismos sobre la sabiduría de la vida"

NIETSZCHE

Por José L. Torrents

Nietzsche no es un filósofo al uso, que haya elaborado un sistema filosófico concreto, ya sea una ética, una metafísica basada en la moral como Emmanuel Kant, una dialéctica del espíritu o materialista como Hegel o Marx. Ante todo ha sido un psicólogo en el sentido más grande de la palabra, su psicología es innata e intuitiva. Se da en él como el olfato a los felinos. Ha sido un escudriñador de las costumbres, de la moral, de las religiones, y también un profeta o un vidente al insinuar, no tuvo tiempo de hacer otra cosa -murió a los 54 años- la Ley del "Eterno Retorno de lo Idéntico".
Se ha hablado, se ha escrito mucho, sobre si Nietzsche influyó en el movimiento nacionalsocialista; las opiniones son para todos los gustos y es curioso que al emparentar al filósofo con el estadista, existan las mayores contradicciones, y eso en todos los campos: políticos o pensantes, desde los nacionalsocialistas hasta los enemigos de éstos. Que estas contradicciones existan en sus enemigos es cosa natural, pues la contradicción está en su misma esencia, incluso que los reparos sobre Nietzsche, cuando no la abominación, se den entre las derechas tradicionales: nacionalistas, patrioteras y religiosas, es perfectamente lógico. Lo increíble, diría que lamentable, es el

hecho de que también algunos nacional-revolucionarios de hoy lo sigan considerando como a un filósofo peligroso por contradictorio.
Para los millones de nacionalsocialistas o de fascistas que había en Europa hasta 1945, el aceptar o no como "suyo" a Nietzsche, no tenía la menor importancia, bastaba con que la comprensión del filósofo estuviera en un reducido número, en las élites.
Pero hoy, en la "pleamar del nihilismo", o los nacional-revolucionarios comprenden de una vez por todas la dimensión del mensaje de Nietzsche, o caen en una tartufería sentimentaloide, con lo cual y por mas voluntad que pongan en su tarea, entorpecen más que ayudan a la formación de la nueva élite que debe o debería formarse. "Dios ha muerto" y con él: la religión, la moral, la patria. Se necesita un "Hombre Nuevo". Fue el nacionalsocialismo quien más lejos llevó la formación de éste, pero era inevitable que fuera un híbrido, entre la "voluntad de poder" y el romanticismo de Wagner: el romanticismo, la gran nostalgia, los mejores restos de una civilización desafiando a su inevitable fin, "El Ocaso de los Dioses".
Tal afirmación, seguramente será tachada de exagerada. No me molestaré demasiado en demostraciones, no es esto lo que pretendo aquí, simplemente diré como Nietzsche: "Es un nuevo paso hacia la independencia el atreverse a expresar apreciaciones que han de causar vergüenza a quienes las propagan. En este caso hasta los amigos y conocidos se manifiestan inquietos. Es este todavía un fuego por el cual debe pasar la naturaleza bien dotada; enseguida se pertenece aún más a ella misma" ("Humano, demasiado humano" afr. 619).
Volviendo al tema central, -del cual me he apartado para dar unas sugerencias y sobre todo, dejar constancia de que el nacionalsocialismo no fue radicalmente nietzscheiano, pero sí fue el Movimiento que más cerca estuvo de él- daré los siguientes datos como prólogo, aún y siendo estos, del aspecto más exterior. En 1934 el Partido nacionalsocialista promueve lo que parecía la edición definitiva de las obras editadas por el "Archivo Nietzsche". El 1 5 de octubre del mismo año, en Weimar y en presencia de Hitler se conmemora solemnemente el 90 aniversario del nacimiento del filósofo. En 1937 se levanta un nuevo edificio especial para el "Archivo Nietzsche". Hitler regala a Mussolini las obras completas de Nietzsche encuadernadas en piel (cabe constar que los dos pensadores que más influyeron en el Duce, fueron Nietzsche y Sorel). En el libro "Conversaciones sobre la guerra y la paz" existe la siguiente manifestación de Hitler: "En el "hall" de la Biblioteca de Linz se pueden ver los bustos de Kant, Schopenhauer y Nietzsche. Los ingleses, los franceses y los americanos no son capaces de alinear filósofos de esta talla... Nietzsche ha superado maravillosamente el pesimismo de Schopenhauer". Mayores honores por parte de Hitler hacia un prohombre alemán, sólo lo vemos en la persona de Wagner.
En otro orden, más particular si se quiere, Otto Skorzenny, considerado hasta el fin de la guerra, como el hombre "más peligroso de Europa" por su sensacional hazaña, entre otras, de la liberación del Duce, titula su primer libro de memorias con la famosa frase de Nietzsche "Vive Peligrosamente" y cuando relata sus experiencias y conversaciones con Hitler en plena guerra, queda vivamente impresionado por el temple y la firmeza del Führer ante tantas dificultades y adversidades y le recuerda la imagen conque Nietzsche describe al "Superhombre" en la simple pregunta: "¿Acaso busca su felicidad? No, busca su Obra".
Uno de los intelectuales españoles actuales más serios, Rafael Gabra, llama a la filosofía de Nietzsche y de su discípulo Martín Heideger, "existencialismo vitalista" y la resume admirablemente cuando dice: "Existe para cada hombre, sin embargo, una posible salvación: aceptar la propia situación, dar un enérgico SI a los hechos y autoafirmarse por la acción y por la lucha".

Y continúa: "Puede reconocerse una influencia de esta filosofía en la actitud de la juventud alemana en las filas del nacionalsocialismo durante la última guerra mundial. Actitud desengañada, escéptica, respecto a valores universales, pero que, por un enérgico voluntarismo, afirma y deifica su propia existencia colectiva -la Raza y el Estado germánico-, y se entrega desesperadamente a una lucha de la que esperaba ver surgir su propio ser y el sentido de su vida" (Historia sencilla de la Filosofía, Ed. Rialp).
Asimismo, Martín Heideger, teorizador de la metafísica existencialista, se confiesa discípulo de Nietzsche y durante el período nacionalsocialista, da numerosas conferencias ente los más destacados miembros del Partido y de la vida cultural- -que no se excluían-, sobre la interpretación de la filosofía nietzscheiana. Su libro, "Sendas perdidas" es un glosario de estas conferencias, particularmente es el capítulo sobre la frase de Nietzsche, "Dios ha muerto".
A ambos filósofos se les ha considerado, por parte de ciertos intelectuales, como anarquistas. De Nietzsche hablaremos más adelante, de Heideger y para dar una oportuna aclaración, en 1943 se expresó de la siguiente forma al manifestar públicamente su ciega adhesión a Hitler con estas palabras: "Ni los dogmas ni las verdades racionales deben erigirse en normas de nuestra conducta. Hoy y siempre, el Führer es el único capacitado para decidir lo que es bueno y lo que es malo. El Führer es nuestra única ley". (Historia Ilustrada del III Reich).
Hecha esta introducción preliminar paso ha hacer un resumen de la vida y de la obra del filósofo, con las exposiciones necesarias para clarificar sus pretendidas contradicciones, su influencia o semejanza con Hitler y el movimiento nacionalsocialista, así como advertencias o sugerencias a los nacional-revolucionarios de hoy y de mañana.

Federico Guillermo Nietzsche nació en Roecken, población de Tunngia el 11 de octubre de 1844. Su padre era pastor protestante, de aquí puede deducirse que conociera ya en su infancia y de cerca la moral cristiana. En julio de 1849, o sea, cuando el mozo tenía 5 años, muere su padre y la familia; su madre y su hermana Elisabeth se trasladan a Naumburg.
Ya desde la infancia Nietzsche destaca por su inteligencia y seriedad por encima de sus compañeros. Una anécdota puede ser suficientemente ilustrativa; su madre y su hermana le esperaban a la salida del colegio durante una fuerte lluvia, todos los niños salían corriendo en busca de refugio, de pronto apreció él, caminando tranquilamente empapándose de agua, su madre le gritaba para que se apresurase, pero él no se inmutó y cuando llegó junto a ellas les dijo que la norma que le habían enseñado era de no salir corriendo y saltando, sino caminando con compostura.
A los 15 años ingresa en la escuela de Pforta y cursa en ella estudios secundarios, cabe señalar que el ingreso en este prestigioso colegio lo obtiene mediante una beca. La superioridad intelectual de Nietzsche que de pequeño se vislumbra, se hace ahora patente, sus compañeros se lo reconocen, a pesar del "pathos de la distancia" que mantenía con ellos y que será una constante en toda su vida, ya al final de su vida lúcida, en ECCE HOMO dirá "¡Sobre todo, no me confundais con otros!". Es una época en que el estudio le absorve, y causa admiración ver la multitud, variedad y profundidad de las lecturas de Nietzsche, que a los 18 años tenía ya una filosofía propia, influenciada por Emerson y Fichte -mas tarde la definitiva influencia la recibiría de Schopenhauer-.
Pero en las materias que más destaca es en el latín, el griego y en el cristianismo romántico. En la cultura griega y en el cristianismo fija su atención en el problema moral que no dejará de analizar y ser su PROBLEMA a resolver durante toda su vida.
Asimismo aumenta su afición por la música, tanto como intérprete como compositor,

tocaba el piano con brillantez siendo a la vez un gran improvisador, Wagner llegó a decir de él más tarde "Que era demasiado buen músico para ser profesor".
A pesar de sus esfuerzos por ser sociable no parece haber tenido en el empeño mucho éxito. Su mejor amigo, que lo sería durante toda su vida era Paul Deusen, que más tarde se convirtió en el gran orientalista debido a su obra sobre la Vedanta, que sigue siendo clásica (lo cual quiere decir, desconocida actualmente). En 1.864, terminados sus estudios secundarios en Pforta, ingresa en la Universidad de Bonn para seguir los estudios de filología clásica y teología, pero pronto abandona esta última materia para dedicarse por entero a la filología, en que, en la fisiología encuentra unos puntos de apoyo esenciales, que junto con su intuición sobre el PROBLEMA MORAL darán a su filosofía la clasificación, si es que puede clasificarse en un sólo molde, de filosofía VITALISTA (En España, Ortega y Gasset será el máximo exponente de ella con su racio-vitalismo).
Su fé en este período había naufragado. Es el año 1865 y decide trasladarse a Leipzig para proseguir y perfeccionar sus estudios de filología clásica al lado de la máxima figura alemana en este campo, el profesor Ritschl. Son años de una total entrega a esos estudios; funda una Asociación filológica en la que da conferencias, esto le será de gran ayuda en un futuro inmediato.
Pero antes del ingreso en la Universidad de Leipzig, sucede un acontecimiento que posible y desgraciadamente le marcará para toda su vida. En febrero de 1865 hace un viaje a Colonia, le pide a un amigo la dirección de un hotel y este le entrega la de un burdel. Nietzsche en una carta a Paul Deusen le dice: "Me encontré repentinamente rodeado de media docena de criaturas vestidas de gasa y de lentejuelas, que me miraban ávidamente..." En 1867 hace su servicio militar en caballería, sufriendo una caída, a la cual se atribuye su parálisis posterior. Sobre sus ideas políticas de aquella época y según la opinión de Strouxes es la de que "Nietzsche no está, propiamente hablando, orientado hacia la política. Tiene, a grandes rasgos, simpatía por la creciente grandeza de Alemania, pero ninguna por su forma prusiana; un gusto muy vivo por un libre desarrollo cívico e intelectual".
Que así opinaba no puede negarse, es una constante en él. Y aquí precisamente surge ya, la primera aparente contradicción sobre su pensamiento. Debido a esas opiniones y a frases dirigidas contra los alemanes como por ejemplo "Matad el espíritu, siempre os quedará el Reich", pronunciadas con evidente desprecio, ha servido para que el progresismo intelectual -siempre tan ávido de detalles inconexos- intentara, como antes hemos explicado, sino apropiárselo del todo, por lo menos demostrar que los movimientos nacional-revolucionarios lo invocaban sin razón y aconsejando que cambiáramos de "santo patrón". Y, como ya he dicho, muchos nacional-revolucionarios con poca agilidad mental, huyendo de todo lo que no sea concreto y tangible, lo miran con evidente desconfianza, de soslayo. Ni unos ni otros han llegado más allá en sus conclusiones, que el efecto exterior producido por la letra impresa.
Debería haberse comprendido, debería tenerse la sutileza suficiente para ver que un hombre como Nietzsche, que admira del código de Manú (código de las castas hindúes), que en todo momento muestra su admiración por la Grecia pre-socrática y por la Roma clásica, que hace perfectas diferenciaciones entre lo aristocrático y lo plebeyo y que al mismo tiempo se inclina "por un libre desarrollo cívico e intelectual", está muy lejos del democratismo -al que tacha de decadente-, o del socialismo al que llega a decir de él en la VOLUNTAD DE PODER: "El socialismo, tiranía extrema, ejercida por necios y mediocres, disunula mal la voluntad de negar la vida". Bien, ¿entonces, que es lo que dice Nietzsche en realidad? ¿que entiende por un libre desarrollo cívico e intelectual? ¿porque, su mal de ojo hacia el Reich?.

Lo primero que ve en ello un espíritu ágil, o por lo menos que olfatea algo DEMASIADO MORAL en todo lo concreto es, que no se refiere al gran número, eso debería saltar a la vista, pero será mejor que Nietzsche con su poder de síntesis nos lo refiera. Para ello citaremos el aforismo quinto del capítulo "Lo que los alemanes están perdiendo" de su obra CREPUSCULO DE LOS DIOSES: "Lo que las "escuelas superiores" de Alemania (y de todo el mundo civilizado añadimos nosotros) logran de hecho es un adiestramiento brutal para hacer aprovechable para el Servicio del Estado, con la menor pérdida posible de tiempo, un gran número de jóvenes. "Educación superior" y gran número -son cosas que de antemano se contradicen. Toda educación superior pertenece tan sólo a la excepción. Ninguna de las cosas grandes, ninguna de las cosas bellas pueden ser jamás bien común: (lo bello es cosa de pocos hombres). ¿Que es lo que condiciona la decadencia de la cultura alemana? El hecho de que la "educación superior" no sea ya un privilegio, es el democratismo de la "cultura general", la cual se ha vuelto común...". ¿Ha quedado aclarado el concepto?
No obstante, muchos nacional-revolucionarios nos objetarán que precisamente lo que ellos quieren es suprimir al marxismo, a fín de que ea posible que el pueblo ¡siempre el pueblo! se eleve mediante la generalización de la cultura y adquiera conciencia de su patria, de su raza, de que quede integrado dignamente en un destino, nos dirán además, que Hitler lo logró en los 6 años de paz nacionalsocialista, etc.
Sólo cabe preguntar a tales idealistas ¿el pueblo -el gran número- se lo ha agradecido? ¡NO! El pueblo se ha comportado tal como Hitler lo describiera en un pasaje de MI LUCHA: "La capacidad de recepción y comprensión de las masas es muy limitada, mientras que u falta de memoria es extraordinaria".
Se objetará de nuevo que Hitler hizo un gran Reich -el mal de ojo de Nietzsche-. La refutación de tal objeción es bien fácil; frente a los super-estados soviéticos y democráticos, hubiese sido ingénuo oponer principados federados. Por lo demás, debería recordarse la aversión de Hitler a la burocracia, al poder absorvente del estado sobre la iniciativa del individuo, a la excesiva legislación del derecho civil y penal que anula el espíritu mismo de justicia en beneficio de la burocracia de bufetes, etc. Como todo ello es perfectamente demostrable, debemos considerar seriamente que Hitler era consciente de las desventajas que suponía un gran estado, pero que el condicionamiento mundial le impuso esto como le impuso otras actitudes bien alejadas de sus principios. No obstante, que en plena guerra asistiera y protegiera a festivales de música, exposiciones de arte, proyectara ciudades modelo, se preocupara de la Ecología, y sobre todo y eso en todo tiempo, concediera más importancia a la fuerza de voluntad y a la iniciativa individual que a la organización en sí, demuestra hasta que punto quería paliar la acción del Estado. En "Mi Lucha" dice:
"El filósofo debe llevar sus conclusiones a lo máximo, a su esencia, el político debe dar los pasos y rodeos necesarios para que ello sea posible". Los puntos de contacto de ambos genios creemos que han sido puestos de relieve, con la natural diferenciación de cometidos.
Esperando haber dado cauces para un aproximación al entendimiento de las pretendidas contradicciones del genio, prosigamos en su vida.
Continúa sus estudios en Leipzig. Un día encuentra en una librería "El mundo como voluntad y representación" de Schopenhauer. El mismo nos dice: "Yo no sé qué demonio me sopló volver a casa con aquel libro. Apenas estuve en mi habitación abrí el tesoro que había adquirido y comencé a dejar obrar sobre mí a este sombrío y enérgico genio". Se dice que durante quince días estuvo absorto en la lectura de este libro releyéndolo diez veces.

Aunque la Originalidad y profundidad de Nietzsche son incomparablemente superiores a las del viejo rival de Hegel, no cabe duda de que este libro abrió la brecha por la que penetró más tarde el viento demoledor del Zarathustra.
En 1868 conoce, por mediación de la joven esposa de Wagner, Cósima al maduro y ya famoso compositor, que cree ver en el joven filósofo un teorizador de sus monumentales dramas musicales, como así será, en parte, en "El nacimiento de la tragedia". Este mismo año, el profesor Ritchls, que le tenía en gran estima, logró que la Universidad de Basilea, en Suiza, le ofreciera la cátedra de Filología Clásica. El aceptó, y cuando contaba tan sólo 24 años, la Facultad de Leipzig le concedía, sin previo examen y sin tesis, el título de Doctor, gracias a los relevantes méritos de los estudios realizados y de las conferencias dadas sobre filología.
El discurso que como lección de principio de curso pronunció ante el auditorio de la Universidad de Basilea, que esperaba con expectación la palabra del sabio de 24 años, fue sobre la personalidad de Homero y satisfizo a los más exigentes. Fue como una valiente profesión de fe, llena de grandes esperanzas en las que se percibía como una amenaza futura de profundas innovaciones.
Cabe señalar que Basilea está cerca de Lucerna, donde vivía el matrimonio Wagner y al que hacía muchas visitas, quedando profundamente influenciado por él... o por los medios de persuasión de su joven esposa (es difícil y también supérfluo investigar sobre estas relaciones), que el, más tarde, convertiría en Ariadna.
Apenas llevaba un año como catedrático en Basilea, estalló la guerra franco-prusiana. Los estatutos de Suiza prohibían empuñar las armas, y se alistó como voluntario en un cuerpo de ambulancias que acompañaba a los heridos que se dirigían desde el frente de Lorena, hacia el interior de Alemania. En Erlangen, sufrió el contagio de una epidemia de disentería y volvió enfermo a Naumburg. La convalecencia la fue a pasar a Basilea y de nuevo se pone en contacto con el matrimonio Wagner. Pero todo parece haber cambiado para él. La horrible verdad de los campos de batalla le presenta nuevas perspectivas para la visión histórica. Wagner le empieza a parecer un viejo ídolo rodeado de imbéciles al cual él sobrepasa ya por su experiencia de sangre. En la guerra ha visto el realismo del drama tal cual, sin idealizaciones, sin romanticismos de cámara...
Alentado por Wagner, al que todavía sigue considerando como a un genio, empieza a escribir el libro que finalmente llevará el título de "El Nacimiento de la Tragedia en el Espíritu de la Música". Este libro vio la luz en 1871. Aparece claro un primer propósito: la glorificación de Wagner, al considerar que este compositor tiene sus antecededentes en la tragedia griega y que su vocación es la de encontrar mediante otra mitología la tradición de Esquilo y renovar la tragedia que Platón y la moral socrática habían hundido. Una atenta lectura viene a demostrarnos que a pesar del entusiasmo que Wagner demostró por la obra (la teorización de sus dramas musicales), el contenido sobrepasa en mucho tal primera intención.
Por primera vez nos es presentada el alma griega pre-socrática, no unilateralmente como hasta entonces; de armonía, medida, equilibrio, o sea apolínea, sino también lo que oscuro, caótico, instintivo había en el drama y en la música griega, representada por el dios Dionisios.
El espíritu dionisíaco es decir SI a lo más duro, al dolor, a la muerte misma, más allá del terror y la compasión. Es éste un espíritu irracional, emotivo y sobre todo un acto de AFIRMACION A LA VIDA más allá del bien y del mal.
Con Sócrates, primer racionalista y primer "cristiano" junto con Platón, primer socialista utópico, primer idealista, darán paso al bien y al mal, a la moral como regla máxima, en una palabra, los resentimientos de los decadentes contra la vida. Todo esto

lo intuye y lo plasma Nietzsche eh ésta, su primera obra, con la cual da al traste con las teorías al uso sobre los griegos. Sus excepcionales dotes de psicólogo descubren los orígenes de la decadencia que se había bautizado con el nombre de idealista. Oigamos a Nietzsche: "El conocimiento, el decir sí a la realidad, es una necesidad para el fuerte, así como son una necesidad para el débil, bajo la inspiración de su debilidad, la cobardía, y la huída frente a la realidad, el ideal"...
Tiene que advertirse que el deseo que existe entre algunos nacional-revolucionarios de renovar tiempos pasados que de manera patológica han quedado grabados en ellos como única solución, es una manera como otra de huir al ideal. Podemos catapultamos desde atrás pero no volver hacia ello, el HOMBRE NUEVO no surgirá de entre estos últimos, más bien serán las remoras en el largo camino, el animal de rebaño ha quedado superado. "Ha llegado la hora del gran desprecio". Esta es nuestra consigna, así lo dijo Nietzsche.
Continuando con "El nacimiento de la tragedia", el estupor que causó la obra fue en dos tiempos; primero un silencio total, roto solamente por Wagner y Erwin Rohde, después, los viejos filólogos, enemigos de Ritchl -muy preocupados como decía Voltaire "en restituir mal una palabra de un texto que antes se entendía muy bien"-, aprovechan para atacarle en la persona de su joven ex-alumno, al que llegan a considerar como corruptor de la juventud universitaria. Y, efectivamente, en esta obra precisamente, la moral toda y el idealismo platónico reciben un fuerte mazazo y de frente.
Acaba de nacer algo que destruye lo establecido, por SUPERACION, por algo más aristocrático. Y sólo es el principio. El esbozo de un gran arquitecto del pensamiento; el Zarathustra y el Anti-Cristo aún están lejos.
Debemos recalcar, nunca lo haremos bastante, que la destrucción de lo establecido la realiza Nietzsche por SUPERACION y decimos esto porque cualquier comparación que se haga de este genial filósofo y psicólogo con los de tendencias materialistas y positivistas es una enorme falta de visión, y más que eso, una falta de limpieza. La habitabilidad de las cloacas es para estos últimos, no para el autor de Zarathustra.
Lo cierto es que los alumnos, influenciados por pedagogos moralistas, dejaron de asistir a sus clases y tuvo que dejar la Universidad.
La segunda obra de Nietzsche, fueron las cuatro "Consideraciones Intempestivas", y son, uu ataque frontal, no sólo al idealismo y a la moral sino también a la cultura en general que predomina en Europa y en Alemania sobre todo.
Antes de hacer un somero examen de las "Intempestivas", nos fijaremos en un detalle; en toda la obra nietzscheiana se nota ininterrumpidamente un ataque hacia lo alemán o más bien un justo reproche a ciertos alemanes. Acusa a éstos de haber embrollado a Europa en todos los asuntos, ya sean filosóficos, teológicos o éticos; desde la reforma hasta los primeros tiempos del socialismo. Un defecto de Nietzsche es el de no conceder atenuantes, él mismo lo dirá: "Un sí, un no, una línea recta, una meta", esa fórmula tan directa no ha sido jamás comprendida en su medida y se lo ha tomado al pie de la letra - una forma cualquiera de no comprenderlo en absoluto-. Podemos advertir que desde el Renacimiento, o mejor desde la reforma luterana, si exceptuamos a Descartes, todas las grandes corrientes del pensamiento han partido de Alemania, para bien y para mal. Considera culpables a los alemanes de haber producido un Lutero, un Kant, un Hegel, un socialismo incipiente, etc. y con ello haber ahogado el espíritu europeo, las esperanzas que de por sí podían esperarse del Renacimiento como vuelta a la antigüedad clásica. En este punto le pasa desapercibido un detalle: cuando una nación toma el mando en una o varias ramas determinadas de la historia o del pensamiento, es señal de que las demás han perdido por variados motivos su fuerza vital. Esto es ni más ni menos lo que pasó en las ciudades y principados italianos, bastante más preocupados por un

renacimiento completamente exterior, sin una originalidad espiritual, primordial, todo lo cual fue suficiente para que fueran otras razas más al norte, menos contaminadas, las que en un esfuerzo por replantearse una nueva concepción del mundo, unos apoyos en un mundo tambaleante, intentaran con más o menos éxito la instauración de una nueva moral, tal fue el sistema de Kant, o intentaran una nueva explicación de la historia como hizo Hegel. Lo cierto es que el norte de Italia era ya incapaz de llevar la nave cultural de Europa y que los señores de la guerra germánicos tuvieron que convertirse al punto en filósofos y teólogos, con la rigidez que de ello puede esperarse.
Esto y el hecho de que él viviera en los tiempos del romanticismo, de la unidad alemana -con el sentimentalismo que ésto lleva implícito-, de los eruditos y filisteos cultivados con los que le tocó convivir, puede dar una idea de su repudio a la cultura alemana del momento. Pero ¿se ha visto que sienta predilección por otra cultura contemporánea? No, admira a algunos franceses y con reparos a los ingleses les llama moralistas satisfechos, a los italianos y españoles contemporáneos ni los nombra, en cuanto a los rusos, ve en ellos, junto con los judíos, una fuerza enorme, un peligro que puede "ayudar" a la formación del estado nacional europeo -aunque no adivina exactamente en qué sentido se producirá esta fuerza-.
Hecho este nuevo inciso, vayamos a la "Primera Intempestiva", que va dirigida contra David Straus, un acertado blanco, arremete contra uno de los patriarcas del racionalismo positivista y determina que, como Hegel, hacen descansar la necesidad del mecanismo universal en la misma razón. En "Ecce Horno" dice él: "proponía una superación de la religión de raiz más o menos feurbachiana, en la que desaparecía el dogma de Cristo para ser sustituído por un evangelio de cervecería".
La "Segunda Intempestiva", va dirigida "sobre la utilidad de los estudios históricos". "La cultura actual produce sabios, filisteos, pero no es capaz de crear hombres que hagan ellos mismos la Historia". En esta obra, presenta Nietzsche lo corrosivo del movimiento científico y el abuso del método histórico. De la Historia hay que retener lo necesario y luego tener el valor de superarlo. A los que pretenden que la Historia les proporcione únicamente abundancia de datos les llama "filisteos cultivados".
La "Tercera Intempestiva" o "Schopenhauer como Educador" es un elogio a Schopenhauer, el mejor educador, según los principios de Nietzsche. Pero, en realidad, años más tarde, cuando escribe el "Ecce Horno", dirá: "En Schopenhauer educador, viene descrita la historia de mi desarrollo interior".
La "Cuarta Intempestiva: Wagner en Bayreuth" expone la gloria que él soñara para Bayreuth y que la realidad había frustrado. El aspiraba a un wagnerianismo más puro que no necesitara de la gloria de la masa, y que de allí surgiera el germen de una minoría escogida en pos de una nueva era. Esta obra, en realidad, es un Wagner que lleva superpuesto a Nietzsche.
Cuando Wagner recibió esta obra, no vio más que los elogios que le tributaba el filósofo, no se dio cuenta de que, en el fondo, Nietzsche, posiblemente sin ser consciente de todo, le despreciaba y rompía su dependencia con él. Por eso, Wagner le escribe calurosamente, rogándole que venga pronto a los ensayos de los Festivales de Bayreuth. Nietzsche duda en asistir, pues sabe que ello significará su ruptura definitiva con el genio musical. Por fin, asiste y la decepción no se hace esperar. Nietzsche ve un Bayreuth adornado de colgaduras, de banderas, de jolgorio, más para honrar al Emperador Guillermo I, que para el drama musical en sí. Escucha multitudes vociferantes y alegres como en una feria y ve que gran cantidad de público celebra su wagnerianismo mediante buenas dosis de cerveza. Allí encuentra vertidos la élite de la nobleza, de la banca y del snobismo. ¡Cuán diferente se lo había imaginado Nietzsche, lleno de multitudes silenciosas y respetuosas en busca de un Nuevo Retorno!

Aquí es precisamente donde Nietzche rompe con todos los convencionalismos, escribe "Humano, Demasiado Humano", que se cruza con la obra que Wagner le envía a pesar de todo: "Parsifal".
En él, Nietzsche, en forma aforística y con precisión de cirujano, pone al descubierto todo lo demasiado moral, demasiado pequeño que existe: en el estado, en la religión, en la moral, en las mujeres, en los idealistas...
En 1881, publica "Aurora. Pensamientos sobre los prejuicios morales. Igual que en su anterior libro, éste es también una crítica, pero aparecen ya los remedios, la llamada a las fuerzas ascendentes para que, mostrándoles el camino, se liberen de la alienación que los débiles ejercen mediante la moral o la teología, o que bajo nuevas formas pretenden seguir ejerciendo: liberalismo, materialismo, socialismo...
Aquí, el filósofo prepara los tiempos futuros. La consigna que insinúa y que dará ampliamente en "Más allá del bien y del mal. (Prelucios de una filosofía del futuro)" es: La necesidad de formar nuevos jefes rectores de la humanidad imbuídos de nuevas ideas, y para formar estos espíritus, esta élite, nada mejor que las privaciones y la soledad. Recuérdese el capítulo de la vida de Adolf Hitler en Viena, huérfano, sin recursos, soportando penurias de todo tipo, soledad ante todo, pero no abandonándose ante la desolación, sino preparándose para afrontar un nuevo futuro, mediante la observación, la lectura, el discernimiento. Después de los cuatro años de guerra, voluntario en el frente, condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase, las heridas, su impresión de la retaguardia. Parece concordar punto por punto con lo que Nietzsche pensaba antes de lanzarse al "Eterno Retorno".
Eran los tiempos en que el socialismo se presentaba como una redención y, según opinión de Nietzsche, no sería posible pararlo y había que resignarse a verlo crecer. Pero a esta amenaza que quiere destruir todo lo digno que queda todavía en pocos, es preciso oponer nuevos hombres. Invoca una nueva aristocracia intelectual y guerrera, pero con una nueva pasión. Recuérdese al punto las escuelas "Adolf Hitler" de formación de mando y sobre todo a las S.S., élites donde las halla: honorabilidad demostrada, valor igualmente demostrado, excelente salud. mínimo seis años de bachillerato, etc.
En "La Gaya Ciencia", Nietzsche afirmará más esta ideología, diciendo que no basta la inteligencia -con ser importante-, es preciso la pasión. la voluntad de poder. para llegar al camino de la verdad.
Es importante señalar que ya en "Aurora" Nietzsche da a la Raza una equilibrada importancia y que como todo su pensamiento filosófico o político no se circunscribe en ser alemán sino europeo. En el aforismo 272 dice así: "LA PURIFICACION DE LAS RAZAS.- No hay probablemente razas puras, sino tan sólo depuradas, y aún estas son extraordinariamente raras. Las más extendidas son las razas cruzadas, en las cuales, junto a defectos de armonía en las formas corporales, se observan necesariamente faltas de armonía en las costumbres y en las apreciaciones. (Livingstone oyó decir una vez: "Dios creó a los blancos y a los negros, y el diablo a los mulatos")."
"Las razas cruzadas producen a la par que civilizaciones cruzadas, morales cruzadas también; son generalmente las más crueles, más inquietantes y peores. La pureza es el último resultado de innumerables asimilaciones, absorciones y eliminaciones, y el progreso encaminado hacia la pureza se manifiesta en que la fuerza existente en una raza se restringe cada vez más a ciertas funciones escogidas, mientras que antes se tendía frecuentemente a realizar demasiadas cosas contradictorias. Esta restricción presentará siempre apariencias de empobrecimiento; pero hay que juzgarla con prudencia y equidad. Cuando el proceso de la depuración se ha ultimado, todas las fuerzas que antes se perdían en la lucha entre cualidades sin armonía se encuentran a

disposición del conjunto del organismo; por eso las razas depuradas se hacen siempre más fuertes y más bellas. Los griegos (pre-socráticos) nos ofrecen el ejemplo de una raza y de una civilización depurada, y es de esperar que se logrará algún día la creación de una raza y de una civilización europea pura".
La "cría" y la depuración de la raza fue la religión auténtica de Hitler y debería serlo de Europa entera y de todos los países blancos; esta es un labor para el futuro, ésto es un ideal, lo demás charlatanería pedante y sólo eso. Con cuánta razón decía el judío Karl Marx que la única manera de dominar Europa era mediante el "knut" (látigo mogol) y con la mezcla de sangre calmuca.
Es curioso y grotesco observar hoy día y en España, que los más grandes vocingleros de autonomías, defensa de la cultura autónoma como un bien inapreciable, etc. no tienen el más mínimo sentido higiénico a la hora de aceptar a negros, moros, etc. Al mismo tiempo que sienten una gran admiración por el pueblo judío, que ha permanecido lo más cerrado posible en sus costumbres y emparejamientos, a la vez que atacan despiadadamente a la Alemania Nacionalsocialista por haber intentado hacer algo parecido... Precisamente en "Aurora" dice Nietzsche: "Allí donde radican nuestras debilidades van a extraviarse nuestras exaltaciones. El principio: "Amad a vuestros enemigos" tenía que ser inventado por los judíos, los mejores ABORRECEDORES que ha habido en el mundo..." Pero no nos ocupemos más de ellos y que se resuelvan su jeroglífico mental. Pasemos por fin al CICLO DEL ETERNO RETORNO
Este es el esfuerzo más grande realizado en el Occidente de los tiempos modernos para recuperar la ley cíclica, superar la linealidad del pensamiento de las religiones cristiano-monoteistas y el evolucionismo materialista. Es el pensamiento trágico en su más amplia esencia; es un constante decir SI a la vida tal cual y aceptar cada instante de ésta, como si poseyera un valor eterno.
Nietzsche esbozó este pensamiento en tres libros: "La Gaya Ciencia" escrita en Mesina en 1882; "Así Habló Zarathustra" que consta de cuatro partes, que fueron escritas por etapas y a golpes de inspiración y, por ultimo, "Más allá del Bien y del Mal (Preludio de una filosofía del futuro)".
Como dirá el propio Nietzsche en "Ecce Horno", la esquematización de este pensamiento lo tuvo un año antes, en Sils-María: "...a seis mil pies de altura sobre el nivel del mar y mucho más alto sobre el de los humanos".
"La Gaya Ciencia" corno su nombre indica, es una alusión, un querer retomar, al pensamiento, al lenguaje y a la poesía de los trovadores del medioevo provenzal (Ver "El Misterio del Grial" de Julius Evola). Pero, en síntesis, es la condenación absoluta y completa del intelectualismo. Es también un gran esfuerzo para entender el auténtico significado de la "muerte de Dios" y el auténtico sentido del ateismo, lejos de las vulgaridades del materialismo científico.
"Así habló Zarathustra" es un libro que como los "Himnos védicos" o "La Biblia" justifican toda una cultura. El modo de expresarse está por de pronto mucho más cerca de ellos que del tono discursivo y racionalista. Todo está en él: la tradición, la gran psicología, el ritmo (el tempo) del trovador provenzal, la refutación de la Biblia -más concretamente el Nuevo Testamento- punto por punto, la revelación o la gran intuición. ¡Qué lejos del racionalismo cartesiano! ¡Qué antítesis de la lógica de Hegel!
Expuesto al modo convencional, las cuatro partes del "Zarathustra" se dividen en los siguientes temas: 1) El Superhombre. 2) La Muerte de Dios. 3) La Voluntad de Poder. 4) El Eterno Retorno de lo Idéntico. La obra se encuentra a otro nivel de lectura y de recepción que las habituales piezas teóricas; es otra concepción del mundo.
Bien merece, pues, aunque sea un breve resumen de estos postulados. ¿Qué es el Superhombre?

Cuando Zarathustra, tras diez años de soledad en la montaña se dirige de nuevo a la ciudad, dice al pueblo: "Os enseño el sobrehumano". El sobrehumano es en realidad el hombre superado, la evolución ascendente.
"Habeis hecho el camino que va del gusano al hombre y aún teneis mucho de gusano en vosotros. En tiempos fuisteis simios y, aún ahora, el hombre es más simio que ningún simio.
"Aun el más sensato de vosotros no es todavía sino un ser híbrido e inconexo, medio planta, medio fantasma. ¿Os he pedido volveros fantasmas o plantas?"
Según Nietzsche, el hombre actual es algo incompleto y tiende a la regresión. El hombre debe tender a más que él. Es un PUENTE dice, y no un TERMINO.
Una lectura superficial y "clásica" de esto, pudiera inducir a creer en una transformación de tipo zoológico. "El sobrehumano, es el sentido de la tierra. Yo os lo conjuro. ¡Oh hermanos míos!, PERMANECED FIELES A LA TIERRA. No creais a aquellos que os hablan de esperanzas supraterrestres". El sentido de la tierra es la aceptación de LA VOLUNTAD DE PODER, la toma de consciencia que está en el hombre, que es suya, que no es emanada de los dioses. Los dioses no son más que los productos del miedo profundo que el hombre siente respecto a su propia fuerza.
La expresión alemana de "Voluntad de Poder" (der Wille zum Macht) tiene un significado algo diferente; significa literalmente LA VOLUNTAD TENSA HACIA EL PODER ACTUANTE. Indica así que la voluntad, por su misma naturaleza, está empeñada en el camino del poder.
¿En qué consiste el poder? Nietzsche declara: "La lucha por la existencia, esa fórmula designa un estado de excepción. La regla es más bien la lucha por el PODER, la ambición de TENER MAS Y MEJOR, y más APRISA y más A MENUDO".
"DIOS HA MUERTO"
En diversas ocasiones, Nietzsche repite que "Dios ha muerto". Esto no significa en realidad el alejamiento del hombre moderno respecto a la religión. Dios ha muerto, como dice Heideger, es una fórmula que hay que interpretarla a la luz de la Historia del pensamiento occidental; significa que la creación de seres divinos y de valores supraterrestres es una etapa caduca de la humanidad. "Dios ha muerto, pero los hombres no lo saben todavía". Y cuando Zarathustra lo comunica al pueblo, éste tiene miedo de comprender. Es porque con la muerte de Dios mueren también todas las morales contrarias a la vida, las morales de piedad, de compasión, de caridad, de igualdad; esas morales hechas para la masa, pero fatales para las individualidades superiores. El sobrehumano es aquel que no solamente sabe que "ese viejo Dios ha cesado de vivir, que está muerto y bien muerto", sino que de ello saca las consecuencias, es decir: derriba los valores tradicionales, caducos, y VUELVE a la verdad, a la ingenuidad de la infancia, fuerte, sana, alegre y optimista.
"EL ETERNO RETORNO DE LO IDENTICO"
En una célebre parábola, Zarathustra describe las tres metamórfosis del espíritu: el espíritu se torna CAMELLO, el camello LEON, el león en NIÑO. El camello representa el espíritu de un animal de carga, se arrodilla perfectamente amaestrado para ser cargado con lo más pesado, por más que la carga le aplaste. Luego el espíritu del camello se subleva y se torna en el espíritu del león. El león es el enemigo del ultimo amo y del último Dios ("el nihilismo"); quiere medirse con el "gran dragón". "El nombre del gran dragón es "debes", pero el alma del león dice "quiero"... Todos los valores han sido creados en el pasado y la suma de todos los valores soy yo". El león entonces entabla batalla, vence y se libera; pero su actitud es de negación, de destrucción, es la "pleamar del nihilismo". Pero si el león es capaz de conquistar una

libertad que después no sabe que hacer con ella y que tiende a destruirle, no tiene otro remedio que convertirse en NIÑO.
Porque el niño es inocencia pura y olvido, es un nuevo comienzo, una afirmación total; a él le tocará crear nuevos valores. La evolución hacia la infancia es ni más ni menos que un retorno. Este es el sobrehumano. Y es así como la idea de un retorno va íntimamente ligada en el pensamiento de Nietzsche, con la superación del hombre y el advenimiento del superhombre.
Este proceso sincroniza en muchos de sus aspectos con los ciclos cósmicos de la tradición hindú, que lleva el nombre de "Manvantara", el cual se divide en cuatro etapas, que señalan otros tantos períodos de auge y de progresiva decadencia. Actualmente, según dicha tradición, nos encontramos en pleno "Kali-Yuga" o "edad sombría". Al final de esta etapa que es de destrucción total (no forzosamente destrucción física), surge el período "Kitra-Yuga" o de formación de nuevos valores (empieza el ciclo olímpico).

Como puede verse sólo después de recorrer con meditación y discernimiento los pasajes de la tradición primordial (inmutable): la Vedanta, los Upanishads, el Avesta, la Alquimia, etc. , y sin dejarse llevar por un snobismo muy en boga (o sea, pretender ser un profeta o un iluminado), se está en condiciones de una correcta, no digo total, interpretación del "Zarathustra".
El mismo Nietzsche dirá en "Ecce Horno": "Algún día se sentirá la necesidad de instituciones en que se viva y se enseñe corno yo se vivir y enseñar; tal vez, incluso, se creen entonces también cátedras especiales dedicadas a la interpretación del "Zarathustra". Pero estaría en completa contradicción conmigo mismo si ya hoy esperase yo encontrar oidos y "manos" para "mis" verdades: que hoy no se me oiga, que hoy no se sepa tomar nada de mi, eso no sólo es comprensible, eso me parece incluso lo justo. No quiero ser confundido con otros, -para ello, tampoco yo debo confundirme a mí mismo con otros".
¿Petulancia? No diré ni que sí ni que no, sólo puedo afirmar que he leído el "Zarathustra" varias veces y cada vez lo descubro de nuevo. Es una ascensión a altas cumbres que debe hacerse con muchas escalas; que gracia me hacen los que intentan enterarse de Nietzsche empezando por el "zarathustra"...
MAS ALLA DEL BIEN Y EL MAL termina el ciclo del "eterno retomo". La luminosidad solar y el simbolismo del "Zarathustra" ya no se encuentran en él; es la plasmación en conceptos de su filosofía, expresada en forma lírica en su anterior obra. En el "Zarathustra" Nietzsche se sitúa en un macrocosmos sin tiempo ni espacio, es sencillamente TOTALIDAD. En "Más allá..." el subtítulo de la obra "Preludio de una filosofía del futuro" es suficientemente explícito. Nietzsche prevee lo que será la vida de los próximos siglos en todos los aspectos: morales, políticos y filosóficos. Ve la "pleamar del nihilismo", el fin de la pequeña política, el peligro judío-ruso, la necesidad de "nuevos filósofos"- y nuevos jefes, la urgencia de EUROPA como nación, y da los avisos y los consejos oportunos. Esta obra es sin duda, junto con la siguiente "La Genealogía de la Moral", el libro más destacado de la filosofía de Nietzsche -el "Zarathustra" ocupa un lugar aparte-. Si éste es de una belleza lírica impresionante, "Más allá..." es un concentrado esfuerzo filosófico. En cuanto al estilo y a la forma, según expertos en la literatura y filosofía alemana, supone el perfeccionamiento definitivo de esta lengua. Antes de él es difícil encontrar en un alemán esta sonoridad y esta flexibilidad.
Nietzsche, por medio de la Psicología introspectiva o social, elabora una filosofía sistemática. El empleo que hace de este método es riquísimo en análisis, como el del

placer que para primitivos y modernos supone la crueldad, en la disección de los instintos femeninos, en el descubrimiento de la sexualidad aún en los pensamientos superiores (Freud no tardó en darse cuenta del partido que podría sacar de esto de una parte de la naturaleza, para proclamarla esencia de todo lo demás). El alma alemana es puesta al descubierto hasta en sus más mínimos detalles; la prolongada constancia de su voluntad y su escepticismo temerario y viril, que incluso en su pensamiento imprime cierto carácter militar.
Desentraña asimismo el misterio de las pasadas edades y de las presentes, de las cuales ha penetrado en los secretos que parecían más íntimos, pudiendo de esta manera captar la esencia misma de la vida. Para él, la "voluntad de poder" es la única fuerza que en último término rige al mundo. No existe ley alguna en la naturaleza que se base en la compasión, ni justicia que consista en proteger al débil; esto no es más que una degeneración del espíritu sano y vigoroso de las mejores razas de la humanidad.
La vida social no ha sido otra cosa que la explotación del hombre por el hombre. En esta lucha ha habido siempre vencedores y vencidos, dueños y esclavos, y cada uno se ha hecho su moral. La moral del poderoso, del aristócrata, Nietzsche la proclama como norma de conducta para la minoría aristocrática de la humanidad.
Una es la moral del esclavo, otra muy diferente la del superhombre. Mientras el primero busca leyes, justicia y religión como amparo y justificación de su debilidad, el segundo prescinde de todo y se crea su propia ley. No existe el bien y el mal para el sabio verdadero, no admite que le esclavice ninguna clase de moral, goza la perfecta libertad de espíritu. El hombre que Nietzsche quiere crear, hace profesión de fe en la vida y niega que la perfección deba consistir en restringir parte alguna de sus fuerzas intrínsecas. Si se adueña de la ciencia, no es para venerarla, sino para dominarla, y así llegar a conocimientos superiores, por cierto, bien lejos de un tecnicismo aplicado. Este superhombre siente ansias de vivir lejos de la turba, necesita la soledad, tanto como una constante tensión en el peligro. Es "Un espíritu fatalista, irónico y mefistofélico".
Todo lo dicho demanda, desgraciadamente, una aclaración, ya que muchos "espíritus libres" se estarán relamiendo al tiempo que se comparan con este superhombre enunciado y lo interpretan a su manera. Esta es la gran fatalidad de que todo el mundo aprenda a leer: "El que todo el mundo sepa leer, corrompe a la larga no sólo el leer sino también el escribir" ("Así habló Zarathustra").
Es necesario recordar que Nietzsche intentaba liberar tan sólo al "aristócrata de instintos" para que, precisamente, domine e imponga su ley al resto de la humanidad, y en primer término será ésta quien saldrá ganando al regir el señor natural, pues por propio instinto no se apartará de las leyes naturales (pura psicología aplicada) y si conviene para el mantenimiento de esta masa ("animal de rebaño"), inventará dioses y religiones. En el afor. 61 del "Más allá..." dice: "A los hombres ordinarios, en fín, a los más, que existen para servir y para el provecho general, y a los cuales sólo en este sentido LES ES LICITO existir, proporciónales la religión el don inestimable de sentirse contentos con su situación y su modo de ser, una múltiple paz del corazón, un ennoblecimiento de la obediencia, una felicidad y un sufrimiento más, compartidos con sus iguales, algo de justificación de la vida cotidiana, de toda la bajeza, de toda la pobreza semianimal de su alma... quizá no exista, ni en el cristianismo ni en el budismo, cosa más digna de respeto que su arte de enseñar aún a los más bajos a integrarse, por piedad, en un aparente orden superior de las cosas y, con ello, a seguir estando contentos con el orden real, dentro del cual llevan ellos una vida bastante dura. ¡Y precisamente esta viveza resulta necesaria!"
Como dije al principio, Nietzsche destruye lo establecido por SUPERACION. Ayer y hoy y siempre, los "espíritus libres", los "librepensadores", los eternos progresistas, los

demócratas y los socialistas ¿qué y cómo destruyen? ¿qué establecen después? Estas son las preguntas que debería hacerse todo inconformista, todo revolucionario auténtico y todo el que no quiera alienarse con las "Superestructuras".
Nietszche responde también hoy desde el "Más allá...":
"Nosotros los que somos de otra creencia, nosotros los que consideramos el movimiento democrático no meramente corno una forma de decadencia de la organización política, sino como forma de decadencia, esto es, de empequeñecimiento, del hombre, como su mediocrización y como su rebajamiento de valor, ¿A donde tendremos que acudir nosotros con nuestras esperanzas?. A NUEVOS FILOSOFOS, no queda otra elección; a espíritus suficientemente fuertes y originarios como para empujar a valoraciones contrapuestas y para transvalorar, para invertir "valores eternos"; a precursores, a hombres del futuro, que aten en el presente la coacción y el nudo, que coaccionen a la voluntad de milenios a seguir nuevas vidas. Para enseñar al hombre que el futuro del hombre es voluntad suya, que depende de una voluntad humana, y para preparar grandes riesgos y ensayos globales de disciplina y selección destinados a acabar con aquel horrible dominio absurdo y del azar que hasta ahora se ha llamado Historia -el absurdo del "número máximo" es tan sólo su última forma-: para esto será necesaria en cierto momento una nueva especie de filósofos y de hombres de mando, cuya imagen hará que todos los espíritus cultos, terribles y benévolos que en la tierra han existido aparezcan pálidos y enanos. La imagen de tales jefes es la que se cierne ante nuestros ojos: - ¿me es lícito decirlo en voz alta, espíritus libres? Las circunstancias que en parte habría que crear y en parte habría que aprovechar para que aquellos surjan; las sendas y pruebas presumibles mediante las cuales un alma ascendería hasta una altura y poder tales que sintiese la COACCION de realizar tales tareas; una transvaloración de los valores bajo cuya presión y martillo nuevos una consciencia se templaría, un corazón se transformaría en bronce, de modo que soportase el peso de semejante responsabilidad; por otro lado, la necesidad de tales jefes, el espantoso peligro de que puedan faltar o malograrse o degenerar -éstas son NUESTRAS auténticas preocupaciones y ensombrecimientos, ¿lo sabéis, espíritus libres?, éstos son los pensamientos y borrascas pesados y lejanos que atraviesan el cielo de NUESTRA vida. Existen pocos dolores tan agudos como el haber visto, el haber adivinado, el haber sentido alguna vez cómo un hombre extraordinario se apartaba de su senda y degeneraba: pero quien posee el raro ojo que permite ver el peligro global de que "el hombre" mismo DEGENERE, quien, como nosotros, ha conocido la monstruosa casualidad que hasta ahora ha jugado su juego en lo que respecta al futuro del hombre - ¡un juego en el que no intervenía ninguna mano y no siquiera un "dedo de Dios"!-, quién adivina la fatalidad que se oculta en la idiota inocuidad y credulidad de las "ideas modernas", y más aún en toda la moral europea-cristiana: ése padece una ansiedad con la que ninguna otra es comparable, él abarca, en efecto, de una sola mirada todo aquello que, con una favorable concentración e incremento de fuerzas y tareas, podría SACARSE DEL HOMBRE MEDIANTE SU SELECClON, él sabe, con todo el saber de su conciencia, cómo el hombre no está aún agotado para las posibilidades máximas, y con cuanta frecuencia el tipo de hombre se ha encontrado ya frente a decisiones misteriosas y frente a nuevos caminos: -y sabe más aún, por su dolorísimo recuerdo, contra qué cosas miserables ha chocado hasta ahora de ordinario un ser de rango supremo en su evolución, naufragando, rompiéndose, deshaciéndose, hundiéndose, volviéndose miserable. La DEGENERACION GLOBAL DEL HOMBRE, hasta rebajarse a aquello que hoy les parece a los cretinos y majaderos socialistas su "hombre del futuro", ¡su ideal!, esa degeneración y empequeñecimiento del hombre en completo animal de rebaño (o, como ellos dicen, en hombre de la "sociedad libre"), esa animalización del

hombre hasta convertirse en animal enano dotado de igualdad de derechos y exigencias son POSIBLES, ¡no hay duda! Quien ha pensado alguna vez hasta el final esta posibilidad conoce una náusea más que los demás hombres, - ¡y tal vez también una nueva TAREA!...". (FILOSOFAR CON EL MARTILLO).
La aristocracia que Nietzsche propone, no debe confundirse de ninguna manera con las actuales clases sociales: aristocracia ¿?, plutocracia, clase obrera, burocracia, etc., pues esos son los "viejos dragones".
¿Qué es para él la casta aristocrática?: "La casta aristoérática ha sido siempre al comienzo la casta de los bárbaros: su preponderancia no residía ante todo en la fuerza física, sino en la psíquica -eran hombres MAS ENTEROS (lo cual significa también, en todos los niveles, "bestias más enteras").
Y sobre la corrupción de las aristocracia dirá: "Cuando por ejemplo, una aristocracia como la de Francia al comienzo de la Revolución arroja lejos de sí sus privilegios con una náusea sublime y se sacrifica a sí misma a un desenfreno de su sentimiento moral, esto es corrupción".
Tampoco según él, surgirá esta élite entre los intelectuales de las ideas modernas: "En los denominados hombres cultos, en los creyentes de las "ideas modernas", acaso ninguna otra cosa produzca tanta naúsea como su falta de pudor, su cómoda insolencia de ojo y de mano, con la que tocan, lamen, palpan todo; y es posible que hoy en el pueblo, en el pueblo bajo, sobre todo entre los campesinos, continúe habiendo más relativa aristocracia del gusto y más tacto del respeto que entre el semimundo del espíritu, que lee periódicos entre los cultos".
La coincidencia con Hitler en su desprecio a esta capa intelectual de "ideas modernas", se pone claramente de manifiesto en un discurso del Führer a los futuros mandos del Partido: "Ahora tenemos una capa intelectual que carece por completo de valía, una capa superficial, malformada en su educación, judaizante en parte. Naturalmente esta capa social dice: "No podemos hacer eso..." Poseo la suficiente experiencia con esta gente para saber que no tienen importancia alguna, que cualquier obrero de la calle tiene realmente mil veces más valor, pues éste trabaja y realiza algún cometido útil, en tanto que esa gente no hace más que charlatanear, no haciendo nada positivo. Cuando uno los pone en cualquier sitio y les dice: "Bueno, haga Vd. alguna cosa, déjese ya de hablar y haga algo", entonces se lleva uno de los mayores desengaños. Lo he comprobado cientos de veces en la vida real. No son ni serían capaces de llevar la jefatura del más pequeño grupo local; carecerían de toda facultad para ello; lo único que puede hacérseles es ponerles un bozal y decirles: "Usted, a callar; déjese de hablar, póngase detrás y en marcha! ¡Vamos, adelante!".
A Nietzsche puede considerársele sin género de dudas, como el primer Nacional-revolucionario-europeo, no se cierra en un nacionalismo estrecho. Como hemos visto en un capítulo de "Aurora" es el primero en ver la necesidad de la formación de la raza europea, ahora lo veremos profetizar sobre el peligro que se cernirá sobre Europa en este siglo y la necesidad de que Europa se encuentre a sí misma y forme una nación: no sólo guerras en la India y complicaciones en Asia, sino revoluciones internas, la desmembración del Reich en pequeños cuerpos y, sobre todo, la introducción de la imbecilidad parlamentaria, además de la obligación para todo el mundo de leer su periódico durante el desayuno. Yo no digo esto porque lo desee: antes bien, yo desearía lo contrario, -quiero decir, un aumento tal de la amenaza representada por Rusia que Europa tuviera que decidirse a volverse amenazadora en esta misma medida, estos es, a ADQUIRIR UNA VOLUNTAD UNICA mediante el instrumento de una nueva casta que dominase sobre Europa, a adquirir una voluntad propia prolongada, terrible, que pudiera proponerse metas para milenios:- para que por fin acabasen tanto la comedia,

que ha durado demasiado, de su división en pequeños estados como sus veleidades dinásticas y democráticas. El tiempo de la política pequeña ha pasado: ya el próximo siglo trae consigo la lucha por el dominio de la tierra, -la COACCION a hacer política grande".
Basta recordar que la única vez en los tiempos modernos que Europa se ha unido contra Rusia, más concretamente contra el bolchevismo fué en la campaña del Este durante la Segunda Guerra Mundial:
los españoles en la División Azul, franceses, belgas, holandeses, ucranianos, lituanos, suecos, noruegos, etc., formaron en las filas de las Wafen SS junto con sus camaradas europeo-alemanes. Hitler no dejaba de recordar a los incautos occidentales, que esta era una guerra de Europa contra "Asia" y que si el Reich -Marca Europea del Este- era destruido, los días de la civilización Occidental estaban contados. Basta dar un superficial vistazo para aseverarse de tal afirmación. Quizás el Destino ha querido que la nueva élite se forje en condiciones mucho más duras y desfavorables. Evidentemente quedaban en Occidente demasiados "viejos dragones", quizás el "león" no había destruido todos los viejos valores, no se había saciado.
LA GENEALOGIA DE LA MORAL es seguramente el libro menos alegre, más sombrío de Nietzsche, pero el más estructurado y sistemático. En él busca el filósofo todas las miserias e interioridades humanas presentes y pasadas para llegar al pleno conocimiento del problema moral. Podríamos decir que es una depuración de su "Humano, demasiado humano".
"¿Que origen se debe atribuir en definitiva a nuestros conocimientos sobre el Bien y el Mal?" "¿En que condiciones ha inventado el hombre para su uso estas dos apreciaciones? ¿Y que valor poseen por sí mismas".
Con rotundidad, sin vacilación, se ha atribuido hasta el presente a lo "bueno" un valor superior a lo "perverso", superior en sentido de progreso, de utilidad, de influencia fecunda para el hombre. ¿Qué sucedería si lo contrario fuese cierto? ¿Qué si en el hombre "bueno" hubiese un signo de retroceso, un peligro, un narcótico que hiciera vivir al presente "a costa del porvenir", de una manera más inofensiva, más agradable tal vez, pero más mezquina, más baja.... ¿Sería la moral de entre todos los peligros el peligro por excelencia?
El libro se divide en tres tratados: "El Bien y el Mal", "La Falta", y "La mala conciencia y lo que se le parece".
Finalmente y después de haber analizado exhaustivamente estos tres conceptos, Nietzsche afirma que el verdadero tipo de filósofo no ha aparecido todavía, puesto que es imprescindible que esté emancipado de la Religión y de la Moral. No obstante propone un medio para liberarnos del misticismo y al mismo tiempos ayudarnos a orientar nuestras vidas en un sentido alegremente filosófico. Opina que a los ascetas hay que oponer una civilización de Arte con una decidida voluntad, al mismo tiempo que realizar esfuerzos sin reparar en medios para la construcción de una sociedad perfectamente jerarquizada. Esta nueva civilización habría que triunfar bajo el signo del dios Dionisos.
CREPUSCULO DE LOS IDOLOS Y EL ANTICRISTO
"Estos dos libros están destinados a los menos, a los que comprenden mi "Zarathustra". Quizá no haya nacido ninguno de ellos todavía".
En el verano de 1888 Nietzsche se propone una árdua labor, está ya maduro para una síntesis de sus vivencias y de su filosofía que hasta ahora eran ráfagas de inspiración. Las profecías y los conceptos que están dispersos o solamente apuntados en todos sus libros deben ser remodelados y concentrados en uno solo, "Transvaloración de todos los valores". Toma notas, apuntes, ordena, recopila y esboza el índice de temas del libro. El

primero de ellos -pues en principio se tenía que componer de varios- será "El anticristo", será el primero y último de su "Transvaloración..." pues su libro póstumo "La voluntad de poder" es una recopilación de apuntes y de notas, y se debe al editor de Weimar, que siguió las indicaciones de Nietzsche, que ya en 1887 había imaginado este libro como "un soliloquio ideal", pero belicoso y con un estilo y una terminología militares, y al mismo tiempo como el "libro más independiente": "Yo he dado a la humanidad el libro más profundo que ella posee, mi "Zarathustra"; dentro de poco le daré el más independiente".
Como para relajarse del abrumador trabajo que se había impuesto, decide escribir una especie de prólogo de esta obra. En principio el título sería "Ociosidades de un psicólogo". Pero del prólogo sale nada menos que la introducción y el resumen de toda su filosofía: "es artillería pesada" lo que desde él dispara Nietzsche. Por fín llevará el título que corresponde a su grandeza "Crepúsculo de los ídolos" y como subtítulo "Como se filosofa a martillazos".
El libro empieza con "El problema de Sócrates" y la dialéctica, tema que había tratado ya en "El nacimiento de la tragedia": "Con Sócrates el gusto griego da un cambio en favor de la dialéctica: ¿que es lo que ocurre aquí propiamente? Ante todo, con esto queda vencido un gusto aristocrático; con la dialéctica la plebe se sitúa arriba... Poco valioso es lo que necesita ser probado. En todo lugar donde la autoridad sigue formando parte de las buenas costumbres, y lo que se da no son "razones" sino órdenes, el dialéctico es una especie de payaso...
"A la dialéctica se la elige tan sólo cuando no se tiene otro recurso... por eso son dialécticos los judíos..." (y los socialistas científicos).
Seguidamente habla de los "mejoradores" de la humanidad, poniendo de relieve la diferencia existente entre la "doma" y la "cría" de una raza. La "doma" no es otra cosa que castrar los mejores instintos y aptitudes de una raza: nivelandola con otras inferiores, tema que ha sido fundamental en el cristianismo, sobre todo en su "doma" de la "bestia rubia" germánica. Como antítesis pone la "ley de Manú" y el valor inmenso que tuvo, al "criar" una raza y una sociedad perfectamente jerarquizada: brahamanes, guerreros, burguesía y sirvientes, además de los "chandalas" clase donde eran arrojados todos los mestizos de su sociedad, los tarados y los incapacitados físicos y morales. En "El anticristo" dirá que fue precisamente el budismo quien transformó esta jerarquización, con lo cual vino la inevitable decadencia del hinduismo y de la raza indo-aria.
Es digno de mencionar en su textual integridad los conceptos que Nietzsche tiene sobre: la libertad, el matrimonio, la cuestión obrera, y el progresismo.
"A veces el valor de una cosa reside no en lo que con ella se alcanza, sino en lo que por ella se paga... Las Instituciones liberales socavan la voluntad de poder, vuelven cobardes, pequeños y ávidos de placeres a los hombres, con ellas alcanza el triunfo siempre el animal de rebaño.
Liberalismo: dicho claramente, ANIMALIZACION GREGARIA... La guerra educa para la libertad. Pues ¿que es la libertad? Tener voluntad de autorresponsabilidad. Volverse más indiferente a la fatiga, a la dureza, a la privación, incluso a la vida... El hombre que ha llegado a ser libre, y mucho más el espíritu que ha llegado a ser libre, pisotea la despreciable especie de bienestar con que sueñan los tenderos, los cristianos, las vacas, las mujeres, los ingleses y demás demócratas. El hombre libre es un GUERRERO."
SOBRE EL MATRIMONIO: "La razón del matrimonio, consistía en la responsabilidad jurídica exclusiva del varón: con ello el matrimonio tenía un centro de gravedad, mientras que hoy cojea de ambas piernas. La razón del matrimonio, consistía en su

indisolubilidad por principio: con ello adquiría un acento que sabía hacerse oir frente al azar del sentimiento, de la pasión y del instante. Consistía asimismo en la responsabilidad de las familias en cuanto a la elección de los cónyugues. Con la creciente indulgencia en favor del matrimonio "por amor" se ha eliminado precisamente el fundamento, aquello que hacía del matrimonio una institución".
LA CUESTION OBRERA: "La estupidez, en el fondo la degeneración de los instintos, que es hoy la causa de todas las estupideces, consiste en que haya una cuestión obrera... Yo no alcanzo a ver qué es lo que se quiere hacer con el obrero europeo, después de haber hecho de él una cuestión... Se le ha hecho al obrero apto para el servicio militar, se le ha dado el derecho de asociación, el derecho político, el voto: ¿como puede extrañar que el obrero sienta ya hoy su existencia como una situación calamitosa. ¿Pero qué es lo que se quiere?, volvemos a preguntar. Si se quiere una finalidad, hay que querer también los medios: si se quiere esclavos, se es un necio si se les educa como señores".
Aquí aparece una contradicción en Nietzsche, o mejor dicho una falta de adivinación. En primer lugar al obrero jamás se le ha educado para señor, se le ha conscienzado para, únicamente ser apto para servir de ejército de choque en provecho de los teóricos del liberalismo y del socialismo, a los cuales y como hemos visto y veremos seguidamente tanta repugnancia causan a Nietzsche.
Por otra parte, el filósofo, ve en el judío el elemento desitegrador por excelencia, pero le ha pasado posiblemente desapercibido la estrecha relación de éste, dueño por una parte de la alta banca con los jefes de todos los movimientos liberales y socialistas de Europa, judíos en su mayoría también. No ha podido adivinar que se trataba de una acción conjunta: sumos sacerdotes y bajo pueblo de Israel, para el ejercicio del dominio universal que como "raza escogida" se tienen reservado.
Quizá sea esta una cuestión política más que filosófica, y Nietzsche está más interesado en buscar las causas de la desistegración occidental en su propia debilitación que en el beneficiario de ello. Al fin y al cabo, yo tampoco doy la culpa al judío de la decadencia y animalización de nuestras costumbres; en todo caso la culpa la tenemos nosotros y sobre todo nuestras capas "intelectuales" y "políticas" por dejarse atrapar en sus redes. Bastaría un golpe de hombría en los medios políticos y culturales de occidente para que en un sólo día la nefasta influencia judaica dejara de inquietarnos. Este golpe tendrá que venir y no sólo de una nación como antaño, sino de Europa entera, pero para ello es necesario que la nueva élite se vaya formando sin prisa pero sin pausa. Cuando esto ocurra será señal de que Europa habrá recobrado su voluntad de poder.
Continuando con el pensamiento nietzscheiano sobre el problema obrero, esto es lo que expone en "El anticristo"; "LA quién es a quien más odio, entre la chusma de hoy? A la chusma de los socialistas, a los apóstoles de los chandalas, que con su pequeño ser socavan el instinto de placer, el sentimiento de satisfacción del obrero -que lo hacen envidioso, que le enseñan la venganza... La injusticia no está nunca en los derechos desiguales, sino en reclamar derechos iguales... ¿Que es malo? Pero su ya lo he dicho: todo lo que proceda de la debilidad, de la envidia, de la venganza. El anarquista y el cristiano son de una misma procedencia..."
"El anticristo" como muy bien dice A. Sánchez Pascual en su introducción a éste, es una hueso que hay que roer: "Quien quiera vivir a partir de Nietzsche habrá que roer este hueso de "El anticristo"; y, además, tragarlo. Y no sólo en lo negativo, cosa fácil, sino en lo positivo. No sólo en el NO, si no también en el SI oculto que aquí está encerrado. Ante la imposibilidad de hacerlo, más de uno ha acabado por arrojar, todo entero, a Nietzsche".

Es el libro de la introspección del cristianismo: su origen judío, su teología, la transfiguración de Jesús a partir de sus discípulos y especialmente por Pablo (espíritu de Rabino), pone al descubierto la bajeza y la venganza de plebeyo que existe en las páginas del Nuevo Testamento y por último maldice a Occidente por no haber sabido crear un dios en dos milenios. El siempre propone a Dionisos.
Él democratismo, la revolución francesa y el socialismo, no hacen sino reanudar los temas del cristianismo y éste a su vez, reanuda por su cuenta todos los temas de una comunidad judía dominada por la casta de los sacerdotes, quienes para afianzar su potencia necesitan conservar una masa de oprimidos, de fracasados, de inoportunos. (Téngase en cuenta la proletarización que sufre Europa hace más de un siglo; el supercapitalismo judío está terminado, si no ha terminado ya, con la independencia de la propiedad privada -antítesis del capitalismo-, así mismo, los líderes políticos e intelectuales de tales proletarios no son sino judíos o sirvientes de estos: Marx, Rosa Luxemburgo, Lenin, Freud, Marcusse, Cohn Bendit, etc.).
En "El anticristo" Nietzsche resume la concatenación de hechos del debilitamiento occidental que había comenzado en el "Crespúsculo de los ídolos": de Sócrates al cristianismo, del cristianismo a la Revolución francesa y de ésta al socialismo, en formas diferentes, pronunciadas por hombres diferentes, y aparentemente antitéticos; es el mismo fenómeno de debilitación ininterrumpido que continúa. Es la DECADENCIA.
Concretando más, para Nietzsche, la Revolución francesa con sus doctrinas igualitarias, humanitarias, fraternales, democráticas, no hace sino continuar el cristianismo (¿que diría hoy en día?): "Porque la Revolución francesa es la hija y la continuadora del cristianismo, tiene ese mismo instinto hóstil a las castas, a los antiguos privilegios".
A consecuencia de la Revolución francesa, el socialismo, "tiranía extrema ejercida por necios y mediocres, disimula mal la voluntad de negar la vida.
"Que las razas fuertes de la Europa nórdica no hayan rechazado de sí el Dios cristiano es algo que en verdad no hace honor a sus dotes "religiosas", para no hablar del gusto. Tendrían que haber acabado con semejante enfermizo y decrépito engendro de la DECADENT. Más, por no haber acabado con él, pese sobre ellas una maldición, ¡desde entonces no han creado ya ningún Dios!".
* *
En un día de otoño de 1889, el gran filósofo, preso de un ataque de apoplegía que terminaría con su vida, se abraza al cuello de un caballo en los arrabales de Turín para preservar al noble bruto de los malos tratos de un carretero. A partir de aquí, Friedrich Nietzsche, el filósofo, no existe ya. A los cuarenta y cinco años, en la edad dorada de la madurez y de la experiencia. Irrita esta prematura desaparición, pero a través de lo que escribió, ¿Qué más podía decirnos? ¿Hay realmente algo más que añadir?...
Para terminar, sólo añadiré que si la filosofía de Nietzsche forma un sistema es contra su expresa voluntad. Con todo, debemos y podemos hablar de la férrea contextura ideológica nietzscheiana, tanto más sólida cuanto que aparentemente no lo es.
El 25 de agosto de 1900 a la edad de 56 años muere Friedrich Njetzsche.
La revolución nacional-europea-nietzscheiana se esbozó en el III Reich alemán; éste fué derrotado, pero el recuerdo de una de sus sentencias postreras expresadas en "Ecce horno" debe ser un toque de clarín para todo nacional-revolucionario-europeo: "Conozco mi suerte. Alguna vez irá unido mi nombre al recuerdo de algo gigantesco, de una crisis como jamás la había conocido la tierra... Yo no soy un hombre, soy dinamita".
Desde los umbrales del siglo XX:
¡Gloria eterna a Friedrich Nietzsche!

WAGNER
Por Jorge Mota
Ha de sorprender necesariamente que en una obra titulada "Hitler y sus filósofos" y en la que se incluyen los más eminentes de Alemania, figure un músico: Ricardo Wagner. Sin embargo, hay también importantes razones para ello que seguidamente analizaremos, debiendo quedar claro, pese a todo, que Wagner no es ningún filósofo. Existe ciertamente una filosofía, profunda por demás, dentro de la obra wagneriana pero ésta se halla en forma abstracta, y nunca de manera concreta y explícita. Algunos wagnerianos, dignos de toda consideración, aseguran y defienden la faceta filosófica de Wagner, considerándolo lo más importante de su personalidad genial; sin embargo, yo descarto totalmente dicha afirmación pues considero primordialmente a Wagner como a un poeta músico, en el cual la poesía tiene la más importante significación y creo que esta particularidad hace cobrar todavía más importancia a su inclusión dentro de un libro especialmente dedicado a aquellos pensadores que influyeron en Hitler y su doctrina pues -y creo que de esto no hay ninguna duda- fue Wagner el que más decisivamente influyó, aun no siendo filósofo, sino poeta.
Las propias ideas filosóficas de algunos de los hombres eminentes incluídos en esta obra, vendrían a demostrarnos que la influencia concreta de una filosofía sobre un gran pensador o un gran revolucionario, no podía ser nunca determinante; sin embargo, estas mismas filosofías deben admitir que la poesía tiene a este respecto más ventajas pues influye directamente en el espíritu y normalmente en la juventud, dejando impresiones imperecederas. Sólo la poesía puede imbuir en un espíritu joven la suficiente energía para abandonarlo todo y, desde la nada, levantar a una nación, crear una nueva idea e implantarla en forma revolucionaria en el mundo, creando con sus doce años de vigencia una profunda corriente que hoy puede considerarse ya indestructible.
Ni en la obra musical, ni en la poética, ni tan siquiera en sus obras en prosa, podemos descubrir una profunda y clara filosofía aunque, eso sí, un marcado carácter filosófico que él mismo reconoce descubrir en Schopenhauer. Los escritos en prosa de Wagner, especialmente "El Arte y la Revolución", "El Judaismo en la Música" y "Religión y Arte" contienen postulados de clarísimo carácter político. En ellos, como veremos más adelante, encontramos ataques al judaismo como movimiento mundial de carácter racial, apoyos absolutos a las ideas racistas, ataques al pluripartidismo y a los gobiernos del momento, defensa de los sentimientos nacionalistas y europeistas, principios socialistas, así como multitud de detalles que crean un indisoluble para lelismo entre nacionalsocialismo y movimiento wagneriano, a los que hay que añadir su actitud de apoyo a la Revolución en Dresde en 1848 que le obligó a ser desterrado de Alemania, y también infinitos detalles de su vida y su obra. Pero a nuestro entender, las influencias más decisivas no hay que buscarlas en sus concepciones concretas, expresadas en forma sistemática y metódica y que, en suma, son todavía hoy ignoradas por la mayoría de wagnerianos o tienen un simple carácter casi anecdótico, incluso para los que son al propio tiempo nacionalsocialistas, sino que lo que hace posible la existencia de un movimiento wagneriano es la grandeza de su drama musical.
El presente sucinto estudio lo dividiremos en cuatro apartados principales:
1) La influencias del drama musical en Hitler.
II) La influencia de los escritos teóricos de Wagner en la ideología nacionalsocialista.
III) La influencia de la personalidad de Wagner en la de Hitler. IV) Relaciones entre el movimiento wagneriano y Hitler.
I

Lo más importante, repito una vez más, se halla en la influencia del drama musical en las concepciones de Hitler. Quiero además acentuar este aspecto, dado que el tema extrictamente filosófico -que también podría tratarse aquí- lo será con mayor amplitud en otros capítulos.
En la obra de Wagner hay que distinguir dos importantes aspectos, el concreto de lo que se dice y lo que ocurre en la escena y el abstracto de lo que se deja de decir. El propio Wagner repetía con frecuencia que cada vez le gustaba más en los poetas lo que dejaban de decir, lo que, traducido a nuestro lenguaje actual, podría ser considerado el mensaje" aunque sea expresión demasiado manoseada para mi gusto. Incluyamos en esta idea a la música, cuyo lenguaje puede ser ininteligible para el profano, pero perfectamente perceptible por una aficionado a este noble arte. La música contiene ideas, sentimientos, formas de ser y pensar que se transmiten directamente del compositor al oyente a través de los medios técnicos de la orquesta, los cantantes o la simple partitura.
Por otra parte la influencia de Wagner fue la primera de las recibidas. Hitler nos dice: "Cuando tenía 12 años vI en Linz una representación de "Guillermo TeIl" y poco tiempo después las primera ópera que oía en mi vida, "Lohengrin". En un instante me quedé encadenado a la obra de Wagner. Mi entusiasmo juvenil no conoció límites".
A los doce años ni "El mundo como voluntad y representación", ni "Los fundamentos del siglo XIX", ni el "Así hablaba Zarathustra", pueden en un joven tener la influencia de la obra poética. Yo recuerdo perfectamente que, a esa misma edad, a los catorce años concretamente, leí varias obras del teatro alemán, entre ellas "Fausto", "Hermann y Dorothea", "Las afinidades electivas", "Werther", "Maria Estuardo", "La Doncella de Orleans" y "Guillermo TeIl". De todas ellas únicamente "Werther" y "Guillermo Tell" dejaron profunda huella en mí, mientras que las otras ha sido al releerlas ya más adulto cuando he podido ir descubriendo sus valores. Puedo pues comprender, perfectamente, la impresión que en el joven Hitler causó el idealismo desbordante de "Guillermo Tell" y como debió impresionarle, como a mí, el diálogo de la escena I del tercer acto:
HEDWIG: Algo se está tramando contra los gobernadores. En el Rütli se ha celebrado una asamblea, lo sé y tu formas parte de la alianza.
TELL: Yo no he estado allí.., más no me esconderé a la llamada de mi país.
HEDWIG: Ya sabran colocarte donde haya más peligro. Te tocará hacer lo más difícil como siempre.
TELL: A cada uno se le pide lo que puede dar.
HEDWIG: ¡Atravesar en barca el lago enfurecido! Eso no es tener confianza en Dios. Es tentar a Dios.
TELL: Quien reflexiona demasiado obra demasiado poco.
HEDWIG: Sí, tu eres bueno y caritativo, tu prestas servicios a todo el mundo, y cuando tu mismo te halles en peligro, nadie te ayudará.
TELL: Dios me libre de tener necesidad de ayuda.
Y si el "Guillermo Tell" debió llenarle de ambición por defender nobles y elevados ideales, no menos sería ,'Lohengrin". Yo no lo conocí a los catorce años, sino algo después, pero comprendo que el misticismo del caballero del cisne enviado desde el misterioso castillo de Monsalvat, defensor de la justicia y enemigo irreductible de la cobardía y la traición, armonizaba perfectamente con el idealismo de "Guillermo Tell". Ese espíritu medieval, esa persona regia y noble de Enrique "El Pajarero", esa pureza reflejada en el idealizado Lohengrin, debieron sin duda sembrar en su corazón los gérmenes del más puro idealismo. ¿Con qué entusiasmo y devota reverencia debió escuchar Hitler por primera vez las palabras del Rey Enrique en el juicio de Dios?: "Señor, Dios mio. Te quiero invocar. Te pido que estés presente en la lucha. Muéstranos claramente por medio del triunfo quien dice la verdad y quien miente. Da fuerzas al

justo y abate al que no lo es. Danos tu ayuda, pues en este momento nuestra inteligencia nada vale", y también el comportamiento del engañado Federico que, pese a la imagen irreal y divina de Lohengrin, y debido a la total confianza que tiene en su esposa Ortrud, dice: "Antes que cobarde muerto. Por fuerte que sea tu encanto, hombre de aspecto sublime, tu reto altivo no me asusta, pues jamás mis labios han mentido". Y ¿cómo debió impresionarle la belleza sin límites del preludio reflejando a los ángeles que bajan del cielo para entregar el Santo Cáliz de la última cena a los nobles caballeros de Monsalvat y también la actitud perversa de Ortrud invocando a los dioses paganos del Walllhalla, vencida al fin por la pureza del enviado de Dios? Sin duda, fue necesariamente la poesía la que llenó el corazón juvenil de Hitler.
Su amigo de juventud, Kubicek, nos relata que la segunda obra que causó en él fuerte impacto fue el "Rienzi". Extraña voluntad del destino que hizo llegar a Hitler las obras tempranas de Wagner para irle llevando poco a poco a las posteriores y colmadas de mayor carga filosófica. Sorprendentemente, el "Rienzi", la tan poco representada obra de Wagner, sería una de las primeras en ver Hitler y con toda certeza le debió causar fuerte impacto su argumento, tan similar a su posterior vida.
Rienzi, el último de los tribunos, nos muestra al joven protagonista que se levanta contra la tiranía de una fracción de nobles y logra crear un estado fuerte, justo y honrado. Es aclamado por el pueblo y los nobles vencidos a los que perdona le juran también fidelidad, obteniendo igualmente el apoyo de la Iglesia. Sin embargo, esos mismos nobles conspiran contra él y al fin, también el pueblo, engañado de nuevo por sus astucias, se vuelve contra Rienzi a quien retira asimismo su apoyo la Iglesia. En la última escena, de profundo patetismo, Rienzi grita desde el Capitolio, mientras el pueblo instigado por los falsarios nobles, le insulta y arroja antorchas: "Decidme, ¿quién libres os hizo? ¿No os acordais ya de vuestros gritos de alegría con los que me aclamasteis entonces, cuando os dí la libertad y la paz? Os pido ahora que penseis en vuestro juramento". Pero, incendiado el Capitolio, Rienzi perece bajo sus ruinas.
A lo largo de la obra, son innumerables los pasajes que debieron necesariamente impresionar a Hitler. Muy singularmente destacable es la escena II del Acto I, cuando Rienzi habla a Adriano, hijo de uno de los despóticos nobles, pero que le apoya a él, diciéndole: "Adriano, atiende. Yo también conté con los de tu sangre al proyectar mi plan; solo deseo leyes a las que se sometan el pueblo y los nobles. ¿Puedes recriminarme por quereros transformar de ladrones en gente noble, si quiero convertiros en protectores de todo lo bueno y de los derechos del pueblo?". Y también, seguidamente, una vez obtenido el triunfo, cuando grita Rienzi: "La libertad debe ser la ley que ha de obedecer todo hijo de Roma. Combatamos con fuerza los robos y los crímenes, consideremos a los ladrones como traidores. Cerradas tenga para siempre sus puertas Roma a sus malos hijos, bienvenido sea aquél que traiga paz y quiera jurar nuestras leyes. Combatid feroces al enemigo, acabad con los hombres malvados, dejad paso franco al peregrino y guardad de todo mal a los buenos pastores. Así debemos jurar hacer cumplir la ley: haced el juramento como buenos romanos". A lo que el pueblo responde: "A ti te lo juramos que como antaño, debe Roma grande y libre ser: de viles bajezas y de tiranos la libre siempre nuestro acero. Muerte y exterminio juramos, para el traidor que insulte a Roma. Un nuevo pueblo queremos levantar, tan grande como fue en su pasado". Y también aquél canto de heroismo traducido por Wagner del original de Bulwer Lytton: "Vamos, romanos, la patria debemos defender. Guerra al traidor que quiera ofender a Roma. No encuentre en el mundo jamás perdón su pecado y muera condenado sin que lo acoja Dios. Vamos, romanos, sean dadas nuestras vidas por nuestra ley y nuestra libertad. Pidamos que los ángeles y Dios se hallen con nosotros para infundirnos valor".

Toda esta gesta de heroismo, de sacrificio por la patria, de defensa del pueblo oprimido, de instauración de leyes que obligan por igual a todos, y ese sentimiento de comunidad y de valor, dejaron en Hitler huella profunda Incluso August Kubiceck asegura que fue la representacion de "Rienzi' lo que le determino a dedicarse a la politica.
Sería prolijo enumerar uno por uno todos los dramas wagnerianos y analizarlos cuidadosamente intentando destacar los fragmentos que más hayan podido influir en Hitler, por ello no dedicaremos comentarios a "Tristán e Isolda", esa gigantesca producción del alma humana, ni a "Parsifal", esa "elevada canción de amór, esa canción de elevado amor", como la definiera el crítico wagneriano gran amigo de Hitler, Dietrich Eckart. Tampoco hablaremos de "Los Maestros Cantores de Nürnberg" obra que precedía o seguía la celebración de los congresos del partido en aquella ciudad y que Hitler conocía en sus más mínimos detalles, ni tampoco del "Tannhauser", obra mística por excelencia. Nos vamos a limitar a la más grande producción wagneriana, en cuanto a dimensiones se refiere. La gigantesca "Tetralogía" con sus tres jornadas y el prólogo.
Se han hecho frecuentes estudios en los que se ha analizado el contenido político de esta gigantesca producción. Se han adelantado las más aventuradas suposiciones y se ha querido trasladar a la vida real los personajes imaginarios del Wallhalla wagneriano. El estudio y análisis de esta gigantesca obra, desde un punto de vista filosófico, resulta extremadamente apasionante; la comprensión de cada uno de los personajes se convierte en un tema de gran interés, pero no disponemos de espacio para ello. Digamos simplemente que el propio Wagner, despues de leer a Schopenhauer reconoció que sólo entonces había comprendido a Wotan, a ese personaje secundario y principal a un tiempo de una grandeza espiritual y dramática enorme.
Pero quizás lo que más nos interesa ahora es resaltar el paralelismo entre el héroe wagneriano Sigfrido y el espíritu que latía en Hitler. Sigfrido es un joven nacido casi salvaje, criado por un enano que pretende ser al mismo tiempo su padre y su madre. El no conoce el mundo, no posee conocimientos y no se le ha podido enseñar nada, pero, a medida que va creciendo, se da cuenta de que el repugnante Mime no puede ser su progenitor. Actua siempre con sinceridad, sin prejuicios pues es el héroe puro, el hombre que, partiendo de la absoluta pobreza y anonimato, consigue con su valor e idealismo la redención del mundo. Hitler terminó su primer tomo de "Mein Kampf" con las palabras: "... quedó encendido el fuego cuyas llamas forjarán algún día la espada que devuelva la libertad al Sigfrido germánico y restaure la vida de la nación alemana", y Hitler asumía en este momento el papel del que, partiendo de la clase más pobre de la sociedad, habiendo pasado hambre y vivido en la miseria, se levantaba por sus propios medios, sin ayuda de nadie y acompañado únicamente por su fanatismo e ideal lograba también el triunfo, un triunfo que, como el de Sigfrido, acabaría en una hoguera.
Cuando el cuerpo de Sigfrido es envuelto y devorado por las llamas, Brunilda le sigue a ese otro mundo, mientras la música nos expone que, por fín, el oro maldito vuelve al seno del Rhin de donde salió y que el mayor triunfo de Sigfrido se logra con su muerte, cerrando la obra el inspirado y emocionante tema de la "Redención por Amor", eterno leit-motiv de la obra wagneriana.
También cuando las llamas devoraban el cuerpo de Hitler y su esposa corría morir con él, se producía un fenómeno similar. Hitler pasaba de ser un hombre a ser un símbolo, un símbolo que, se quiera o no, es seguido por muchos, por miles, por muchos más -como dijo el asesinado jefe del partido nacionalsocialista americano- que seguidores tenía Cristo a los treinta años de su muerte.
El tema fundamental de la Tetralogía es el enfrentamiento entre el oro (el materialismo) y el amor (la espiritualidad). Ese es el tema constante en las obras de Wagner, que

culmina siempre con el triunfo del amor, aunque sea a costa del sacrificio de los protagonistas. Ese espíritu debió sin duda impresionar vivamente a Hitler.

II

Al iniciar el análisis, aunque somero, de sus obras en prosa, debemos dejar perfectamente claro que en ninguno de sus escritos, ni tan siquiera en los de carácter político, podemos encontrar opiniones políticas puras sino muy esporádicamente. Todo cuanto Wagner escribe gira en torno al arte y todo cuanto combate es aquello que impide que su arte, y en general las producciones de todos los artistas, lleguen verdaderamente a triunfar.

También en sus escritos teóricos resuena como eterno leit-motiv la lucha contra la sumisión al dinero, al oro y al materialismo. En este aspecto, sus escritos se diferencian muy poco de sus dramas aunque aquí llegue su opinión en forma más concreta y allí a través de la obra de arte.

Hay que distinguir también dos posturas en Wagner. La primera en 1848 cuando participó en los levantamientos revolucionarios en Dresde y que es cuando con entusiasmo apoya las ideas democráticas, y la otra en los últimos años de su vida, cuando se ha descorazonado ya de la sinceridad de los políticos y escribe: "Lo que los "conservadores", los "liberales", y los "conservadores-liberales", los "demócratas", los "socialistas" y "social-demócratas", etc. han hecho actualmente a propósito de la cuestión judía nos parece cosa un tanto vana, debido a que el "conócete a tí mismo" no lo ha puesto ninguno de ellos en práctica haciéndose examen de conciencia. Solamente se descubren en ellos conflictos de intereses, cuyo objeto es común a todos los partidos en pugna, y que no es precisamente algo noble." Unicamente cuando el demonio, que apremia a esos locos a la locura de la lucha partidista, no tenga ya amparo ni en tiempo ni en lugar alguno, habrá desaparecido del mismo modo el judío" (Bayreuther Blatter, febrero marzo 1881)

Pese a todo, las ideas democráticas de Wagner en 1848 difieren bastante de las que se consideran hoy así Podemos incluso decir que su único nexo de unión es la instauración del sufragio universal y de los derechos electorales, por lo demás nada hay de común con las democracias actuales que combatió Hitler

Los puntos fundamentales del pensar de Wagner en aquellos años de la Revolución fueron analizados por Houston Stewart Chamberlain en las Bayreuther Blatter en 1.892, dividiéndolos en cinco postulados: Abolición de los privilegios debidos a la clase social; establecimiento del sufragio universal; creación de una Guardia Nacional, liberación de la humanidad de su sumisión y culto al oro, a las ganancias y a la usura; y, por último, adquisición de colonias. A estos postulados hay que añadir ene sta misma época un nacionalismo exacerbado junto a una visión de Europa como unidad superior y también una crítica al marxismo. D. Irvine comentando la postura wagneriana nos dice en su obra: "El Anillo del Nibelungo": "Wagner combate la distribución comunista de la riqueza y los peligros de una solución puramente materialista del problema".

Junto a su desprecio absoluto por los usureros y comerciantes ocupados exclusivamente en ganar dinero, su más radical oposición se dirige a los privilegiados que entorpecen todo progreso para mantener su oposición, volviendo a Irvine -cuya obra fue la única, junto con "El Drama Wagneriano" de Chamberlain que editó la Associació Wagneriana de Barcelona, prueba de su vital importancia- nos dice que el odio de Wagner hacia el sistema monárquico era debido a "esa clase social que Wagner odiará toda la vida: los intermediarios, el elemento judío que prospera como los parásitos".

Wagner es uno de los pocos genios que tiene una visión absolutamente socialista de la comunidad, al tiempo que fervientemente nacionalista. Ello le lleva a participar en los levantamientos revolucionarios en Dresde pese a no compartir, ni con mucho, las ideas

de algunos de sus cabecillas. Conoció a Bakunin y mantuvo con él frecuentes contactos, antojándosele un tipo singular. El mismo Wagner en "Mi Vida" nos dice sobre él: "No creo que se haya preocupado nunca de mí, pues los intelectuales le interesan muy poco. Lo que quería era hombres enérgicos y prestos a la acción. Pero más tarde me di cuenta de que era más versado en la teoría de la devastación que en la práctica de la misma, y que se complacía sobre todo el hablar y discutir; estaba acostumbrado a socratizar y tumbado en el canapé de su huesped debatía con intercolutores diversos los problemas de la revolución. El aniquilamiento de toda civilización excitaba su entusiasmo".
Debemos imaginar fácilmente lo sorprendido que quedaría Bakunin cuando Wagner, primordialmente preocupado de las cuestiones artísticas he hace escuchar sus últimas creaciones ante la indiferencia de Bakunin y, entre ellas, su proyectado "Jesús de Nazareth" al término de la cual Bakunin le pidió que presentase a un Jesús débil y, en relación con la música "me aconsejó -dice Wagner- que compusiese todas las variaciones posibles sobre este único motivo: el tenor debía cantar: "¡Matadle!", el barítono: "¡Colgadle!", mientras el bajo debía repetir: " ¡A la hoguera! ¡A la hoguera!".
En esa época es cuando podemos encontrar algunos de los artículos mas interesantes para el tema que nos ocupa. En general, en el aspecto politico, nos debemos limitar, entre la innumerable producción a lo largo de su vida, a lo siguiente: "La Revolución" (artículo aparecido en el periódico "Volksblatter"); el texto del discurso pronunciado por Wagner el 14 de junio de 1848 ante los miembros de la sociedad política "Fhaterland" -única vez en que Wagner pronunciara un discurso público-; "El Arte y la Revolución"; "El Judaismo en la Música" y por último la recopilación de artículos póstumos agrupados y recopilados bajo el nombre de "Religión y Arte".
El primero de estos artículos o trabajos -"La Revolución"- es el más exaltado de todos. Se trata de una combinación singular y en muchos aspectos extraordinariamente atractiva entre el manifiesto político de un joven entusiasta revolucionario, y la obra de un gran poeta. En ella, repite una y otra vez la maldición que pesa sobre la humanidad por su vil sumisión al poder del dinero, la execrable conducta de los que lo poseen y asisten impasibles al estado de miseria del pueblo: "Mirad como la compacta multitud sale de las fábricas; han hecho y producido las más espléndidas materias; ellos y sus hijos van desnudos, temblando de hambre y frío, porque los frutos de su esfuerzo no pertenecen a ellos sino al rico y al poderoso que proclaman como propios el mundo y sus habitantes". La exaltación de la revolución, a la que califica de "perpétua rejuvenecedora, la eterna creadora de vida" y que viene a liberar al pueblo "del abrazo de muerte y a infundir una nueva vida" es incluso en el sentido artístico bellísima, plena de romanticismo, perfecto reflejo de aquella revolución nacional-socialista de 1933, de la cual únicamente se diferencia por la negación del valor de la jerarquía, concepto que en los últimos años de su vida había quedado muy claro al comprobar lo imposible del idílico ideal -justificable en aquel momento de transformación- de un gobierno absolutamente popular sin otra ley que el libre albedrío.
El segundo de los trabajos que se han de considerar es su discurso del 14 de junio, discurso que ha sido objeto de viva polémica, puesto que motivó su destierro de Alemania pese a no contener en esencia sino grandes verdades. El fundamento de este discurso no es un ataque al monarca, sino a la monarquía, a esos "gentilhombres que de nuestro rey dicen "su" rey". En el mismo discurso, Wagner pide claramente la sustitución del ejército tradicional por una milicia nacional en la que no existan castas. Este ideal está perfectamente emparentado con el cuerpo SS pues, tal como dice Wagner, las nuevas fuerzas que es necesario crear, poco a poco "absorberán al Ejército y a la Guardia Comunal para convertirse en una milicia nacional prácticamente organizada que destruya todas las castas". He ahí, perfectamente reflejados, los

objetivos de la SS y la oposición que surgió durante la II Guerra Mundial entre los oficiales de casta prusiana y los mandos militares de la SS.
Sin embargo, el cuerpo principal del discurso estuvo dedicado, como no, a su visión de la situación social degradada al sometimiento al dinero. La belleza de los conceptos, la magnífica exposición y la diáfana clarividencia hacen de estos fragmentos verdaderas joyas dignas del gran idealista que era Ricardo Wagner: "...Entonces se tendría que tener presente de una manera resuelta y enérgica, cual es la causa de toda la miseria de nuestra condición social presente; la cuestión se halla en que el hombre, el Rey de la Creación, con todas sus altas facultades intelectuales y con su enérgica actividad artística vive solamente para ser esclavo del vil metal, del más inútil e inanimado producto de la naturaleza. Se ha de discutir si se puede reconocer a ese metal acuñado la propiedad de hacer esclavo y tributario suyo al rey de la creación, a la imagen de Dios; si se ha de tolerar al dinero el poder degradar la libre y bella voluntad del hombre hasta las más bajas y repugnantes pasiones, la avaricia, la usura y la estafa". Como culminación a esa concepción opuesta al dinero, Wagner formula un principio que fue inmutable para el nacionalsocialista con su abolición del patrón oro y su sustitución por el patrón trabajo, dice: "Tenemos que reconocer que la sociedad humana se conserva por la ACTIVIDAD DE SUS INDIVIDUOS, y no por la pretendida actividad del DINERO. Tenemos que afirmar con plena convicción este principio fundamental", para terminar diciendo: "Dios nos iluminará de tal forma que podremos encontrar la verdadera ley por la cual este principio fundamental será introducido en la vida y esta endemoniada concepción del dinero, con toda su secuela de usuras secretas, de estafas y especulaciones bancarias desaparecerá de nuestros ojos como un maldito gnomo nocturno".

Sin embargo, toda posible relación de estas teorías wagnerianas opuestas al moderno capitalismo, no tienen ninguna relación con cualquier idea comunista, de lo cual se ocupó el propio Wagner en ese discurso al decir: "¿Veis en ello un signo de comunismo? ¿Sois tan locos o malintencionados para declarar que la necesaria liberación de la raza humana ha de venir de la envilecedora y desmoralizadora servidumbre a la más vulgar materia, lo que entrañaría en sí el cumplimiento de la absurda e insulsa doctrina del comunismo? No querreis comprender que en esta doctrina de la división matemáticamente igual de los bienes y las ganancias no se halla más que una insensata tentatiya de resolver la cuestión indudablemente sentida, que en su absoluta imposibilidad de realización, está condenada a sí misma al fracaso? Pero ¿Querreis, consecuentemente, difamar el trabajo mismo como inadmisible y absurdo a causa de que esta doctrina lo sea en efecto?" Añadiendo más adelante, refiriéndose al que califica de "verdadero comunismo" que si "llegase a arraigar e imponer su dominio, llegaría también a exterminar, sin dejar rastro, la obra de dos mil años de civilización".
Wagner es, desde luego, un revolucionario. Lo es en el aspecto artístico como en el político, pero en lugar de la destrucción por la destrucción que preconizaba Bakunin intenta un cambio pacífico de la situación, por lo que dice: "Si se ha de dar la batalla a la monarquía sólo en casos excepcionales es contra la persona del soberano, pero siempre contra el partido que, vanidoso y en forma egoista, levanta a aquél por encima de su escudo, bajo la sombra del cual lucha para su propio provecho y su propia vanidad", asegurando que es el monarca quien debe asegurar con su actuación la solución de esta lucha evitando una guerra o una revolución sangrienta inevitable de otra forma. Wagner reconoce aquí pues -y lo reitera a lo largo del discurso- el principio de la jerarquía que niega en "La Revolución", único escrito en que se expresa así.

También este discurso se halla repleto de expresiones nacionalistas, de deseos de unificación de Alemania, lo cual no le impide escribir en "El Arte y la Revolución": "La obra de arte del porvenir debe contener el espíritu de la humanidad libre, por encima de todas las barreras de las nacionalidades, el elemento nacional debe ser solamente un ornato, un atractivo que provenga de la variedad individual, pero jamás un obstáculo", postura que también encaja perfectamente dentro del principio que llevó a las SS -la más genuina organización alemana del nacionalsocialismo- a formarse con fuerzas voluntarias de toda Europa, no perdiendo con ello las peculiares características de cada cual y no siendo el fanático nacionalismo de cada uno un obstáculo para la colaboración con los demás.
También en "El Arte y la Revolución" encontrarnos infinidad de ideas mil veces repetidas atacando, una y otra vez, el sentido comercialista de nuestro mundo, a ese "afán de lucro y de riqueza reguladores de todo el tráfico mundano" como dice el propio Wagner en el comentario del preludio de "Lohengrin". Nos dice Wagner que si antes eramos esclavos, no lo hemos dejado de ser todavía hoy, pues, "esclavos son aquellos a quienes los banqueros y fabricantes enseñan a buscar el objetivo de sus vidas en la práctica de un oficio para ganar el pan de cada día... Así pues, si en el mundo romano y en el medieval los esfuerzos por librarse de la esclavitud general se manifestaban en el deseo del poder absoluto, hoy se revelan en el acaparamiento de dinero, y por ello no nos debemos maravillar de que el arte vaya también en busca de éste, pues todo busca su redención y su Dios... y nuestro Dios es el dinero, nuestra religión la usura", asegurando que "si la industria deja de ser nuestra tirana para convertirse en nuestra sirvienta, entonces pondremos la finalidad de la vida en la alegría de vivir". Afirmando que todo esto no se conseguiría con fe o bellas palabras y que los que tal piensan no conocen la realidad del mundo, añadiendo que el historiador no sabe ciertamente si pensaba de esta manera el hijo del humilde carpintero de Galilea, que contemplando las miserias de sus hermanos, pregonaba que él no había venido al mundo para traer paz sino espada, quien, lleno de amor por los oprimidos, tronaba iracundo contra los hipócritas fariseos".
Estos son pues los principios que llevaron a Wagner a ser consciente de la necesidad de una revolución socialista que acabase con la injusticia de una humanidad con riqueza mal distribuida, donde la miseria y la pobreza, contrastaba con la riqueza apabullante de esos terribles enemigos de Wagner: los intermediarios y los judíos.
He aquí pues, el último aspecto que debemos abordar de las ideas políticas de Wagner: su postura antijudía y su apoyo incondicional al racismo, al hombre cada vez más perfecto que debía ser la esperanza del futuro de la humanidad: "únicamente los hombres fuertes conocen el amor, solamente el amor incluye la belleza, solamente la belleza produce el arte. El amor de los débiles entre sí no puede producir sino la satisfacción de sus apetencias lujuriosas, el amor del débil hacia el fuerte es humillación y temor, el amor del fuerte hacia el débil es compasión e indulgencia; solamente el amor entré los fuertes es amor".
Es perfectamente lógica la postura antijudía de Wagner, pues justatamente el judío representa aquello que él combate furiosamente como ya hemos visto: el sometimiento al dinero, la especulación y el fraude. En "El Judaismo en la Música" nos dice: "El judío está en el actual estado de cosas mucho más que emancipado; domina y dominará tanto tiempo como el poder del dinero, contra el cual se estrella toda nuestra actividad y todos nuestros esfuerzos". El escándalo producido por su obra fue extraordinario, aparecieron docenas de libros o folletos respondiéndole, lo cual justificó Wagner al escribir en "Mi Vida": "La prensa europea está casi exclusivamente en manos de los judíos", afirmación que repetiría -con igual razón- Adolf Hitler. Los ataques de los críticos no atemorizaron

a Wagner y persistió en su postura. En 1 873 Ottomar Beta, autor de un libro titulado "Die semitische und die germanische Race im neuen deutschen Reich" quiso dedicar a Wagner la obra, contestándole éste que ello podría redundar en perjuicio del primero. Wagner sabía pues, que su postura antijudía no era beneficiosa para él mismo, pese a lo cual el compositor persistió en sus ataques públicos llegando en los últimos años a su más enconada oposición: "Los judíos constituyen, desde luego, el más admirable ejemplo de consistencia racial que conoce la historia del mundo; incluso la mezcla no le perturba, aún mezclándose con las razas a él extrañas, en línea masculina o femenina, vuelve a surgir siempre el judío. El no tiene en realidad una religión, sino sólo una fe en ciertas promesas de su Dios, que no corresponden en absoluto a una vida sobrenatural más allá de la vida material, sino que se refieren a esta vida presente sobre la tierra. Por tanto el judío no tiene necesidad alguna de pensar ni fantasear, ni siquiera de calcular, pues el cálculo más difícil está ya listo en su instinto cerrado a todo idealismo. Maravilloso, incomparable fenómeno; demonio plástico de la decadencia de la humanidad" (Bayreuther Blatter, febrero-marzo 1881), calificando más adelante a nuestra civilización como mezcla de "judaísmo y de barbarie". Son innumerables las opiniones de Wagner sobre este tema pero las transcritas son suficientes para comprender su postura.
Por último, es de destacar su actitud ante el racismo, igualmente clara. Hacia los últimos días de su vida conoció a Gobineau y se sumó con toda su alma a sus teorías, manifestando: "No podemos negar nuestro reconocimiento a la tesis según la cual el género humano se compone de razas inconciliablemente desiguales; las más nobles de entre ellas han conseguido dominar a las menos nobles, pero, mezclándose con ellas, no han elevado su nivel, sino que se han hecho a sí mismas menos nobles... Que no tendríamos historia alguna de la humanidad sino hubiesen existido las empresas, las victorias y las creaciones de la raza blanca, ha sido de tal modo aclarado y vivamente representado por el genial autor de la obra más arriba mencionada -se refiere a "Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas" de Gobineau- que no podemos menos que señalarla a nuestros amigos", estas frases están sacadas de las Bayreuther Blatter de septiembre de 1881, donde expone magníficamente este tema que es innecesario señalar más extensamente, pues su relación con las ideas de Hitler es evidente y clarísima.
Digamos, para terminar este apartado, que Wagner negaba la ascendencia racial judía de Cristo debido a su origen galileo, tema del que se ocupó Houston Stewart Chamberlain y otros autores, entre ellos, J. Bochaca en "El Mito del Judaismo de Cristo".

III

El tercer punto del que nos vamos a ocupar someramente, es la influencia que la personalidad y las ideas de Wagner ejercieron en Hitler como persona. Para ello es de interés dejar constancia de la importancia que para Hitler tenían los escritos de Wagner, especialmente durante sus años de juventud y formación, y para ello nada mejor que el testimonio del único amigo que tuvo en esa época, August Kubiceck, quien en su libro "Hitler mi amigo de juventud" nos dice:
"Leía con febril interés todo lo que caía en sus manos acerca del maestro. Donde le era posible se procuraba en especial toda suerte de literatura biográfica sobre Ricardo Wagner, leía sus memorias, cartas, diarios, su autobiografía, sus confesiones. Conocía los episodios más triviales de su vida. Adolfo se apropió de la personalidad de Ricardo Wagner, la tomó de una manera tan completa dentro de sí, que éste hubiera podido ser una parte de su propio ser".
Así pues no hay ninguna duda de que los escritos y comentarios que Wagner hubiese hecho sobre cualquier tema fueron, cuanto menos, estudiados y analizados profundamente por Hitler.

Una gran influencia ejerció sin duda en su concepción del arte y, muy concretamente, en la música. Su admiración por el teatro lírico en general, parte de su peculiar forma de ver la música a través de las ideas de Wagner. Su entusiasmo por Beethoven y Bruckner -en una época en que éste último era absolutamente desconocido- es patente prueba de ello. Pero donde más se acentua esta influencia es en su vida de absoluta austeridad. Hitler no fumaba, no bebía, era vegetariano y también combatía el deporte de la caza, pues sentía un gran amor por los animales. Conocidas las razones de Hitler para tomar esta postura -razones que no vamos a analizar aquí, pero en las que Hitler coincide plenamente con Wagner pues su postura vegetariana viene determinada por su amor a los animales y no por concepciones dietéticas- veamos lo que dice Wagner y comprenderemos la determinante influencia que ejerció en su forma de ser: "En nuestro tiempo, se pueden citar la constitución de asociaciones vegetarianas; sólo que incluso en medio de estos grupos de hombres, que parecen haber captado inmediatamente el punto focal de la cuestión de la regeneración del género humano, se suele oir, por parte de algunos miembros del más elevado
sentir, el lamento de que sus compañeros practican la abstención carnea a lo más solamente por razón de dietética personal, sin ninguna referencia a la gran idea regeneradora, que debe constituir el verdadero problema, si tales grupos quieren en algún momento adquirir fuerza moral. Junto a ellos se encuentran, con una cierta eficacia práctica ya conquistada, las Sociedades Protectoras de Animales; en realidad estas últimas que igualmente buscan el ganar el favor popular desterrando fines utilitarios, podrían, en lugar de eso, obtener éxitos verdaderamente notables una vez que elaborasen los argumentos de la piedad para con los animales, hasta encontrarse con la más profunda tendencia del vegetarianismo; una fusión de ambos movimientos, fundada en esta interpretación, debería ya desarrollar una fuerza de penetración considerable. No menos éxito debería obtener Un llamamiento por parte de ambos grupos a motivos más altos de los hasta ahora salidos a la luz entre las leyes antialcohólicas... podría suceder, por motivos interiores fuertemente fundados, que el socialismo de hoy fuese tomado finalmente en consideración por parte de nuestro mundo, una vez que entrase en una verdadera e íntima comunión con las tres sociedades de que hemos hablado".
Y sería precisamente Hitler el que llegase a unir -aunque en su persona y no en su partido- esos postulados socialistas junto al vegetarianismo, la defensa de los animales y el anti-alcoholismo. Ciertamente, buena parte de esta postura quedó como algo personal de Hitler, pero es de destacar que dentro del partido y del estado logró algunos éxitos a este respecto entre los que cabe destacar: nueva ley de protección a los animales, prohibición del cruel rito judío de sacrificio de animales, prohibición de artículos en los periódicos sobre la caza, cartillas de racionamiento para perros durante la guerra, nuevas leyes sobre la caza...

IV

Pasaré rápidamente a comentar el cuarto y último punto que nos ocupa y que trata de la relación entre el movimiento wagneriano y el partido nacionalsocialista. Naturalmente no pudieron existir vínculos entre Wagner y Hitler dado que el primero falleció seis años antes del nacimiento de Hitler, sin embargo, y por obra del destino que otorgó extrema longevidad a la mayoría de los amigos y colaboradores de Wagner, que le acompañaron en los últimos años, esa profunda relación entre Wagner y el nacionalsocialismo existió en forma estrecha y manifiesta.
La propia esposa de Wagner, Cósima, hija de Franz Liszt, que sobrevivió a su marido en 47 años, ya en los primeros tiempos de la lucha por el poder de Hitler, cuando éste era apenas conocido, manifestó públicamente su simpatía hacia el movimiento recién

nacido, postura que también adopto el hijo de Wagner, Sigfrido y la esposa de éste, la Sra. Winifred Wagner, que todavía hoy mantiene su fidelidad a aquellas ideas.
Como es muy lógico, la personalidad de Cósima Wagner era determinante entre el círculo de aficionados wagnerianos. Ella, más que su propio hijo, determinaba la línea del wagnerismo en el mundo. Sus ideas respecto a los postulados nacionalsocialistas son fáciles de imaginar. Era esposa de Wagner y su íntima colaboradora en sus últimos años en los cuales, precisamente, extremó su postura sobre el problema racial y el problema judío y era, al propio tiempo, hija de Liszt, quien secundaba con entusiasmo las ideas de Wagner, tanto estéticas como políticas, pues escribió sobre el problema judío: "La presencia de los judíos en medio de las naciones europeas es para éstas causa de muchos males y serios peligros. Se encuentran tras todas las conmociones sociales, como están en el fondo de todas las epidemias morales. Aquí conspiran sencillamente contra los más fuertes, mientras se Convierten al mismo tiempo en los servidores de su alegría, los proveedores de sus vicios y los creadores de su ruina. Allí son liberales, aquí republicanos, en otra parte radicales, socialistas, comunistas. No es que intervengan directamente en la lucha, pero suministran fondos", extendiéndose largamente sobre el tema con profundo conocimiento y acertadas observaciones. También en el aspecto social coincidía Liszt con Wagner y su paralelismo lo podemos ver en las siguientes frases:
"Desterremos toda duda; pronto oiremos sonar en los campos, en los bosques, en los pueblos, en los arrabales, en las salas de trabajo y en las ciudades, las canciones nacionales, políticas, melodías e himnos compuestos para el pueblo, enseñados al pueblo y cantados por el pueblo, ¡sí, cantados por los obreros, por los jornaleros, los artesanos, por mozos y mozas, hombres y mujeres del pueblo... Todas las clases se fusionarán al fin en un sentimiento común religioso, admirable y sublime. ¡Ven, oh hora de la salvación! en la que los poetas y los artistas olvidarán al "público" y conocerán la divisa: ¡la nación y Dios!". Respondiendo a estas ideas durante la II Guerra Mundial, los soldados alemanes, de todas las clases sociales, cantaron esos himnos, hasta el punto de que uno de ellos empezaba con el tema de Los Preludios P de Liszt, otro con el tema de El Holandés Errante y un tercero, del Frente Alemán del Trabajo, con las campanas del reino del Graal del Parsifal wagneriano. Era lógico, perfectamente lógico, que Cósima secundara las ideas de Hitler.
Cósima, valiente y decidida ayudó a Hitler en unión de los demás miembros del Círculo Wagneriano; Le ayudaron incluso en sus años difíciles, pues cuando Hitler se hallaba en prisión, después del fallido golpe de Munich, le enviaron paquetes y apoyo moral. Los dos más importantes críticos wagnerianos, Houston Stewart Chamberlain y Hans von Wolzogen, apoyaron también decididamente a Hitler. El primero de ellos había escrito el libro "Fundamentos del siglo XIX" que conocía bien Hitler y cuyas ideas compartía como se detalla en otro capítulo de esta obra. Chamberlain fue amigo del propio Wagner y su obra "El Drama Wagneriano" fue traducida al catalán con una dedicatoria del propio autor para los wagnerianos españoles a los que conoció profundamente. Falleció en 1927, es decir, cuando Hitler era un perfecto desconocido y, sin embargo, dejó constancia de su postura llegado a escribir a Hitler: "Usted ha transformado el estado de mi alma de un solo golpe. Que en el momento de su mayor desgracia haya dado Alemania un Hitler, demuestra su vitalidad".
El otro, Hans von Wolzogen fue nombrado por Wagner director de las "Bayreuther Blatter" y ostentó tal responsabilidad hasta su muerte que tuvo lugar en 1938. Desde los primeros tiempos, Wolzogen fue miembro del Partido y su prestigio contribuyó no poco a la adhesión progresiva de los ambientes wagnerianos. El día de su muerte, todos los

periódicos le dedicaron amplias notas destacando su militancia en el partido desde los primeros tiempos.
Creemos que es perfectamente lógico y natural que el gran protector de Wagner que fue Hitler, el hombre que devolvió a los Festivales su pasada grandeza y que pudo hacer conocida la obra wagneriana a todas las clases del pueblo, facilitando localidades gratuitas a obreros y soldados, alcanzando un objetivo que ni el propio Wagner pudo ver cumplido, fuese admirado por amigos, parientes, conocidos y críticos, que convinieron con el maestro y compartieron sus ideas.
Después de la guerra, las autoridades autorizaron la reanudación de los Festivales siempre y cuando la Sra. Winifred Wagner -que estuvo encerrada en los campos de concentración aliados- renunciase por escrito a toda relación con los mismos. Los críticos wagnerianos que militaron en el partido fueron apartados, y los cantantes y escenógrafos comprometidos con el régimen caído tuvieron que acabar sus días olvidados y así, poco a poco, se ha querido cambiar el significado de Bayreuth por medio de escenificaciones tendenciosas y escritos análogos. La escenificación del Tanhaüser en Bayreuth de los años 1974 y 1975, pretende presentar a Tanhaüser como un comunista que lucha contra la burguesía, en Kassel, el Ocaso fue representado con un Hagen que, vestido con uniforme de Gestapo, ostentaba la calidad de jefe de aquel cuerpo; en Leipzig (Alemania comunista), se presentó la Tetralogía con envoltura comunista, la forja de El Oro del Rhin era una crítica de la revolución industrial y la Cabalgada de las Walkirias una "exhibición impúdica de una marcha triunfal".
Recientemente, también en España ha aparecido un libelo que pretende relacionar a Wagner con el comunismo, pero si bien Wagner puede muy bien ser relacionado con una tendencia política actual, no es desde luego la comunista, pues el ideal socialista de Wagner creemos que ha quedado perfectamente claro. En la URSS, sigue siendo un músico maldito y en Israel, gracias a Dios, continúa prohibido. Una gran parte del movimiento wagneriano sigue apoyando las ideas nacionalsocialistas, ya sea en forma manifiesta o por medio de la difusión del pensamiento wagneriano y de sus ideas estéticas que tantas analogías guarda con el de Hitler y su programa nacionalsocialista.
La divina providencia no quiso que amigos pensadores coincidiesen en una misma época. Ello fue, sin embargo, posiblemente mejor, pues con las bases teóricas de Wagner, formadas en medio de la confusión de un sistema -la Monarquía- que desaparecía y con la aparición de otro que arrastraba a los descontentos -el Comunismo- pudo perfilarse y perfeccionarse hasta que en 1919 Hitler decidía llevar al terreno de la política las ideas de Wagner y el principio fundamental de éste; la lucha contra la esclavitud del dinero, la especulación y la plutocracia. "En cuanto las panzas plutocráticas de nuestra civilización, hinchadas gracias a nuestro sudor, sonantes y masticantes, levanten escandalizados su griterío, nos los cargaremos como cerdos a nuestras espaldas, en espera de que ante la inesperada contemplación del cielo, que jamás han contemplado, se vean inducidos al silencio y la reflexión?'
DE GOBINEAU A CHAMBERLAIN
Por Joaquín Bochaca
El hecho de que dos auténticas figuras del pensamiento como el Conde de Gobineau y Houston Stewart Chamberlain sean dos desconocidos, o poco menos, es el mediocre mundo intelectual de hoy demuestra hasta qué punto la técnica publicitaria dictamina quién es digno del más bombástico y, a menudo, inmerecido encomio y quién debe ser relegado a las tinieblas exteriores del olvido. A Gobienau, al menos, se le conoce en Francia como literato de segunda fila en un país que ha dado la mejor narrativa del mundo. En cualquiera de las colecciones de ámbito relativamente popular que se editan tras los Pirineos, raro será que no aparezcan las "Novelas Asiáticas", "Adélaide" o

"Mademoiselle Irnois", y hasta es posible que, con lujo de precuaciones, y siempre precedido de un prólogo preventivo, se publique el "Ensayo sobre la Desigualdad de las Razas Humanas". En dicho prólogo, a diferencia de los demás, un desconocido quídam de Transilvania o de Galitzia, afirma que las páginas que siguen no deben tomarse al pié de la letra -oh ¡no!- que el señor Conde era muy original, o algo excéntrico, que en la época en que se escribió el libro las "superadas" teorías racistas eran aceptadas por la mayoría, pero que en nuestra época, genios de la Biología y de la Genética como Lyssenko, Boass, Jacob et alia han "demostrado" su inexactitud. Para reforzar los efectos del insólito prólogo, el aguerrido transilvano salpica la obra de multitud de notas inteligentes, rematando su labor con un Epílogo vengador a guisa de estocada final.Pese a todo, el libro puede encontrarse, lo cual ya es mucho en la inquisitorial época en que vivimos.
En cambio, Houston Stewart Chamberlain ya es mucho más difícil de encontrar. Su obra cumbre "Los Fundamentos del siglo XIX", que marca una época en la sistematización del pensamiento y la Cultura de Occidente, y de las otras Culturas en sus relaciones con la nuestra, es muy difícil de hallar y raro es que sea reeditada, no ya por anticomercial -mucho más anticomerciales deben ser Adorno y Marcusse- sino por otras razones de índole política. En efecto, mientras Gobineau, aún cuando por definición fuera un racista, con toda la carga emocional que esa palabra desata hoy en día, no dejaba por ello de afirmar, una vez cada dos o tres capítulos por lo menos, que las diferencias entre los humanos, por importantes que fueran, no pasaban de ser insignificantes si se comparaban con la majestad de Dios. Era el clásico bien pensante, de la especie de católicos que gustan de proclamar que lo son, venga o no a cuento, en la tertulia, en el club, en la tribuna o en el centro de veterinarios de Vilmorin de la Sal-petriére. Gobineau, además, fue francés, mientras que Chamberlain, inglés naturalizado alemán - ¡Horresco referens!- emparentado políticamente con Wagner, el músico maldito, llegó a conocer a Hitler, de infausta memoria para los bien pensantes profesionales, y hasta llegó a afirmar, en una carta que se hizo pública, para su oprobio y vilipendio, que en él veía al hombre genial capaz de actualizar el resurgimiento de Alemania y de Occidente (1). Chamberlain, además, era mucho más cercano a nosotros, no ya en el tiempo, sino en la amplitud de sus ideas que tanto influirían en el Socialismo Etico no-marxista y en el incipiente nacionalismo a escala europea, y, finalmente, influiría más acusadamente que el Conde de Gobineau en la gestación de la ideología nacionalsocialista en Alemania.
No obstante, Gobineau, como racista, y Chamberlain, como "ditettante" (luego hablaremos de ello) influirían más que nadie, en sus respectivos ámbitos, en el pensamiento de Adolf Hitler.
Para Gobineau las sociedades humanas, por su misma naturaleza orgánica, son mortales, y su condición de tales dimana de una causa común: el caos étnico, expresión que, curiosamente, pertenece a Chamberlain. Gobineau -como se demostraba en épocas menos absurdas y pretenciosas que la actual, es decir, aportando hechos y extrayendo conclusiones- que la causa de la bancarrota de lo que él llama civilizaciones (es decir, lo que Spengler, Treitchske o Yockey llaman Culturas) no es ni el lujo, ni la irreligión, ni el fanatismo, ni la molicie, ni el desgobierno, ni los factores climáticos, ni siquiera las derrotas militares, por aplastantes que hayan sido. La única razón del hundimiento de las sociedades humanas es la mezcla racial. Gobineau, diplomático de primer rango, embajador de Francia y poseedor de una vasta cultura, demuestra cartesianamente, trabajando sólo sobre hechos probados e incontrovertibles, que estas diferencias étnicas son permanentes, que las razas difieren en vigor, en belleza y en intelecto y que las razas mestizas poseen civilizaciones mestizas.

Gobineau afirma que la Raza Blanca es superior a todas las demás, y que de ella proceden todas las Civilizaciones (Culturas, diríamos ahora) que han sido. El libro, en realidad, descubre cosas que todos sabían ya, en su subconsciente, pero que no expresaban, o lo hacían de forma muy fragmentaria e incompleta. Este es un distintivo común a toda obra genial. La genialidad no es más - ¡ni menos!- que el redescubrimiento de una verdad estupendamente elemental enterrada bajo montañas de rutina, indiferencia y verdades "aproximadas". Todo el mundo sabe que Beethoven es superior al Tam-tam y la Capilla Sixtina a la choza del indio payute, aun cuando algunos de nuestros tiñosos, barbudos y sandalieros "intelectuales" lo duden o incluso lo nieguen. Pocos saben de donde procede esa abismal diferencia y los que lo saben, o debieran saberlo, gustan de tergiversar o de buscar coartadas humanitarias, religiosas o de otra índole.
Sería pueril creer que Gobineau sólo tomaba en consideración el aspecto, digamos zoológico, de las razas. Frecuentes son sus referencias a la influencia de los factores espirituales en la creación de las grandes razas, pero también sería injusto negar que Chamberlain, por ejemplo, completó el esquema gobiniano, espiritualizándolo. Para Chamberlain, la raza, además de su aspecto objetivo, presenta otro aspecto subjetivo. Raza, para él, es, en primer término, lo que un hombre siente. Este mismo concepto es postulado por Francis Parker Yockey. Chamberlain, por ejemplo, afirma que si raza es lo que un hombre siente, lo que él siente influencia, determina incluso, lo que hace. El concepto subjetivo de raza es, pues, una cuestión de instinto. Se dice que un hombre es de raza si tiene instintos fuertes, nobles y sanos. No es de raza si sus instintos son débiles, enfermizos, mezquinos. Claro es que el aspecto corporal, somático, se halla en la base de la riqueza y nobleza de instintos, pero aquél no presupone, necesariamente, éstas.
Chamberlain era un espíritu más universal que Gobineau, entendiendo el concepto universal como extensión de sus conocimientos; pero al mismo tiempo era más "provincial". Chambertain lo veía todo como alemán y su obsesión desmenuzadora de analista, a base de buscar la exactitud, de perseguir obstinadamente el matiz, de radiografiar la menor circunstancia, conseguía el efecto logrado por todo gran pensador alemán: la fatiga, en el mejor de los casos, el embrollo, las más de tas veces. Sólo Goethe y, modernamente Spengler, lograron escapar a esa maldición germánica. Gobineau, en cambio, es -valga la perogrullada- tremendamente francés. Por encima de todo, le preocupa la claridad. Quiere transmitir un mensaje al lector, al que respeta, y se esfuerza en presentar las cosas diáfanas, con galanura y estilo, como un Debussy. Gobineau es incompleto, y uno aseguraría que él mismo se daba cuenta de sus limitaciones, y que, por ejemplo, su concepto de Raza es excesivamente simplificador, somero y lineal, pero que prefería dar una versión, aunque incompleta, clara y precisa, huyendo de las matizaciones de los especialistas. Y lo bueno del caso es que, en ese aspecto de la Etnología, Gobineau era más experto que Chamberlain que, no obstante, decía de él que (Gobineau) "no presentía la enorme complejidad del problema que trataba de resolver tan ingenuamente, armado de una infantil omnisciencia".(2).
Gobineau poseía, por encima de todo, una gran honradez intelectual. No era el iluminado convencido de "su" razón, sino que su obsesión eran los hechos sin solicitar de tos mismos interpretaciones abusivas y forzadas. Poseía la inteligencia poco común dentro del profesional o especialista que empieza por reconocer que su propia profesión o especialidad es de trascendencia relativa o secundaria. Diplomático de profesión, Gobineau reconocía que el mérito relativo de los gobiernos carece de influencia en la duración de la vida de los pueblos. Católico ferviente, concluía en el séptimo Capítulo de su obra capital que "el Cristianismo no crea ni transforma la aptitud civilizadora".

Hombre del decimonónico siglo del "Progreso" proclamó que nuestra Civilización no es superior a las que la precedieron y que la humanidad no es infinitamente perfectible. Wagner, amigo de Gobineau, resumió, trás haber leído el "Ensayo sobre la Desigualdad de las Razas humanas", sus ideas sobre esta obra en "Heldentum und Christentum": "La más noble raza humana, la raza aria, degenera únicamente, pero infaliblemente, porque, al ser menos numerosa que los representantes de las razas inferiores, se ve obligada a mezclarse con ellas, y lo que ella pierde al adulterarse no es compensado por lo que ganan las demás al ennoblecerse". Pero Wagner, en vez de llegar a las conclusiones pesimistas de Gobineau sueña en un florecimiento del arte verdaderamente estético, obtenido por la acción purificadora de la Religión sobre la Raza.

Houston Stewart Chamberlain, de noble familia inglesa y escocesa, hijo de un Almirante de la Royal Navy, estudió en Versalles y en Ginebra y pasó luego a residir, sucesivamente, en el Mediodía de Francia, en Austria y en Alemania. Allí escribió su monumental "Fundamentos del siglo XIX", así como su "Wagner". Chamberlain, inglés de pura cepa, educado en Francia, admirador de todo lo escandinavo y todo lo latino, que escribió en alemán es, propiamente hablando, un Europeo.
Un europeo "provincial", como hemos dicho, pero un gran europeo.
Un nacionalista europeo y no un cosmopolita, como dijeron algunos críticos de romas entendederas, pues el cosmopolitismo se halla en las mismas antípodas del nacionalismo. Un "provincialismo" germánico que tanto han reprochado algunos, como Volpe y Rebatet, que no impidió a Chamberlain sentirse profundamente europeo, aún por encima que alemán, lo cual era mucho decir... para ese inglés criado en Francia.
Para Chamberlain, la historia de Europa propiamente dicha empieza en los alrededores del año 1.200, en los albores del siglo XIII, en que los germanos, es decir, el elemento racialmente predominante en toda
Europa y especialmente en sus zonas septentrionales empiezan a desarrollar el papel que "está destinado a llevar a cabo en el mundo, como fundadores de una civilización y de una cultura enteramente nuevas".
("Fundamentos..." pág. 18) Tal vez ese "enteramente" pueda discutirse, pues no cabe duda, como el mismo Chamberlain afirma en otros pasajes de su obra monumental, que los "occidentales" o europeos, hemos heredado muy importantes aportaciones de las anteriores culturas, egipcia, india y clásica en especial. Es en el siglo XIII cuando el mundo se cubre de "un hermoso manto de iglesias nuevas", que llega a propagarse incluso hasta Chipre y Siria, donde lo introducen los cruzados. Y cuando se funda en Bolonia la primera universidad puramente laica (su facultad de Teología no aparecería hasta dos siglos después). También fue en el siglo XIII cuando vivieron Gottfried von Strassbourg, Walter von der Vogelweide, Chrestien de Troyes, Wolfram von Eschenbach; artistas admirables como Giotto, Niccoló de Pisa, el gran Dante Alighieri, Alberto Magno, San Francisco de Asís -el más ario de los santos, como dijo Vacher de Lapouge- o cuando el veneciano Marco Poco realizó sus fantásticos viajes que cimentaron los conocimientos que poseemos sobre la superficie de nuestro planeta.
En la primera parte de los "Fundamentos", Chamberlain se ocupa de la herencia que nos viene del mundo antiguo; a continuación de los herederos, y finalmente de la lucha de esos herederos por la herencia. Por lo que se refiere a la herencia, se esfuerza en desmitificar la importancia concedida a la aportación cultural helenista y, sobre todo judaica. Para él, los griegos fueron unos geniales manipuladores propagandísticos, que exageraron hasta la náusea sus realizaciones artísticas y, sobre todo, sus éxitos militares. Marathon y Salamina no fueron más que escaramuzas, afirma Chamberlain y sus argumentos no parecen, en ese punto, excesivamente convincentes. En cambio, su

aseveración de que el hundimiento casi brusco de la cultura de las "polis" griegas fue causado por la mezcla racial con semitas y negros, generalmente esclavos importados de las colonias-factorías griegas coincide plenamente con la opinión de Gobineau en su celebrado "Ensayo". En cuanto a los judíos, tras protestar contra la tendencia a convertirles en la cabeza de turco que debía pagar por todos los vicios de la época, admite, calificándola de "profunda", la realidad del llamado ya entonces "Peligro judío". De ese peligro, dice Chamberlain, el judío no es el responsable, porque nosotros mismos lo hemos creado, y por lo tanto nosotros mismos debemos vencerlo. Nadie nos mandaba dar carta de ciudadanía a un extranjero, en el sentido dado por la lengua latina a esa palabra: "alenius", extraño, loco, y por extensión, adversario. Después de demostrar que el judío moderno, a pesar de la vigilancia que hoy se llamaría "racista" de los rabinos, es, en la actualidad, un mulato de negro, semita, beduíno y blanco, niega la ya en los albores de siglo pretendida teoría de la aportación de los judíos a la Cultura Occidental, analizando una a una las muy cacareadas figuras de las intelectualidad y el arte judíos. Al único que, sorprendentemente, trata aceptablemente bien Chamberlain es al, a nuestro juicio demasiado famoso Siegmund Freud. Que Freud pueda seducir a nadie, al menos dentro del ámbito de la Cultura Occidental, es algo que parece increíble en un sabio de la altura de Chamberlain, y sólo se explica por su condición de "dilettante". El "dilettantismo", con todas sus ventajas, tiene también grandes inconvenientes y uno de ellos son los juicios precipitados. Es posible que cuando Chamberlain escribió los "Fundamentos" no se conociera aún con profundidad el alcance de la obra de Freud.
Fue Chamberlain el primero en estudiar, en los "Fundamentos" las circunstancias de la entrada de los judíos en la historia mundial, y fue también el primero en poner en duda que Cristo fuera, desde el punto de vista racial, un judío auténtico. El fué el primer escritor que llegó a la conclusión que el nombre de Galilea, tierra de orígen de Jesús, deriva, en realidad, etimológicamente, de Gelil Haggoyim, que significa en hebreo antiguo "tierra de los gentiles", es decir, "tierra de los no judíos". en que sólamente vivían no-judíos. Eran fácilmente distinguibles, no sólamente por su dialecto, sino por su aspecto físico. "La posibilidad de que Cristo no fuera judío e incluso que no tuviera ni una sóla gota de sangre judía en sus venas es tan grande que es casi vecina de la certeza", escribe en su obra citada (Pág. 256).
Tras la herencia, ocúpase Chamberlain, como ya hemos dicho, de los herederos, es decir, de los Europeos y, por extensión, de los "Occidentales", aún cuando geográficamente no-europeos. Estudia las realizaciones de su desarrollo a lo largo de los siglos XIII al XVIII, hasta llegar al XIX. Los estudios que hace de algunos europeos preeminentes como, por ejemplo, Goethe, Napoleón, Kant, Galileo, Copérnico y Newton, son atinadas y profundísimas monografías. Su estudio sobre Ignacio de Loyola es digno de particular atención. Afirma que "Loyola es el símbolo del antigermanismo", un "semijudío intelectual" y que su creación, la Sociedad de Jesús, se convertirá paulatinamente en una potencia extrareligiosa dentro del seno de la Iglesia a la que desvirtuará por completo.
Finalmente, tras hablar de la herencia y de los herederos, Cham',. berlain se refiere bastante someramente, a la lucha de los herederos por la herencia. Para él, el heredero principal, el hermano mayor de la familia europea, es el hombre germánico. Por germánicas entiende a las poblaciones enraizadas al norte de la línea Lyon-Milán, hasta el Báltico, los demás son hermanos menores, que deben esforzarse en emular al mayor y que, a veces, hacen grandes cosas y de sus filas surgen figuras excepcionales, como el Dante, Napoleón, Velazquez, Calderón, Cervantes, Arago....

Se ha reprochado a Chamberlain un supuesto "ateísmo". Esto lo han dicho, entre otros, Bergson, Porto-Riche, Maritain y Maurras, judíos los tres primeros, pequeño nacionalista francés, enamorado del "Midi" y de una "Cultura Latina", opuesta a la Germánica el último. En realidad, Chamberlain, era profundamente religioso, y, ciertamente, anticlerical. En su época, ese anticlericalismo, mezclado con una absoluta desconfianza hacia Roma y su "digno menosprecio" del Judaísmo, pudo ciertamente resultar detonante para los bien pensantes, pero la obra de hombres como Chamberlain, trasciende a su época y, hogaño sería considerado un religioso "reaccionario" por los pseudointelectuales de las barbas y la tiña.
A este respecto es curioso un pasaje de los "Fundamentos" respecto a la influencia de la clerecía sobre el destino histórico de España. Trás afirmar que no es posible interpretar la historia basándonos en su sólo principio y que lo que designamos con la palabra "raza" es una fenómeno plástico dentro de ciertos límites, y recordar que lo físico influye en lo intelectual y lo intelectual también sobre lo físico, Chamberlain cita, como ejemplo: "Supongamos que la reforma religiosa, que durante algún tiempo alcanzó tan notables progresos entre la nobleza española de origen gótico, hubiera encontrado en un príncipe ardiente y audaz al hombre capaz de separar de Roma a su nación, aunque fuera a sangre y fuego (y en esa hipótesis poco hubiera importado que perteneciera a los luteranos, los calvinistas o cualquier otra secta, siendo el único punto decisivo la separación completa de Roma): ¿Se imagina alguién que España, por mezclada que estuviera su población de elementos ibéricos y de bastardos del caos étnico, estuviera hoy en día donde está? No. Nadie que haya visto de cerca a esos hombres nobles y bravos, a esas mujeres bellas y apasionadas, que haya sido testigo de la manera en que esa pobre nación está sometida, sujuzgada, maniatada por su Iglesia, que sabe cómo su clero ahoga los gérmenes de toda espontaneidad individual, favorece la más crasa ignorancia y fomenta sistemáticamente las más pueriles supersticiones y la más envilecedora idolatría" ("Fundamentos..." pág. 1154). Pero, añade Chamberlain: "no se deben imputar esos efectos a la fe por si misma: sólo son imputables a la organización política que es la Iglesia romana. Prueba de ello la tenemos en los países más libres, en que esa Iglesia debe afirmar su derecho a la existencia luchando contra otras Iglesias, adoptando entonces otras formas, propias a satisfacer a hombres que han llegado a un nivel de cultura más elevado". ("Fundamentos..." pág. 1155).
Se ha dicho que Chamberlain combate a los dogmas del Cristianismo y, particularmente del Catolicismo, y tampoco es verdad. Simplemente se limita a decir que para el hombre tal como es, o, si se quiere, tal como lo ha hecho la cultura Occidental, los dogmas cuentan muy poco. Lo que cuenta es la Moral. Por ese motivo enaltece la figura de Santo Tomás de Aquino (otro "germánico" genial) que se limita a decir que cree en los dogmas por razón de fe -credo quia absurdum, decían los escolásticos- y combate la de Ramón Llull que trata de explicarlos racionalmente. Uno de los escasos pasajes de los "Fundamentos" en que asoma ligeramente la ironía es aquél en que se comenta la filosofía luliana.
Su distinción entre Religión e Iglesia: ésta, organización que predica que su reino no es de este Mundo pero que por razón de su propia naturaleza orgánica actua compulsivamente como deben actuar todos los organismo de este Mundo, traicionando consciente o inconscientemente lo que predica; aquélla, relación entre el hombre y Dios... es una distinción que coincide plenamente con la distinción spenglenana (O. Spengler, Años decisivos).
Pero el principal de los reproches que se han hecho a Chamberlain ha sido el por algunos llamado "cerrado germanismo" de casi todos sus escritos, especialmente de los "Fundamentos". En realidad, tal apreciación es, por lo menos, bastante errónea. Es

cierta en cuanto Chamberlain, que espiritualmente quiso ser alemán, no pudo sustraerse a la regla, muy humana, que precisa que los convertidos o adoptivos son más estrictos que los de origen; aquello que en España llamamos ser más papistas que el Papa. Para Chamberlain, el super-Europeo, Alemania o, más exactamente, lo pan-germánico, era el núcleo de Europa, y no hay ningún motivo para asumir que no pudiera tener razón incluso en eso. Pero para él. Alemania, o lo germánico, como afirma repetidas veces en el Capítulo "La Formación de un Mundo Nuevo", no podía aspirar a más -o a menos- que a ser un "primus inter pares" o, como dice en el Capítulo "Raza", el hermano mayor. Finalmente se le ha criticado, con virulencia extrema, por la influencia que pudo tener, y que fue ciertamente muy grande, en la formación del pensamiento político de Adolf Hitler y de los hombres que, junto a él, crearon en Alemania el movimiento nacionalsocialista. Esa crftica, que desde el punto de vista de los que la formularon es indudablemente justa tiene el inconveniente de ser infundamentada y partidista. En efecto, se ha dicho que el concepto de Raza de Chamberlain fue adoptado por el futuro Führer y plasmado en el "Mein Kampf". Es rotundamente falso. Para quien haya leído esa obra y los "Fundamentos" resultará evidentísimo que en lo que menos influyó Chamberlain en Hitler fue en su concepto de la "Raza". En casi todo influyó bastante o muchísimo según los casos, pero en el concepto de Raza, muy poco. Quien más influyó en el concepto racial del nacionalsocialismo alemán no fue el inglés Chamberlain, sino los franceses Gobineau y, sobre todo, Vacher de Lapouge y, en menos escala, el alemán de origen noruego, Bergman. Decir que Chamberlain -como se ha dicho- fue el genio inspirador de Auschwitz (aún admitiendo, a efectos puramente polémicos que todo lo que se ha dicho de Auschwitz fuere cierto) es una prueba suplementaria de que la letra impresa resiste cualquier imbecilidad.
Para Chamberlain resultan confusas las elucubraciones de los antropólogos extrayendo conclusiones positivas o negativas de los resultados caóticos obtenidos mediante la mensuración craneal; igualmente le merecen poco crédito los razonamientos de Salomón Reinach cuando pone en duda la existencia de una raza aria porque muchos filólogos alegan contra ella la incertitud del criterio lingüístico. Lo único que Chamberlain ve diáfanamente claro es que todos los investigadores que se han ocupado de la Historia del Derecho se han puesto de acuerdo -o se pusieron en su época- para emplear la expresión de arios o indoeuropeos, por apreciar, en ese grupo de pueblos emparentados por la lengua y los caracteres somáticos más relevantes, como la pigmentación de la piel, una concepción del derecho particular que, desde el principio, y luego a través de todas las ramificaciones de un complejo desarrollo, difieren radicalmente de ciertas nociones jurídicas inextirpables, propias a los Semitas, los negros o los amarillos. Y concluye Chamberlain: "Ninguna mensuración craneana, ninguna argucia filológica, no podrá nunca suprimir ese hecho grande y simple a la vez, hecho obtenido para la Ciencia merced a las pacientes y minuciosas encuestas de los historiadores con base cultural judaica: este hecho demuestra la existencia de un ARIANISMO MORAL, opuesto a un no arianismo moral, por diversificada que aparezca la composición de los pueblos que formen parte del grupo" ("Fundamentos..." pág. 164).
Trás dejar bien sentado que, a su juicio, el elemento fundamental en la Raza es moral, Chamberlain cita, en el Capítulo "El Caos Etnico" las por él llamadas Cinco Leyes Fundamentales de las que parece depender la formación de las "Razas nobles". La primera de tales leyes es lo que él llama "existencia de un primera materia de excelente calidad". A continuación se declara incapaz de adivinar de dónde procede esa materia primaria, y sale por la tangente citando a Goethe que dice: "... Es aquella cuyo nacimiento se nos esconde en la noche de los tiempos; aquello que no podemos

concebir como habiendo nacido." Gobineau, tal vez el pensador de mayor coraje intelectual del siglo XIX, nos explica lo que es la primera materia excelente solicitada por Chamberlain. Para él, son los primitivos grupos étnicos arios que, partiendo del Asia Central (3) se esparcieron hacia el Sur y el Sudeste. Esos grupos conservaron su cohesión y su fuerza moral y material en proporción inversa a sus cruces con otros grupos humanos. Esto lo deduce Gobineau de la observación paciente y razonada cartesianamente, a la francesa, sin recurrir al criterio de juristas, filólogos y moralistas excepto en contadísimas ocasiones.
La segunda de las leyes se refiere a la endogenia en profundidad, es decir, no sólo las uniones matrimoniales circunscritas al grupo racial humano en cuestión, evitando al máximo las uniones con grupos externos y, sobre todo, inferiores, sino también a la endogenia - ¡hasta ciertos límites!- entre miembros de unidades orgánicas que forman parte de dichos grupos. Esta sub-endogenia interna es la que facilita el nacimiento de grandes familias nobles, en el auténtico sentido de la palabra "noble".
La tercera ley es la de la Selección, que es tanto más fácilmente comprensible cuanto más familiarizado se está con los principios de la cría de los animales y de las plantas. No es que Chamberlain preconice la animalización de la especie humana; simplemente se limita a constatar los efectos de la selección tal como la practicaron los griegos, los romanos y los germanos y, sobre todo y antes que nadie, los judíos según atestiguan sus libros "sagrados".
La cuarta ley fundamental, menos generalmente reconocida, parece deducirse con flagrante evidencia de la Historia y encuentra su confirmación en la experiencia de los que se ocupan de la cría de especies animales y vegetales puede ser formulada diciendo que a la formación de toda raza importante precede sin excepción una mezcla de sangre, pero esta ley, sin introducir elementos nuevos en el problema de las razas, precisa, restringiéndolo, el sentido de la cuarta, en el sentido de que sólamente las mezclas de sangre muy determinadas y limitadas contribuyen al ennoblecimiento de una raza o a la formación de una raza nueva ("Fundamentos..." pág. 380). Evidentemente, ahí Chamberlain juega, un poco inconscientemente, con los conceptos de "raza" y "sub-raza" o, como dirían Chamberlain y Vacher de Lapouge, "etnia", pero lo cierto es que el fondo de su pensamiento resulta lo suficientemente claro para no precisar correctivos.
Tanto Chamberlain como Gobineau terminan sus dos obras fundamentales con una especie de epílogo, titulado por aquél "La formación de un mundo nuevo" y por éste "Conclusión General sobre la Desigualdad de las Razas". En ambos se explaya una "Weltanschauung" -una concepción del mundo- para uso de la raza blanca (o aria, indogermánica, caucasiana, o lo que se quiera). No se trata de una visión optativa del porvenir, en la forma pueril, de "happy end" que ha popularizado la moderna infra-literatura, dirigida a entes con alma de lacayos, incapaces de soportar, por ejemplo, la lectura de una gran tragedia. Se trata de la formulación de un principio puramente orgánico que luego sistematizaría con la simplicidad del genio, Francis Parker Yockey, en su -para esta época- lógicamente desconocida obra "Imperium". Tanto para Chamberlain, desde un punto de vista total, como para Gobineau desde un punto de vista racial, orgánicamente, a un ser vivo, como lo es una gran cultura, sólo se le presentan, en una encrucijada histórica, dos alternativas: o seguir los dictados de su imperativo interno, o no seguirlos. En el primer caso, el organismo sigue el camino marcado por su Destino; en el segundo, enferma y muere. No hay solución de recambio.
Gobineau formula su última alternativa con una cierta, innegable carga de pesimismo. Chamberlain es más optimista. Pero como quiera que tanto pesimismo como optimismo son simplemente posturas ad hominem, que describen una actitud del pensador pero no influyen para nada en el valor del pensamiento, puede decirse que Gobineau y

Chamberlain son dos grandes filósofos que se complementan admirablemente, aún y cuando éste último, gran admirador del francés, se mostrara en completo desacuerdo con él por no matizar inteminablemente, germánicamente, en ciertas nimiedades, aunque coincidiera en todo lo esencial. Es curioso que en las últimas páginas del "Ensayo", Gobjneau escriba: "Un pueblo tiene siempre necesidad de UN HOMBRE que comprenda su voluntad, la resuma, la explique y le conduzca allí dónde debe de ir. Algo parecido dice Chamberlain en los "Anexos" de sus "Fundamentos". Que el francés lo llame "monarca" y el anglo-alemán "jefe" no tiene la menor significación. El fondo es el mismo, no importan los nombres.
Es curioso que muchos de los hombres que más influyeron en la formación de todo el contexto ideológico del nacionalsocialismo alemán, no fueran alemanes. Los ejemplos más flagrantes son sin duda los de Gobineau y Houston Stewart Chamberlain, pero tampoco pueden silenciarse nombres tan augustos como los del gran antropólogo francés Vacher de Lapouge; de los filósofos igualmente franceses Georges Sorel y Blanqui; del noruego-alemán Bergman; del italiano Volpe y del viejo luchador sueco, Einar Aberg. Esto sería una prueba suplementaria de la veracidad de las aseveraciones de Chamberlain, en el sentido de que Alemania es "el hermano mayor", pues al lado de los anteriormente citados están las figuras de Schopenhauer, Nietzsche, Berhardi, Wagner, Treitchske, Moltke, cuya influencia en la gestación del nacionalsocialismo fue decisiva en diversos grados de intensidad. Pero un "hermano mayor" muy necesitado de los más jóvenes, como nos demuestra la propia existencia, entre otros, de esas dos lumbreras del pensamiento europeo, el Conde de Gobineau y Houston Stewart Cahmberlain, precursores de un Nuevo Amanecer.

(1) "Hitler pertenece a las pocas figuras luminosas, a los hombres completamente transparentes. Hitler se entrega en cada una de sus palabras y cuando había dirige su mirada a cualquiera de los oyentes. Nadie puede resistirse a esta mirada fascinadora... Que en el momento de su mayor desgracia haya dado Alemania un Hitler, demuestra su vitalidad". (7-10-23 y 20424).
(2) "Wagner, Gobineau, Chanberlain", anexo a "Fundamentos...", pág. 1394. Ed. Suiza.
(3) Etnógrafos y arqueólogos posteriores a Gobineau, excavando en el Pasado, han logrado demostrar que, antes del Asia Central, fue el Gran Norte, tal vez Groenlandia, el lugar de procedencia del hombre blanco. Y aún más modernamente, si hemos de creer el testimonio de las Cuevas de Glozei, debería admitirse que el origen -por lo menos a la luz de los últimos descubrimientos esta ría... ¡en Europa!.

OSWALD SPENGLER

por Juan Massana

Oswald Spengler no fue, en rigor, un filósofo nacionalsocialista, en el sentido en que lo fueron otros, contemporáneos del III Reich y entusiastas partidarios suyos, como Rosenberg, Darré o Baumler; o anteriores a él, como Nietzsche, Wagner o Gobineau. Jamás suscribió sin reservas la ideología nacionalsocialista, en todo su fundamento teórico sociopolítico, en todo su Weltanschauung, en toda su concepción del mundo o siquiera en todas las medidas políticas inmediatas de las que fue testigo. No pudo influir en Hitler, ya que cuando sus escritos más decisivos alcanzaron a ver la luz, el futuro Führer había completado ya su formación intelectual y se disponía a entrar en la historia de Alemania y del mundo. Mucho menos pudo Hitler influir en Spengler, que sólo acertó a ser el espectador impotente de su lucha y de su ascenso, sin llegar siquiera a presenciar -aunque la intuyese- su posterior caída.

Hablar pues de la identificación, o en su lugar de la dicotomía, que pudiese haber entre la filosofía spengleriana y la doctrina nacionalsocialista resulta casi pura especulación, toda vez que el nacionalsocialismo todavía no se ha estudiado en toda su puridad, como sistema independiente y orbicular, como padre de nuevos valores indefinibles para la mentalidad burguesa clásica; en todo caso, a lo más que se ha llegado es a establecer su filiación nietzscheana y a vislumbrar algunos de sus más próximos objetivos teóricos y filosóficos. Poco más sabe la pseudo-cultura oficial de Spengler, a quien considera reaccionario y ha relegado al olvido y anatematizado porque cayó en la heterodoxia al combatir al positivismo y fulminar despiadadamente las más difundidas tesis del progresismo y su interpretación materialista de la historia y la cultura.
Empero, hoy, a los cuarenta años de la muerte de Spengler y a los treinta de la de Hitler, no resulta demasiado aventurado relacionar sus respectivas concepciones del mundo, tanto en su pensamiento general como en su actuación más inmediata, pues la perspectiva y el tiempo han venido a demostrar que ambos formularon interpretaciones similares y complementarias de su época, del significado de ésta en el devenir de la historia universal, y, al cabo, de la historia misma. Y lo que es más importante, en el aspecto político, llegaron a las mismas conclusiones al juzgar los factores de la decadencia del mundo occidental, llegando, a través de esta clarificación, a idénticos presupuestos para su eventual solución. En este sentido, únicamente mediante una somera incursión por la doctrina spengleriana y algunos aspectos de la propia actuación de Spengler, podemos hoy, transcurrido ese tiempo, conocer el grado de relación que existió con el nacionalsocialismo y sentar las bases para un futuro y más profundo estudio que nos lleve a conclusiones que ahora sólo podemos entrever.
Oswald Spengler, contrariamente a los que las reiteradas acusaciones de "reaccionario" que han pesado sobre él y sobre su obra pudieran insinuar, era el hijo de un minero de la comarca del Harz. Nacido en Blakenburg en 1880, universitario en Halle, Munich y Berlín, dotorado en filosofía con una tesis sobre Heráclito, fue el maestro de escuela perdido en el anonimato que sólo llegó a la popularidad con la publicación de su obra más famosa, "La decadencia de Occidente", que rápidamente alcanzó grandes tiradas, pero que en contrapartida no fue comprendida en relación al entusiasmo con que fue acogida por su primer público, los alemanes de la primera guerra mundial, que se debatían en la gran tensión espiritual de su época y en la identificación del más inmediato destino de Alemania con la finalidad última de la cultura occidental.
La "Decadencia" venía a asestar, en primer lugar, un intenso y certero golpe sobre las interpretaciones materialistas de la Historia, singularmente el progresismo. El progresismo sostenía y sostiene, puesto que hoy ha llegado a una difusión todavía mayor el desarrollo lineal de la historia y de la cultura mediante un interminable proceso evolutivo que conduciría a la humanidad desde un primer estadio de barbarie y pritivez hasta cotas nunca imaginadas de felicidad, paz, progreso y desarrollo. Todo pasado era abominable, y todo futuro, deseable y prometedor. No existía una tradición que legara al hombre una cadena de valores y sobre su base sistemas de vida perfeccionados tendentes a la perfección, no existía en el pasado nada que no pudiera ser sobrepasado por el futuro. Esta interpretación absurda y materialista, que sólo atendía a un hipotético desarrollo de la humanidad desligado de toda concepción espiritual, llegaba pues a una conclusión inaceptable desde una óptica no materialista: la constante transformación, en un sólo sentido positivo, del hombre, desde la nada hasta la suma perfección. No podía admitir, en consecuencia, que no hubiera existido más que una única cultura, con un único desarrollo.
Spengler, por el contrario, sostenía en la "Decadencia" que toda cultura seguía un proceso orgánico y, en consecuencia, afirmaba la pluralidad de las culturas. Toda

cultura, según él, es equiparable a cualquier cuerpo vivo, a cualquier organismo vital, que nace, vive y muere siguiendo unas leyes biológicas prefijadas de antemano. Toda cultura, tras su nacimiento, pasa por estadios de esplendor primero y de decadencia después, para llegar por fin a la muerte; una muerte irrevocable e inevitable, pero nunca una muerte total, puesto que al extinguirse esa cultura transmitiría a los hombres de la siguiente buena parte de su patrimonio y de sus conquistas -lo que nosotros denominamos Tradición-. Así, pese a las diferencias de localización y de época, de espacio y de tiempo, todas las culturas conservaban una estructura idéntica. A través del estudio, que él efectuaba por primera vez con un sentido morfológico de la historia, del "pathos" de las anteriores culturas, nacidas de manera ignorada y misteriosa, conquistadoras de los mayores cénits espirituales y enfermadas al cumplir su propio ciclo para desaparecer en el devenir histórico, Spengler creía poder adivinar a largo plazo el mismo destino de Occidente. La fuente espiritual de nuestra cultura está en su voluntad de vida inmaterial, irracional e intuitiva; ella es la que produce todo signo externo, todo mito y toda alegoría de lo eterno, y a la vez todo resultado y toda realización práctica de la cultura. Al progresivo abandono de este sentido idealista de la vida corresponde la progresiva entrada en el perído de decadencia de la cultura, llamado civilización, etapa en la que un acelerado desarrollo técnico no se relaciona con algún desarrollo espiritual. A partir del racionalismo, los factores materiales, la técnica primero y luego el dinero, la economía (Spengler, definiría nuestro mundo como "dominado por las formas económicas") introdujeron a nuestra cultura en su periodo de "civilización", que sólo se resolverá, para Spengler, con una época de grandes catástrofes -este apartado es el que ha traído mayores críticas-, concluyendo todo en el "cesarismo", etapa en la cual la humanidad, polarizada en torno a Césares absolutos, se transformará en inmensos ejércitos que combatirán unos contra otros hasta su total aniquilamiento. Si esta teoría del "catastrofismo" es absolutamente exacta o no; si la época del "cesarismo" se corresponde con la segunda guerra mundial y sus "Césares" políticos, son cuestiones que estas modestas líneas no pretenden dilucidar, sino algo que en el propio discurrir del tiempo histórico se determinará.

Se comprende perfectamente que las teorías plasmadas en "La decadencia de Occidente" hallarán un eco potentísimo en el marco de la primera guerra mundial; pero el propio Spengler debió salir al paso y desmentir las interpretaciones pesimistas y casi "hipocondríacas". En un posterior ensayo, "¿Pesimismo?", escribía: "El error casi universal que hasta ahora ha producido mi libro es en parte el epifenómeno, que hace acto de presencia en cualquier estado espiritual necesario a todo modo de pensar, el cual se manifiesta no sólo por sus resultados, sino también por sus métodos y sobre todo por su imagen totalmente nueva de las cosas que es considerada antes que dichos métodos. Los errores se van acumulando cuando por una encadenación de casualidades un libro semejante llega a estar de moda entre los hombres cuyo pensamiento no pudo se preparado anticipadamente hacia estos años por una literatura intermediaria, y se sienten súbitamente con una doctrina de la que por lo pronto sólo les es accesible su faceta negativa". Y acababa por descalificar a los "hombres que confunden la decadencia de la antigüedad con el hundimiento de un transatlántico. La palabra no implica la idea de una catástrofe; significa, en vez de hundimiento, perfección, palabra que se alía con el pensamiento de Goethe en un sentido totalmente definido. Así es eliminado por ahora el lado pesimista, sin el cual el sentido auténtico de la idea sufriría una tergiversación completa".

"La decadencia de Occidente", comprendida parcial o completamente por sus lectores, alcanzó sin embargo grandes tiradas de ejemplares y su influencia empezó a cobrar importancia en la Alemania de la guerra y todavía creció más después de la derrota,

pues se tendía, con bastante equívoco, a identificarla con el mismo título de la obra. Pero ¿cómo había discurrido la vida de Spengler en aquel tiempo? indudablemente, su condición a la vez sencilla y orgullosa, genial y original, le condujo a ser definido por sus enemigos de una manera casi idéntica a como lo sería el propio Hitler. Acudiremos para ello a dos testimonios.
Según Alastair Hamilton, "Oswald Spengler, un solterón solitario, un desdichado, misógino, misántropo e irritable, víctima de continuas jaquecas, de corazón débil, mala vista y que sufría de insomnia, dejó su carrera de maestro de escuela para poder escribir este libro. Escribió durante la primera guerra mundial en medio de la mayor penuria, pero al cabo de pocos meses después de la publicación de su obra se convirtió en una de las figuras más famosas e influyentes de Alemania. Por decisión firme, Spengler jamás replicó a las críticas y raramente aparecía en público. Orgulloso de identificarse a sí mismo con Herostratos y Tiberio, símbolos de la megalomanía frustrada, el auto odio y la impotencia que lo obsesionaban, envidiaba "a todo el que vivía". (...) Debido a su mal estado de salud su vida de hombre de acción fue una frustración contínua. Fue considerado inútil para el servicio militar durante la guerra y el "arrebato de la batalla", el dolor de la violencia, que describió en su relato corto Der Sieger, en 1910, estuvo destinado a permanecer sólo en su imaginación".
Todavía más radical en sus apreciaciones, Richard Hanser afirma:
"Gran parte de lo que Spengler dijo que ocurriría, ocurrió realmente. Pero, a pesar de su aire de profundidad científica y frio análisis, Spengler estaba hechizado por muchos de los mismos conceptos y clichés nacionalistas que han impregnado el pensamiento germánico durante genraciones. Hijo de un funcionario inferior de la administración de Correos (sic), respetaba la casta y la jerarquía, y hablaba de "raza" y "sangre" como cualquier fanáticó vólkisch. Inepto para el servicio militar a causa de un corazón débil y de su miopía, glorificaba la guerra y celebraba el genio bárbaro del germano, "el hombre-bestia-de-presa" que tenía derecho a apoderarse del mundo. Doctor en filosofía y antiguo maestro de escuela, desdeñaba la razón y abogaba por un rotundo irracionalismo, como los histéricos del grupo cósmico, fiando, como ellos, en la "percepción" y la "intuición". Su libro estaba acribillado de inconsistencias y contradicciones, y repleto de dogmatismo reaccionario. Pero su influencia había de ser enorme, y ello le ayudó a difundir e intensificar las actitudes y prejuicios que hicieron posible la aparición del César, cuya venida predecía Spengler con tanta seguridad". Y concluye, de la manera más interesante para la demostración de nuestras tesis: "Gran parte de lo que Oswald Spengler pronosticó, Adolf Hitler había de convertirlo en realidad".
A los 30 años, ese Spengler descrito exageradamente, con notoria distorsión, por "historiadores" parcialistas, pero a cuyo través hemos podido atisbar en el intelectual ya madurado y preparado para entrar en acción, tomó su primer contacto con la política. Si la crisis norteafricana de 1911, puestos en juego los intereses coloniales de Alemania en esa zona, atrajo en primer lugar la atención de Spengler -siempre concedió gran importancia a la política colonial-, el estallido de la primera guerra mundial determinó su entrada definitiva en la escena de la política alemana y europea. En el prólogo a la primera edición de la "Decadencia", escribió con pulso firme: "Réstame únicamente expresar el deseo de que este libro no desmerezca por completo de los esfuerzos militares de Alemania".
El gran pensador alemán, en un momento crucial en que los intelectuales y los artistas europeos habían apostado por el pacifismo y el horror ante la guerra de 1914 -baste recordar la poco heroica actitud de Romain Rolland-, aplaudió su inicio como el medio por el cual Alemania, que había sido ahogada poco a poco por las grandes potencias

europeas, podía liberar sus más profundos instintos nacionales y raciales, y combatir a la vez contra el mundo decadente nacido a raiz de la Revolución Francesa, que había conducido a la cultura occidental faústica al más penoso estadio de consunción histórica. En realidad, esta postura no era sino el resultado de llevar a sus últimas consecuencias y aplicar a la política práctica y de realidades el pensamiento radical de Nietzsche, de quien Spengler podía considerarse acertadamente como su más fiel heredero y su más inmediato sucesor en la árdua tarea de integrar concepción filosófica, deducción histórica y acción política en un Weltanschauung puramente germánico y ario-occidental. Si bien otros intelectuales, como por ejemplo Hermann Hesse, habían adoptado la misma postura que Spengler respecto . al conflicto bélico y sus consecuencias histórico-políticas, fue a éste a quien le cupo polarizar los ataques por parte de aquellos escritores que, tarde o temprano, iban a renegar de la interpretación tradicional, irracionalista, de la cultura y de la historia. Thomas Mann, que pasaría con el triunfo del nacionalsocialismo a engrosar la lista de autores anti-alemanes, y que en un principio se había referido favorablemente a la "Decadencia", de la que había dicho, en sus "Politische Schriften", que era "el producto de una energía inmensa y una no menor fuerza de voluntad, que va muy lejos en el campo del conocimiento", afirmando que recordaba la obra capital de Arthur Schopenhauer "El mundo como voluntad y representación", tomó partido contra Spengler, tachándolo en sus cartas de imitador de Nietzsche -lo que para él debió ser un halago-, y viendo en él un "derrotista de la humanidad", según escribió en un opúsculo dedicado al gran pensador titulado "Ueber die Lehre Spenglers".
La derrota de 1918 y la subsiguiente caída de la monarquía y de su respaldo social, el prusianismo, supuso para Spengler el derrumbarse de un mundo casi ideal, un golpe terrible e inesperado que determinó su integración en el movimiento nacional-racial (vólkisch) frente a la revolución izquierdista. Para Spengler, al igual que para Hitler, la derrota no surgió de un supuesto agotamiento de la potencia militar o económica de Alemania, sino de los elementos subversivos que habían desencadenado la revolución, asestando al II Reich una puñalada por la espalda (Dolchloss). Se trataba, como escribiría más tarde, de la "traición infligida por la parte inferior de nuestro pueblo a la parte vigorosa e intacta que se alzó en 1914 porque quería y podía tener un futuro". Spengler adoptó, pues, el firme propósito de luchar con todos sus esfuerzos contra la naciente República de Weimar. "Prusianismo y socialismo", ensayo publicado a fines de 1919, constituía un primer intento serio de aglutinar ideológicamente a todas las fuerzas de la oposición nacional, desde la derecha burguesa hasta el nacionalsociahsmo revolucionario. Sin embargo, él se mantenía en una postura relativamente reaccionaria, pues aspiraba al restablecimiento de la monarquía como única fuerza capaz de llevar a la práctica "desde arriba" sus ideales. En "Prusianismo y socialismo", el pensador abogaba por la instauración de una sociedad vertical, jerárquica, esencialmente antidemocrática, que resucitaría el viejo tipo del guerrero germánico, y basándose en la doctrina militarista prusiana, se adentraba en un corporativismo social que sería el común punto de partida del fascismo y del nacionalsocialismo. En la base de la estructura social, existirían según Spengler, unas "entidades corporativas locales organizadas de acuerdo con la importancia de cada profesión en su totalidad; habría representaciones más elevadas, por etapas, hasta llegar a un consejo supremo del Estado; los mandatos serían revocables en todo tiempo. No habría partidos organizados como tampoco políticos profesionales ni elecciones periódicas". Una estructura orgánica, coronada en la cúspide por un Führer (ya que así lo requería la verdadera tradición prusiana), suplantaría pues al sistema liberal-democrático, invertebrado, inorgánico, amorfo y al servicio de las fuerzas subversivas antialemanas, tanto

exteriores -las potencias vencedoras de Versalles, que ahogaban a Alemania con sus triunfos económicos y sus imposiciones políticas y militares - e interiores - los círculos financieros judíos y los grandes trusts industriales-. Los prototipos de esta nueva Alemania soñada por Spengler y un gran número de nacionalistas de la derecha, serían, al igual que los del nacionalsocialismo, el soldado y el campesino, que ensamblan la vieja tradición germánica con un nuevo socialismo, un socialismo de corte "prusiano", que era el único posible para Alemania. Comprometido con la derecha liberal, Spengler prestó en un principio escasa atención al incipiente Partido nacionalsocialista, al que juzgaba, pese a su militarismo, demasiado "infantil" por sus mítines y desfiles, y excesivamente optimista por su moral de victoria. Esperaba encontrar una gran acogida en esa derecha; como muestra de ello el almirante Tirpitz le había escrito felicitándole por su ensayo "Prusianismo y socialismo" y deseando que las ideas allí expuestas "pudieran hallar respuesta en la clase obrera infectada por el marxismo". Pero fracasó en sus intentos de llegar a un acuerdo con los industriales derechistas para controlar algún periódico bávaro de gran circulación o incluso para fundar uno propio. Igualmente fueron condenados al fracaso las esperanzas de influir en su propio sentido a los políticos de Weimar, como Gustav Stresemann, Walther Rathenau -de quién luego, por su fanático republicanismo, se convirtió en enemigo- o el general Otto von Seeckt, organizador del Reichswehr, el ejército de entreguerras.
En 1923, la derecha católica y conservadora de Baviera creyó ver llegado el momento de iniciar la rebelión contra el rojo y republicano Berlín, y para ello comprometió a todas las fuerzas activas hostiles a la República de Weimar, en especial los cuerpos francos y la organización de excombatientes "Cascos de Acero" y convenció a Ludendorff -como la figura más prestigiosa de la oposición nacional, pese a su anticristianismo doctrinario- y a Hitler para unirse al golpe de Estado que derrocaría la república primero en Munich y luego en toda Alemania.
Spengler no podía ser ajeno a un intento de tal envergadura y que podía eventualmente, conducir a la realización de sus propias teorías políticas. Richard Hanser escribe: "Incluso el filósofo Oswald Spengler estaba complicado en la intriga y subversión preliminares a un Putsch. Como Hitler en el hospital de Pasenwalk, Spengler había también llorado en 1918 al tener noticia de la capitulación de Alemania. Al igual que Hitler, también él había resuelto meterse en política para hacer lo que pudiera con objeto de impedir la decadencia de Occidente. Pero apoyaba al incoloro Gustav von Kahr. Tan profundamente estaba implicado Spengler een el complot para derrocar a la república, que acudía a mitines secretos, escribía cartas en clave a otros conspiradores y se veía a sí mismo como ministro de Cultura o jefe de Prensa en la inminente dictadura". Una semana antes del Putsch, Spengler escribió:
"Es hora ya de que el ala derecha acabe de organizarse y pase a la acción".
Hitler y Ludendorff, al contrario de los derechistas, no pretendían restaurar la monarquía, sino implantar una dictadura que preparase el camino para el futuro desarrollo de la revolución nacional y la construcción del III Reich. Sin embargo, la noche del 8 al 9 de noviembre de 1923, fecha elegida para el golpe de Estado por coincidir con el aniversario de la capitulación de 1918, se vieron abandonados por sus aliados monárquicos y debieron ser las SA nacionalsocialistas, las que debieron hacer frente a la policía del Estado. Dieciséis nacionalsocialistas cayeron frente al Feldherrnhalle de Munich; el más prestigioso poeta e intelectual del Partido, Dietrich Eckart, fue herido y murió al poco tiempo a consecuencia de ello; Ludendorff y Hitler, que no resultaron heridos de pura casualidad, pues se hallaban al frente de sus tropas, fueron juzgados. Ludendorff resultó absuelto y Hitler condenado a una pena de prisión, durante la cual escribiría "Mein Kampf", en cuyas páginas aparecen teorías en bastantes

ocasiones paralelas a las del propio Spengler. El resultado del Putsch trajo como consecuencia el apartamiento definitivo de la derecha burguesa por parte del nacionalsocialismo y un progresivo acercamiento a éste por parte de Spengler. El triunfo del fascismo italiano en 1922 ya había supuesto para él una experiencia positiva. Más tarde, en "Años decisivos" escribió: "El pensamiento creador de Mussolini ha sido grandioso... Lo que anticipa el futuro no es la existencia del fascismo como partido, sino tan sólo la figura de su creador, Mussolini no es un jefe de partido, aunque antes fuera jefe obrero, sino el señor de su país... Mussolini es ante todo estadista, gélido y escéptico, realista y diplomático. Gobierna realmente solo. Lo ve todo, capacidad la más rara en un soberano absoluto. El mismo Napoleón estaba aislado por los que le rodeaban". Y concluía: "Mussolini es un hombre señorial como los condontieros del Renacimiento, que entraña toda la astucia meridional de la raza y calcula así el teatro de su movimiento de un modo exactamente adecuado al carácter de Italia -la patria de la ópera-, sin embriagarse nunca él mismo, cosa de la que Napoleón no estaba del todo libre y que perdió, por ejemplo, a Rienzi. Cuando Mussolini invoca el modelo prusiano tiene razón: es más afín a Federico el Grande, e incluso a su padre, que a Napoleón, para no citar ejemplos menores". Y un año después del triunfo del fascismo, Spengler refrendó su simpatía por éste con una visita a Mussolini.
En 1924, Spengler publicó "Neubau des deutschen Reiches", esto es, "Reedificación del Reich alemán", en la que exponía presupuestos doctrinales muy cercanos al nacionalsocialismo y condenada todos los obstáculos antialemanes en el camino de la construcción del III Reich: "La más peligrosa de todas las tendencias antialemanas es la tendencia a soñar con el pacifismo y en el internacionalismo; el sentimiento de autoridad, poder y éxito esta profundamente arraigado en el carácter alemán". Gregor Strasser, que a raíz del encarcelamiento de Hitler se convirtió en uno de los dirigentes del Partido, entabló contacto con Spengler, y en una carta dirigida a éste le significó que dicho ensayo era "un hecho político altamente constructivo y práctico en el que veo una profunda relación con nuestros objetivos". Ante las elecciones presidenciales de 1932, Spengler afirmó: "Si voto por alguien será por Hitler... Sólo Hitler y Hindemburg pueden ser tomados en consideración", y según Alastair Hamilton, cuya opinión contraria a Spengler y al nacionalsocialismo ya conocemos, "cuando Hitler y sus partidarios desfilaron en Munich, después de las elecciones, Spengler y su hermana colgaron banderas con cruces gamadas en sus ventanas... En las elecciones de junio, Spengler de nuevo volvió a dar su voto a Hitler". Y refiriéndose ya a 1933: "En julio, Hitler le concedió una entrevista. La reunión, organizada por la señora Else Knittel, en Bayrueth, duró hora y media, y los dos hombres coincidieron, a su juicio, en lo que se refería a la política alemana con respecto a Francia, y ambos lamentaron la mediocridad de las figuras rectoras de la Iglesia Evangélica. La entrevista terminó con la afirmación de Hitler de que consideraba "muy importante para los que estaban fuera del partido, el que se dejaran convencer a una política alemana". Confiaba, según dijo, en tener la oportunidad de mantener otras entrevistas con Spengler en Munich".
En 1933 aparecía "Años decisivos", cuyo primer título, "Alemania en peligro", fue cambiado por el propio Spengler para evitar equívocos, y en su introducción, Spengler saludaba de esta manera el advenimiento del nacionalsocialismo: "Nadie podía anhelar más que yo 4a subversión nacional de este año. Odié, desde su primer día, la sucia revolución de 1918, como traición infligida por la parte inferior de nuestro pueblo a la parte vigoroso e intacta que se alzó en 1914 porque quería y podía tener un futuro. Todo lo que desde entonces he escrito sobre política ha sido contra los poderes que se habían atrincherado en la cima de nuestra miseria y nuestro infortunio, con ayuda de nuestros enemigos, para hacer imposible tal futuro. Cada línea debía contribuir, y espero que así

haya sido, a su caída. Tenía forzosamente que advenir algo, en una forma cualquiera, que librase de su pesadumbre a los más hondos instintos de nuestra sangre, si habíamos de participar con la palabra y con la acción en las decisiones venideras del acontecer mundial y no tan sólo ser sus víctimas. El magno juego de la política mundial no ha terminado. Es ahora cuando mayores apuestas se arriesgan. Para cada uno de los pueblos vivos es cuestión de grandeza o aniquilamiento. Pero los acontecimientos de este año nos dan la esperanza de que si tal dilema no está ya resuelto para nosotros, volveremos a ser alguna vez -como en la época de Bismarck- sujeto, y no tan sólo objeto de la historia. Son décadas grandiosas las que vivimos; grandiosas, esto es, terribles e infaustas". Y en síntesis: "La subversión nacional de 1933 ha sido algo grandioso y seguirá siéndolo a los ojos del porvenir, por el ímpetu elemental, suprapersonal con el que se cumplió y por la disciplina anímica con la que fue cumplida. Ha sido algo total y absolutamente prusiano, como el levantamiento de 1914, el cual transformó en un instante las almas. Los soñadores alemanes se irguieron serenos, con impotente evidencia, y abrieron un camino al futuro".
"Años decisivos" es, si cabe, un complemento político y sociológico de la "Decadencia", donde se analizan las causas mismas del proceso decadente de Occidente en su etapa postrera. Spengler, entendía, de manera clarividente, que la aparición de la dogmática enciclopédica y del racionalismo suponía el fin del estilo intuitivo y perceptivo, a cuyo través el conocimiento no discursivo, el verdadero conocimiento de nuestra Tradición, había engendrado la cultura fáustica y la había llevado a su máximo esplendor, en un tiempo cuya vigencia de las doctrinas oscurantistas, encabezadas por el racionalismo, no reconocían. Spengler formula un análisis magistral del racionalismo, imprescindible a todo pensamiento sociopolítico e histórico moderno de tendencia idealista:
"(El racionalismo) Es el orgullo del espíritu urbano desarraigado, no guiado ya por ningún instinto fuerte, que mira de alto abajo, con desprecio, al pensamiento pletórico de sangre del pasado y a la sabiduría de las viejas razas campesinas. Es la época en que todo el mundo sabe leer y escribir y por ello quiere intervenir en todo, y todo lo entiende mejor. Este espíritu esta poseído por los conceptos, los nuevos dioses de esta época, y critica el mundo: el mundo no vale nada; podemos hacerlo mejor; pongamos, pues, manos a la obra y formulemos el programa de un mundo mejor. Nada más fácil cuando se tiene ingenio. Ya se realizará luego por sí solo. Entretanto llamamos a esto progreso de la Humanidad". Tiene un nombre, luego existe. Quien lo duda es un ser limitado, un reaccionario, un hereje, y, sobre todo, un hombre sin virtud democrática. ¡Quitemosle de en medio! El miedo a la realidad ha sido así vencido por la soberbia intelectual, por la presunción nacida de la ignorancia de todas las cosas de la vida, de la pobreza del alma, de la falta de respeto y, por último, de la tontería vuelta de espaldas al mundo, pues nada hay más tonto que la inteligencia urbana carente de raíces". El racionalismo, deduce Spengler, ha querido oponer al conocimiento tradicional unos dogmas y unos prejuicios, es decir que "no es, en el fondo, más que crítica, y el crítico es lo contrario del creador: analiza y sintetiza, pero la concepción y el nacimiento le son ajenos. Por eso su obra es artificial y mata cuando tropieza con la vida real. Todos estos sistemas y organizaciones -y aquí Spengler demuestra la inviabilidad del dogma racionalista- han nacido sobre el papel, metódicos y absurdos, y sólo en el papel valen". ¿Cuál es, en la práctica, el resultado del racionalismo? Ante todo, la sustitución del valor cualitativo del hombre por el pseudovalor cuantitativo de la masa; el instinto gregario, atizado por el racionalismo, ha convertido al hombre "con raza" en el hombre desarraigado, en el hombre sin peso específico de las democracias: "(El racionalismo) No conoce respeto alguno. Sólo principios que proceden de teorías. Ante todo, el

principio plebeyo de la igualdad, esto es, la sustitución de la odiada calidad por la cantidad y de la capacidad envidiada por el número. El nacionalismo moderno sustituye el pueblo por la masa". En el orden natural, "Las verdaderas naciones son, como todo cuerpo viviente, de rica articulación interna, son ya, por su mera existencia, una especie de orden. Pero el racionalismo político entiende por "nación" la libertad "de" y la lucha contra todo orden. Nación equivale, para él, a masa amorfa y sin estructura, sin dueño ni finalidad.
A esto llama soberanía del pueblo".
A partir de este demoledor, por certero, análisis del racionalismo, Spengler se identifica con el antiliberalismo de corte fascista y nacionalsocialista: "Lo más funesto es el ideal del gobierno del pueblo "por sí mismo". Un pueblo no puede gobernarse a sí mismo, como tampoco mandarse a sí mismo un ejército. Tiene que ser gobernado, y así lo quiere mientras posee instintos sanos. Pero lo que con ello se quiere decir es cosa muy distinta: el concepto de la representación popular desempeña inmediatamente el papel principal en cada uno de tales movimientos. Llegan gentes que se nombran a sí mismas como "representantes" del pueblo y se recomiendan como tales. Pero no quieren "servir al pueblo"; lo que quieren es servirse del pueblo para fines propios, más o menos sucios, entre los cuales la satisfacción de la vanidad es el más inocente. Combaten a los poderes de la tradición para ocupar su lugar. Combaten el orden del Estado porque impide su peculiar actividad. Combaten toda clase de autoridad porque no quieren ser responsables ante nadie y eluden por sí mismos toda responsabilidad. Ninguna Constitución contiene una instancia ante la que tengan que justificarse los partidos. Combaten, sobre todo, la forma de cultura del Estado, lentamente crecida y madurada, porque no la entrañan en sí... De este modo nace la "democracia" del siglo, que no es forma, sino ausencia de forma en todo sentido, como principio, y nacen el parlamentarismo como anarquía constitucional y la república como negación de toda clase de autoridad". La democracia conduce inevitablemente y por propia esencia, al caos: "Tal es el interregno anarquista que hoy es llamado democracia y que desde la destrucción de la soberanía monárquica del Estado, y a través del racionalismo político plebeyo, conduce al cesarismo del porvenir, el cual comienza hoy a anunciarse quedamente con tendencias dictatoriales y está destinado a reinar sin límites sobre las ruinas de las tradiciones históricas".
Dentro del mismo análisis, Spengler llega a la conclusión más terrible: el fundamento subversivo del liberalismo es común al marxismo, y; subsiguientemente, los resultados sociales son también comunes. "Todos los "derechos del pueblo", engañosa lisonja racionalista lanzada por los de arriba, producto de su conciencia enferma y de su pensamiento incontinente, son luego reclamados abajo como evidentes por los "desheredados", mas nunca para el pueblo, pues siempre fueron otorgados a quienes no habían pensado en exigirlos ni sabían qué hacer con ellos. Y realmente no debían ser otorgados al "pueblo", pues no estaban destinados a él, sino a la hez de los que se llaman a sí mismo "representantes del pueblo" la cual forma entonces un mentidero de partidos radicales, que hace su profesión de la lucha contra los poderes estructuradores de la cultura y emancipa a la masa con el derecho a sufragio, la libertad de prensa y el terror. Nace así el nihilismo, el odio abisal del proletariado contra toda clase de formas superiores, contra la cultura como conjunto de las mismas y contra la sociedad como su sustrato y su resultado histórico... Esta es la tendencia del nihilismo: se piensa en educar a la masa llevándola a la altura de la cultura auténtica; ello es labor árdua y penosa, para la cual faltan quizá ciertas premisas. Por el contrario el edificio de la sociedad debe ser arrasado hasta el nivel de la plebe. Debe regir la igualdad general: todo debe ser igualmente ordinario... El bolchevismo tiene su casa en la Europa occidental, y ello

precisamente desde que la concepción anglomaterialista que Voltaire y Roseau frecuentaron como alumnos estudiosos halló una expresión eficaz en el jacobinismo del continente. La democracia del siglo XIX es ya bolchevismo. El bolchevismo no nos amenaza ya, nos rige. Su igualdad es la equiparación del pueblo a la plebe, su libertad es la liberación de la cultura y de su sociedad".

Spengler entiende que el marxismo es irreal en sus principios y que, sobre todo, no busca la redención del pueblo, sino que lo utiliza para sus fines de destrucción de la cultura: "El ideal de lucha de clases es la famosa subversión: no es la construcción de algo nuevo, sino la destrucción de lo existente. Es un fin sin porvenir. Es la voluntad de la nada. Los programas utópicos no tienen más razón de ser que el soborno de las masas. Lo único que se toma en serio es la finalidad de tal soborno, la creación de la clase, como elemento de combate, por medio de una desmoralización metódica. Nada aglutina más ni mejor que el odio". "Nace así (con Marx) la división artificial de la "Humanidad" en productores y consumidores, la cual, entre las manos de los teorizantes de la lucha de clases, se convierte en la pérfida oposición de capitalistas y proletarios, burguesía y trabajadores, explotadores y explotados".

En consecuencia, "El capitalismo y el socialismo tiene los mismos años, son íntimamente afines, han surgido de la misma manera de ver fas cosas y se hallan tarados con las mismas tendencias. El socialismo no es más que el capitalismo de la clase inferior". La revolución liberal y la revolución marxista son, en definitiva, las dos caras de la "revolución de la vida", en la definición del gran pensador, y nosotros agregaríamos: de la revolución contra la vida, contra la jerarquía natural y contra el pensamiento tradicional. "Esta revolución -manifiesta Spengler- no tiene en su trasfondo nada que ver con la "economía". Es un largo período de descomposición de la vida total de toda una cultura, comprendida la cultura misma como cuerpo viviente". Y la conclusión es que "el individuo, con su existencia privada, sigue la marcha de la totalidad".

Mientras nuestra cultura va perdiendo fuerza, mientras nuestra raza va debilitándose no sólo espiritual, sino también cuantitativamente, pues ahora "la abundancia de hijos, señal primera de una raza sana, se hace molesta y ridícula", en el exterior inmensas masas de color esperan para lanzarse sobre nosotros. Spengler advierte claramente el peligro que acecha al mundo ario, formado por la raza blanda e identificado con la cultura fáustica que ha ido engendrando mediante un largo proceso histórico. Ese mundo ha perdido, al llegar a la era de la decadencia, conciencia de sí mismo, mientras que el mundo de su entorno, de las razas fronterizas y marginales, va despertando de su largo letargo, tomando cuerpo y amenazando la existencia misma de Occidente: la revolución mundial de color, viene a explicar Spengler, "cruza la lucha "horizontal" entre los Estados y naciones, con la lucha vertical entre las clases dirigentes de los pueblos blancos y las demás, y al fondo ha comenzado ya la segunda parte, mucho más peligrosa, de esta revolución: el ataque contra los blancos en general por parte de la masa conjunta de la población de color de la Tierra, población que va lentamente adquiriendo conciencia de su comunidad". Esta lucha, para Spengler, de las razas de color contra los blancos no es más que el último capítulo de la "lucha contra la clase dirigente y contra toda su tradición", que había nacido con el racionalismo y llegado a sus primeras fases de desarrollo con el liberalismo y el socialismo marxista.

Efectivamente, "La civilización occidental de nuestro siglo está amenazada no ya por una, sino por dos revoluciones mundiales de primera magnitud. Ninguna de ambas ha sido aún estimada en su verdadero alcance, profundidad y efectos. Una de ellas viene de abajo, y de fuera la otra: lucha de clases y lucha de razas". Sin embargo, aclara Spengler, "la primera está ya en gran parte detrás de nosotros", mientras que "la

segunda no empezó decididamente hasta la guerra mundial, y va tomando, con gran rapidez, tendencia y figura. En los próximos decenios combatirán ambas lado a lado, quizá como aliadas, y ésta será la crisis más grave que los pueblos blancos hayan de atravesar en común -estén o no de acuerdo-, si quieren tener algún futuro". La alternativa vislumbrada por Spengler cobraría forma más rápidamente de lo que él mismo pudiera pensar: la segunda guerra mundial, desencadenada tan sólo seis años después de que estas palabras vieran la luz, sería el signo que determinaría la alianza entre ambas revoluciones. Ya en el mismo contexto de la guerra, la lucha titánica del III Reich contra la Rusia soviética era, no sólo un ataque directo a la base estatal-revolucionaria de la lucha de clases, sino también el desesperado intento de Europa de detener el avance de la barbarie asiática por parte de la nación -Alemania misma- siempre fronteriza con Asia, y siempre destinada en la historia a ser el valladar de sus invasiones. En esta cuestión, Hitler y Spengler llegaron a manifestarse con idénticas palabras. Hitler, ya desde que escribió "Mein Kampf", advertía que el verdadero enemigo se hallaba en Rusia, la Rusia asiatizada y bolchevizada que aspiraba a arrasar Europa siguiendo las huellas de Atila.
La post-guerra, con el fracaso de este intento, supuso para el mundo blanco entrar en un constante estado de civilización derrotada. La postguerra supuso también el fin del colonialismo. Los territorios que se habían ganado para la cultura merced a la acción civilizadora de las naciones arias, volvían a su anterior estado de primitividez e 'independencia'. Y en esta subversión de la jerarquía natural, con esa rebelión del estrato inferior -las razas de color- contra el superior -la raza blanca- para pasar inmediatamente a una situación ofensiva contra ella, el comunismo jugó el papel esencial, en un doble aspecto, ideológico y político. El comunismo como ideología mundial igualitaria, que en su afán nihilista pretende rebajar a los elementos superiores a la ínfima categoría, y nunca elevar -puesto que, por otra parte, ello es imposible- a los inferiores al nivel de los superiores, es la fuerza moral de la que se han nutrido todos los 'movimientos de liberación', desde los independentistas argelinos hasta los grupos terroristas que han aniquilado a Rhodesia y Suráfrica. Pasando por los negros de USA o de cualquier otra nación occidental. Y en todos esos mismos casos, se han visto apoyados políticamente por las potencias anti arias del comunismo internacional: Rusia y China que les han proporcionado el material técnico, las armas, los instructores e incluso los hombres necesarios y en definitiva, todo cuanto les ha sido preciso.
Pero ya Spengler había previsto, con palabras proféticas, todo cuanto había de acontecer en la posteridad a él mismo. Ya entonces afirmaba: "Tiempo es ya de que el mundo blanco y Alemania en primer lugar recuerden estos hechos, pues detrás de las guerras mundiales y de la revolución mundial proletaria emerge el mayor de todos los peligros el peligro de color y todo cuanto de la 'raza' hay todavía en los pueblos blancos ha de ser necesario afrontarlo".
Spengler, muerto en 1936, no pudo comprobar hasta que punto su teoría se convertía en realidad histórica. Pero el nacionalsocialismo asumió la tarea heroica y grandiosa de cubrir las directrices ya expuestas por el gran pensador, que al cabo eran las suyas propias. Hemos hallado, a través de las innumerables citas que de la doctrina spengleriana hemos hecho, a través de las evocaciones de su propia actuación política personal, una grandiosa e inesperada identificación con la ideología y el espíritu nacionalsocialista. Las diferencias son tan nimias que no merecen ser ocultadas. Ciertamente, Spengler no confió en que pudiera asimilarse todo su sistema filosófico con una corriente política. No resistió en algunas ocasiones ser uno de esos intelectuales seducidos por la independencia, aislados en una torre de marfil, de la que sin embargo

se redimió por el valor de su insobornable trinchera personal, y por el propio e incalculable valor de su aportación final a esa corriente.
Ciertamente, en algunos puntos, chocó con Rosenberg, que en "El mito del siglo XX" se mostró disconforme con su doctrina de la predestinación y la causalidad, según la cual el hombre fáustico está atado irrevocablemente a su sino, sin que nada pueda hacer para evitarlo. En un apartado dedicado a Spengler y titulado "Dic Prádestinationslehre und der Schicksalsbegriff: Spengler", Rosenberg afirmada: "El no ve que las fuerzas racial-espirituales conformen el mundo, sino que crea esquemas abstractos a los que todos, con "fatalidad" estamos sujetos. Al fin y al cabo, su doctrina, expuesta brillantemente, niega el valor intrínseco de la raza y la personalidad; cada impulsó real, culturalmente productivo, del "corazón de los corazones" ("Herzens Herz") de la mente de los hombres germánicos". Pero la doctrina de Rosenberg, aun cuando sea totalmente ortodoxa en lo que se refiere a la cuestión racial, no contiene ésta en su integridad; es "una" doctrina de la raza, no "toda" ella. Y, por otra parte, su crítica de Spengler es la de un pensador -insuperable por demás- sobre otro de su misma tendencia histórico-cultural idealista; la de un sistema sobre otro paralelo. Luego, la crítica adolece de un cierto subjetivismo, como la de Nietzsche sobre Wagner. Es además una valoración de su misma época y dentro de su misma línea; carece por tanto de perspectiva e independencia. Perspectiva e independencia que han de nacer cuando, al discurrir el tiempo, se encuentran complementarias las interpretaciones polares del pensamiento tradicional de una época.
Y, en fín, ¿qué nacionalsocialista puede ser extraño a esa poética descripción de la fatalidad del destino humano, que exalta todo el heroismo de la raza, con que Spengler concluye su ensayo "El hombre y la técnica"? ¿Qué nacionalsocialista no se reconoce en ella? Con ella hemos querido también nosotros concluir estas líneas, porque ella rinde homenaje tanto a la doctrina de un gran pensador llamado Oswald Spengler, como al político genial que, ya sin lugar a dudas, identificamos como su protagonista: Adolf Hitler.
"Hemos nacido en este tiempo y debemos recorrer violentamente el camino hasta el final. No hay otro. Es nuestro deber permanecer sin esperanza, sin salvación en el puesto ya perdido. Permanecer como aquel soldado romano cuyo esqueleto se ha encontrado delante de una puerta en Pompeya, y que murió porque al estallar la erupción del Vesubio olvidáronse de licenciarlo. Eso es grandeza; eso es tener raza. Ese honroso final es lo único que no se le puede quitar al hombre".

ROSENBERG
Por Antonio Medrano

El 16 de octubre de 1946 era ejecutado, cumpliendo la sentencia del tristemente célebre juicio de Nuremberg, Alfred Rosenberg, el máximo pensador del nacionalsocialismo alemán. Su delito: haber colaborado decisivamente a la edificación de la nueva idea y haber escrito muchas de las más brillantes obras en las que se exponía el nuevo credo revolucionario. En suma: haberse atrevido a pensar fuera de los cauces permitidos por la tiranía judeo-democrática internacional y haber señalado nuevas rutas para una revolución europea. "Mi lucha por la idea más noble por la que jamás nadie luchara, levantando una bandera por más de cien años, no constituye un crimen", apostrofó Rosenberg al tribunal de Nuremberg.
El pensamiento de Rosenberg está contenido fundamentalmente en una obra que se ha conquistado un puesto preeminente en la historia del pensamiento político de los últimos tiempos: "El mito del siglo XX". Su doctrina aparece además expuesta en

multitud de artículos, discursos y libros ("Das Wesensgefüge des Nationalsozialismus", "Dletrich Eckart, ein Vermachtnis", "Gestaltung del Idee", etc.).
El contenido del "Mito", y las teorías de Rosenberg en general, pueden resumirse del siguiente modo: en todas las épocas los hombres se han movido en torno a un mito, en torno a una idea-fuerza aglutinante: la religión (que motivó la vida de la Edad Media y las luchas religiosas que asolaron Europa), la corona (que dió vida al nacionalismo dinástico, configurado en el absolutismo y que desplazo a la idea religiosa), la nación (mito que surge de la monarquía; con la revolución francesa, y con el liberalismo y la democracia que será su conscecuencia), la clase (que será el mito creado por la internacional marxista manejada por los elementos hebreos)... Unos mitos han ido sustituyendo a los otros, en un proceso histórico contínuo.
La primera guerra mundial señaló la crisis definitiva de los sistemas apoyados en los antiguos mitos democráticos del siglo XIX. La primera guerra mundial es la señal del fracaso del internacionalismo marxista (las masas obreras, desobedeciendo las consignas de sus líderes internacionales, se lanzan a la defensa de sus países respectivos) y de los nacionalismos liberales y dinásticos (que, mediante la alianza con los poderes de la finanza y de otros poderes internacionales, se destruyeron a sí mismos y traicionaron al pueblo). Una nueva era surge de las cenizas de la primera guerra mundial: una era, en la cual las fuerzas se aglutinarán en torno a un nuevo mito, más profundo y real que los anteriores: el mito de la raza. Frente al antiguo nacionalismo dinástico, liberal y aliado a las fuerzas del dinero, surge un nuevo nacionalismo popular, apoyado en la sangre.
Frente al socialismo decimonónico (aliado asimismo de la potencia de la finanza y destructor de la unidad del pueblo), se alza el nuevo socialismo racista. He aquí el ser del nacionalsocialismo: una revolución inspirada en el mito del siglo XX, en el mito de la sangre. El nuevo credo integra la idea nacional y la idea socialista, bajo la común inspiración del principio racial. Ambas ideas, nacionalismo y socialismo, son inseparables: una comunidad fuerte requiere una sólida base social, una integración y potenciación de todas sus fuerzas; esto es el socialismo. Integración de la comunidad, fortalecimiento de la misma, selección de sus mejores elementos, elevación a esferas superiores de la vida, toma de conciencia de su propio ser, defensa de la raza: nacionalismo, socialismo, racismo, todo no es sino expresar de distintos modos una misma realidad, una aspiración que gira en torno al mismo eje.
"Una época -escribirá Rosenberg en 1933- acaba de morir". Muere el mundo de la democracia, del liberalismo, del capitalismo, del viejo socialismo, del marxismo, que es el mundo en el cual se apoya el judío para establecer su dominio, y nace un mundo nuevo. El nacionalsocialismo es la superación de la sociedad decadente del siglo XIX, liberal y marxista. Es la nueva idea que va en consonancia con las exigencias del siglo XX.
La nueva ideología, partiendo de la observación de la realidad y de los últimos avances científicos apoya todo su sistema en la realidad profunda e incuestionable de la raza. La raza es el ser mismo del hombre. La observación de los hechos, los nuevos conocimientos más profundos de la historia y de los estudios biológicos y antropológicos muestran la falsedad del antiguo mito utópico de la igualdad de los hombres. Los hombres difieren según la raza que poseen. Y la diferencia racial no es algo meramente superficial, no se trata de una mera diferencia física, sino que encuentra también su expresión en el campo anímico y espiritual. Las razas difieren en sus propios ideales, en sus formas de comprender la vida, en su carácter y en sus actitudes, en su capacidad de actuación histórica y en la forma en que ésta se realiza. Raza y alma, dirá

Rosenberg, son dos expresiones para designar una misma realidad; es una misma cosa desde dos ángulos diferentes, etc., no son sino expresiones de un alma racial.
El significado de la historia, escribe Rosenberg en el "Mito del siglo XX", es la expansión de una luz que brilla en. el Norte (el centro originario de la raza aria) y que extiende su resplandor, con las sucesivas dispersiones de las estirpes arias, a todo el mundo. La historia nos muestra la lucha continua entre los elementos arios y otras razas inferiores, especialmente la raza levantina, con principios, concepciones y actitudes naturalmente opuestas a las de la raza creadora. La historia es, en palabras del gran pensador germano, "una lucha dramática entre diversas razas y sus almas". Es la lucha que encontramos en el seno del pueblo griego (en el cual luchan principios arios contra concepciones levantinas, concepciones éstas que acaban señalando su predominio en la época de decadencia y del helenismo); la lucha interna del elemento romano contra la infiltración etrusca; las querellas de Roma contra Cartago... Esta lucha de razas y de almas encuentra su expresión en los últimos siglos, en el liberalismo y el marxismo, que no son sino el instrumento y el fruto de la raza judía, que amenaza con corroer para siempre la esencia espiritual, y la existencia física misma, de los pueblos europeos. El nacionalsocialismo es la expresión ideológica de la lucha del hombre ario por su libertad.
Este es el sentido de las nuevas luchas políticas e ideológicas del siglo XX: no se trata ya de un enfrentamiento de países contra países, de una dinastía contra la otra o de lucha de intereses económicos; se trata de la oposición de dos almas: la raza judía, materialista y parasitaria, que domina los países capitalistas, liberales y marxistas, y la raza aria, cuyos ideales, carcomidos por siglos de dominio levantino, pueden resumirse en las palabras "sangre y honor" (Blut und Ehre).
El. nacionalsocialismo surge así como un gran movimiento revolucionario, que surge desde lo más profundo del ser alemán y, en general, del ser ario-europeo. El nuevo ideal racial es la fuerza aglutinante de la comunidad nacional. El signo ario, la Cruz Gamada, es el símbolo de una nueva síntesis armónica y equilibrada, que es la superación de la era de la disgregación que fue el siglo XIX. El nacionalsocialismo es, así configurado, "la gran síntesis estatal del siglo XX; la síntesis de nacionalismo y socialismo. El nacionalismo, depurado de los beneficios de los político-economistas sin alma; el socialismo, depurado de la ilusión de la internacional y de la suicida lucha de clases. No más alianzas entre el martillo y la bolsa del dinero, sino unión entre el martillo, la cabeza y la espada. El símbolo de esta unión es la Cruz Gamada' El equilibrio entre personalidad y comunidad constituye la esencia del nuevo socialismo, que surge en abierta oposición al socialismo internacionalista y materialista creado por la mente judía socialismo decadente, individualista y masificante, que no hace sino debilitar a la nación.
No nos encontramos ante un movimiento político, con unas ideas de alcance mas o menos amplio, sino con una verdadera ideología que abarca toda la realidad humana. La nueva idea comunitaria encuentra su manifestación en todas las esferas de la vida, en la organización política, en el arte, en la moral, en la economía... Misión de la economía es afianzar el ser nacional, el ser de la raza, asegurar su existencia y permitir la más plena expresión de su personalidad. Deber del arte es promover la energía y la vitalidad de la comunidad nacional y dar expresión y forma al alma racial del pueblo La lucha que se desarrolla en el siglo XX y en general la lucha que se desarrolla a lo largo de la historia, si bien con disfraces diversos, es una lucha de valores, que van ligados a un ser racial Y en la afirmación o derrota de estos valores, que afectan al ser humano en su totalidad, el arte, la moral, el pensamiento, todas las manifestaciones de la vida tienen un papel decisivo a cumplir No se trata de una nueva lucha política, sino de una lucha

total, que afecta incluso al interior de cada hombre, de una lucha por la propia existencia. En la lucha de razas que configura la historia se decide el ser o el no ser de cada cual
De aquí la oposición decidida de Rosenberg al "bolchevismo artístico", al feminismo, al colectivismo sexual, y a todas las formas bajo las cuales se presenta la decadencia. El bolchevismo, que no es sino el más craso materialismo aplicado a todas las esferas de la vida y la adulteración de todos los valores de la raza, encuentra su expresión no sólo en la esfera política y social, sino también en el campo del arte, de la moral, de la religión, etc. El acabar con el bolchevismo supone una decidida postura de afirmación de los valores espirituales, raciales y nacionales en todos los campos. Comunismo, capitalismo, feminismo, individualismo, decadencia artística, amoralidad, pacifismo, internacionalismo, son todo formas de un mismo fenómeno, que la revolución nacionalsocialista ha de superar.
Al contrario de lo que suele creerse, Rosenberg propugna una reespiritualización de la vida, aportando a la necesidad imperiosa de que ésta esté regida por valores y principios del más hondo contenido espiritual. Aunque, eso sí, un excesivo germanismo y ciertas mixtificaciones ideológicas, que adolecen de cierto contagio con la mentalidad que se pretende superar (el culto excesivo rendido a la ciencia y al espíritu laico, son un ejemplo clarísimo), le llevan a considerar a la Iglesia Católica como un elemento extraño al organismo germánico y a la tradición aria (postura algo parecida, y por las mismas razones, tomará con respecto al Imperio español o la India brahmánica). Todo ello no obsta, sin embargo, para apreciar los grandes valores contenidos en su doctrina. En sus escritos defiende la necesidad de un punto de partida religioso para la vida artística alemana y, en más de una ocasión, señalará como una "renovación religiosa" no podrá tomar vida, mientras no haya sido aniquilado el marxismo y haya sido superada toda la mentalidad proveniente del siglo del liberalismo.
Esta es, en muy breves líneas y en algunos de sus puntos más importantes, el pensamiento de Alfred Rosenberg. Para desgracia de Europa y del mundo, las ideologías ya decrépitas del siglo XIX coaligaron sus poderosos medios para asfixiar a la joven y nueva revolución, que prometía un luminoso porvenir de paz, de libertad y de armonía. Pero, por mucho que disguste a los apóstoles del pacifismo que no vacilaron en desencadenar una guerra de efectos tan terribles para salvar sus agonizantes sistemas, la derrota material no implica la derrota de la Idea. Muchas de las ideas expuestas por Rosenberg y que constituyeron el motor de la revolución nacional racista europea tienen hoy una plena vigencia. Y hoy día, cuando el sistema democrático liberal-marxista se ve roído por una cada vez más profunda crisis, no nos cabe duda de que la "Cruzada de las democracias" no hizo sino retardar algo el proceso y que algún día aquellas ideas se harán realidad.

RELACION DE OBRAS EDITADAS EN ESPAÑOL DE LOS AUTORES INCLUIDOS EN ESTE LIBRO.

CHAMBERLAIN, H. S..
- El Drama Wagneria -en catalán-
- El Drama Wagneriano (agotado)

GOBINEAU, Conde de
- El problema racial (resumen de "Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas")
- Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas. (agotado)
- La danzarina de Shamakha y o tras novelas asiáticas.
- El Renacimiento.
- La vida de viaje y otras novelas asiáticas.

NIETZSCHE, Federico
- Asi hablabá Zarathustra.
- El anticristo.
- Mas allá del bien y del mal.
- Humano; demasiado humano.
- La voluntad de poderío.
- Gaya ciencia.
- Ecce Horno.
- La genealogía de la moral.
- Opiniones y sentencias.
- El viajero y su sombra.
- Aurora.
- Obras completas (cinco tomos) (agotado)
ROSENBERG, Alfred
- Fundamentos del nacionalsocialismo.
- El Mito del Siglo XX
SCHOPENHAUER, Arthur
- El amor, las mujeres y la muerte.
- Arte del buen vivir.
- Sobre la voluntad de la naturaleza.
- Aforismos sobre la sabiduría de la vida.
- Fragmentos sobre la historia de la filosofía.
- El libre albedrío.
- El fundamento de la moral.
- Sobre la cuadruple raiz del principio de razón suficiente.
- El mundo como voluntad y representación (tres tomos)(agotado)
SPENGLER, Oswald
- El hombre, la técnica y otros ensayos.
- Años decisivos
- La Decadencia de Occidente (dos tomos) (agotado)
WAGNER, Richard
- Epistolario a Matilde Wesendonk
- La poesía y la música en el drama del futuro.
- Correspondencia Wagner-Liszt.
- Textos en español de sus dramas musicales (agotado)
- Textos en catalán de sus dramas musicales (algunos agotados)
- L'Art i la revolució -en catalán- (agotado).
- Religión y Arte (recopilación artículos póstumos) (agotado)

Prólogo
Schopenhauer, por José Tordesillas
Nietzsche, por José Luis Torrents
Wagner, por Jorge Mota
Gobineau a Chamberlain, por Joaquín Bochaca
Spengler, por Juan Massana
Rosenberg, por Antonio Medrano


www.WeltanschauungNS.Foro.St


www.WeltanschauungNS.Foro.St